

# CAZADOR DE SUEÑOS



Pedro de Matos

Ayuntamiento de Madrid



Pedro de Matos

# Cazador de Sueños

Ayuntamiento de Madrid



Pedro de Mañón

# Cazador de Sueños



Para Marta.  
Muchas gracias por soñar a mi lado.  
Te amo.

Y para el Pipa...

Duerme, amigo mío, y verás  
que el sueño es mi realidad.

Metallica –*Welcome Home*  
(*Sanitarium*)

—¿Qué estás haciendo ahí?

Ella escuchó la voz. Pero trató de ignorarla.

—¿Me estás escuchando?

Ella sabía que la voz era uno de ellos. Trataban de sacarla de su refugio para devorarla. Pero ella no volvería a caer en una de sus trampas.

Puede que ese agujero en la roca no fuera el mejor refugio del mundo, pero en todo lo que tenía. No saldría de ahí aunque el monstruo estuviera justo al otro lado.

Cosa

## DUERMEVELA

—No vas a salir de ahí, ¿verdad? —dijo la voz fuera—. Para es una pena.

Ella levantó, temerosa, la vista. Sacó la cara del interior del orillo en que se había convertido para, entre temblores, dirigir la mirada hacia ese monstruo que trataba de cazarla.

El monstruo, sin embargo, tenía la apariencia de un atractivo joven con traje oscuro y gafas de sol, alto y fornido, que le dirigía una sonrisa llena de confianza a la muchacha.

Era la cosa más aterradora que hubieran visto jamás.

—Bueno, como ves, pero no tengo toda la noche —añadió el hombre, alzando la mirada al sol que brillaba alto—. Pero aquí fuera hace muy buen tiempo.

—Veto —dijo ella finalmente.

—Ah, menos mal que al menos me hablas —dijo él con un resoplido.

—Vete de aquí.

—Mmm... no. Eso no va a pasar hasta que seas...

—No voy a salir de aquí.

—¿Por qué no?





—¿Qué estás haciendo ahí?

Ella escuchó la voz. Pero trató de ignorarla.

—¿Me estás escuchando?

Ella sabía que la voz era uno de ellos. Trataban de sacarla de su refugio para devorarla. Pero ella no volvería a caer en una de sus trampas.

Puede que ese agujero en la roca no fuera el mejor refugio del mundo, pero era todo lo que tenía. No saldría de ahí aunque el mundo se partiera por la mitad en ese punto exacto.

Cosa que, por otro lado, podría pasar en cualquier momento.

—No vas a salir de ahí, ¿verdad? —dijo la voz fuera—. Pues es una pena.

Ella levantó, temerosa, la vista. Sacó la cara del interior del ovido en que se había convertido para, entre temblores, dirigir la mirada hacia ese monstruo que trataba de engañarla.

El monstruo, sin embargo, tenía la apariencia de un atractivo joven con traje oscuro y gafas de sol, alto y fornido, que le dirigía una sonrisa llena de confianza a la muchacha.

Era la cosa más aterradora que hubiera visto jamás.

—Bueno, como veas, pero no tengo toda la noche —añadió el hombre, alzando la mirada al sol que brillaba alto—. Pero aquí fuera hace muy buen tiempo.

—Vete —dijo ella finalmente.

—Ah, menos mal que al menos me hablas —dijo él con un resoplido.

—Vete de aquí.

—Mmm... no. Eso no va a pasar hasta que salgas.

—No voy a salir de aquí.

—¿Por qué no?



—¡Porque no quiero!

Él se asomó al agujero, donde vio que ella se balanceaba, las mejillas arrasadas de lágrimas, que dejaban un surco entre la mugre que la cubría.

Él sonrió.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

Ella no emitió ningún sonido.

—Vamos a hacer una cosa —insistió él—. Me dices tu nombre y yo te diré el mío. Así sabremos cómo nos llamamos y podemos tener una conversación.

Ella no daba muestras de querer llamarle de ninguna manera. Mucho menos mantener una conversación.

El hombre del traje oscuro se apartó del agujero y caminó unos pasos.

Ella oía cómo unos pasos se alejaban, se detenían, y volvían a acercarse.

—Hace un tiempo muy bueno aquí fuera. Seguramente se está mucho mejor que en ese frío y húmedo agujero.

—¡¡Vete!! —gritó ella—. ¡¡Vete de aquí, joder!!

—No, mira, no me pienso ir de aquí sin ti.

—¿¡Quién mierda eres!? ¿¡Por qué no me dejas tranquila!?

—Todos están preocupados por ti, Sara —dijo él.

Al escuchar su nombre, Sara sintió un estremecimiento atravesar su cuerpo. Si sabían su nombre, estaba perdida.

—No tienes que tener miedo de mí, Sara—añadió el hombre del traje oscuro, leyendo el pensamiento de la chica—. Sé que piensas que soy uno de esos demonios que quieren devorar tu cuerpo hasta el tuétano, que piensas que sólo quiero hacerte daño por diversión, que sólo estás segura en ese agujero. Pero no es así y lo sabes.

Sara guardaba silencio.

—¿Has visto a alguno de esos monstruos?

Sara no respondió.



—No voy a decirte que fuera en este mundo no hay peligros, que no hay nada que no debas temer. El mundo es una puta selva y siempre habrá alguien que quiera hacerte daño, o que puede que te lo haga aún sin querer, pero meterte en ese agujero no te va a ayudar en nada.

Sara seguía fiel a sus convicciones.

Sin embargo, se sorprendió levantando la mirada hacia el agujero en la pared de roca. El hombre del traje estaba ahí, sentado en el umbral.

—¿Qué es exactamente lo que te da miedo?—preguntó él.

—Todo, joder —respondió Sara—. El mundo es un asco.

—Sí, es una puta mierda.

—Es... no sé... No sé cómo explicarlo.

—¿Tienes miedo a los criminales? ¿A...? No sé... ¿Los accidentes?

—Claro, joder...

—Pero no es lo único, ¿verdad?

Sara levantó la mirada.

—Tienes miedo a las responsabilidades, ¿no?

Sara no respondió, apartando la mirada.

—Entre otras cosas...

El hombre del traje sonrió.

—La vida adulta puede ser una mierda. Puede y debe —dijo el hombre trajeado—. Yo apenas estoy empezando a enfrentarme a ella, y te puedo asegurar que, desde luego, no va a ser un paseo por el parque.

Él se volvió y miró a Sara. Ella seguía desconfiando de esa sonrisa suya.

—Pero imagino que es lo que toca. Hay que seguir adelante, averiguar qué quieres hacer con tu vida, luchar por ello y lograrlo, o caerte y fracasar, levantarte e intentarlo de nuevo. O intentar otra cosa, no sé. No va a ser fácil.

El hombre del traje oscuro miró a Sara y sonrió, tratando de ganarse su confianza.

—Pero no estarás sola.

La mirada de Sara fue más que suficiente para que él supiera que la jugada no le había salido bien.

—¿Sabes? —siguió hablando—. Ahí fuera hay gente que se preocupa por ti. Que quiere ayudarte. Que quieren comprender qué te pasa.

Sara permanecía en silencio, mirando a cualquier otro lado.

—Y yo estoy aquí para ayudarte —dijo el hombre trajeado—. Si me dejas.

Esperó a que Sara dijera algo, pero no fue así.

—Muy bien. Público difícil...

El hombre del traje oscuro se sentó, de espaldas a la abertura de la roca que daba al exterior. Sara sacaba la cara de entre sus rodillas y miraba su espalda.

—La vida es un asco —dijo finalmente—. No hace más que complicarse, la jodida por culo.

Sara permanecía en silencio, asintiendo.

—Y me gustaría decir que va a mejorar, pero los dos sabemos que no tiene que ser así.

Sara se encogió sobre sí misma. El hombre miró por encima del hombro.

—Sí, esta tiene que ser de lejos la parte más difícil de este trabajo...

Tras unos largos segundos de silencio, Sara miró y vio que él seguía sentado en el umbral del agujero, dándole la espalda.

—La vida va a ser difícil. Y más ahora después de eso por lo que has pasado. Pero no vas a estar sola. Sé que la echarás de menos, pero ella no querría que estuvieras así. Ella siempre quiso protegerte, pero tal vez se excedió un poco.

Sara escuchaba en silencio.

—No conocí a tu madre, pero estoy seguro de que lo hizo todo lo mejor que creyó. Y sí, tal vez se equivocara, y ahora



la vida que te espera parezca todo una... jodida pesadilla. En todos los sentidos. No va a ser fácil. Pero hay gente que te va a ayudar a seguir adelante. Hay gente que se preocupa por ti. Gente que quiere ayudarte con esta vida tan... difícil, que te espera. Pero el primer paso tienes que darlo tú.

Sara volvió a mirarle. Ahora estaba mirándola, extendiendo la mano con una sonrisa.

—Pero antes tienes que salir de este agujero. Y en eso te voy a ayudar yo.

Sara dudó justo cuando su mano estaba a punto de tocar la del hombre del traje oscuro.

—Sé que tienes miedo.

—Tengo mucho miedo.

—De lo que hay fuera, pero también de mí, ¿no?

—¿Cómo sé que no me estás engañando? ¿Y si eres otro de esos monstruos?

Él sonrió.

—No lo sabes.

Sara tomó finalmente su mano, y este la condujo hacia el exterior.

El sol brillaba con fuerza en el cielo, pero la hierba entre sus pies era fresca y estaba húmeda.

—¿No se está mejor aquí fuera? —preguntó el hombre del traje.

—No lo sé —respondió Sara.

Él sonrió.

—Pero no voy a volver a ese agujero, ¿verdad?

El joven se encogió de hombros.

—Supongo que eso depende de ti.

—¿Y qué voy a hacer aquí fuera? —preguntó Sara.

—Vivir, imagino...

Sara miró las blancas nubes en el cielo, mientras la brisa jugaba con su pelo. El hombre del traje oscuro y las gafas de sol ya no existía. No estaba allí, y posiblemente nunca estu-



viera. Poco a poco el mundo se convirtió en una habitación oscura, y aún así tan familiar como sólo podría serlo la propia, y, en su cama, con una lágrima cayendo por su sien, Sara decidió que tenía que tomar las riendas de su vida.

—¡Eso sí, pero lo importante es! Lo importante es que me  
han dado una beca para ir a estudiar a París, y eso es lo que  
me hace feliz. Yo me voy a París, y eso es lo que me hace  
feliz. Yo me voy a París, y eso es lo que me hace feliz.

—“La cosa está muy jodida”, pensaba Gica, sin poder apartar los ojos del papel.

Aquello era una pesadilla, no verdadero infierno.

La vida era muy sencilla hasta el momento en el que tienes que rellenar un impreso de matrícula universitaria.

Lo mirase como lo mirase, aquello tenía toda la pinta de haber sido diseñado como primer filtro para cribar a los menos capaces. Tal vez de allí no salieran con carrera la mitad de los que entraron, pero, después de eso, todos ellos podían considerarse capaces de entregar finalmente su impreso debidamente cumplimentado sin que les fuera devuelto, una vez más, en la ventanilla de administración.

## VIGILIA

No era ya sólo coger las asignaturas que le interesaran y que esas no se pisaran, también tenía que completar los créditos necesarios mientras esquivaba las asignaturas contra las cuales le habían advertido.

Aún podía considerarse afortunado porque le cogieron en la carrera que quería!

Ese breve momento de triunfo se disipó de la cabeza de Gica en el momento en el que recibió que, aunque lograra entregar la matrícula, aún le quedaba pedir la beca.

—Esto es una mierda —expresó en voz alta.

—Cree que no podremos pisar un aula tranquilos hasta al menos mitad de mes —respondió Álvaro, muy metido en lo suyo.

Gica lanzó una mirada fulminante a Álvaro.

—Ta te callas, pedazo de mierda.

Álvaro se volvió y miró a su amiga, ofendísimos.

—¿A qué coño viene eso?

viera. Poco a poco el mundo se convirtió en una habitación oscura, y aún así tan familiar como sólo podría serlo la propia, y, en su cama, con una lágrima cayendo por su sien, Sara decidió que tenía que tomar las riendas de su vida.

## ALICIA



## I

“La cosa está muy jodida”, pensaba Gica, sin poder apartar los ojos del papel.

Aquello era una pesadilla, un verdadero infierno.

La vida era muy sencilla hasta el momento en el que tienes que rellenar un impreso de matrícula universitaria.

Lo mirase como lo mirase, aquello tenía toda la pinta de haber sido diseñado como primer filtro para cribar a los menos capaces. Tal vez de allí no salieran con carrera la mitad de los que entran, pero, desde luego, todos ellos podían considerarse vencedores si eran capaces de entregar finalmente su impreso debidamente cumplimentado sin que les fuera devuelto, una vez más, en la ventanilla de administración.

No era ya sólo coger las asignaturas que le interesaran y que estas no se pisaran, también tenía que completar los créditos necesarios mientras esquivaba las asignaturas contra las cuales le habían advertido.

¡Aún podía considerarse afortunado porque le cogieron en la carrera que quería!

Ese breve momento de triunfo se disipó de la cabeza de Gica en el momento en el que recordó que, aunque lograra entregar la matrícula, aún le quedaba pedir la beca.

—Esto es una mierda —expresó en voz alta.

—Creo que no podremos pisar un aula tranquilos hasta al menos mitad de mes —respondió Álvaro, muy metido en lo suyo.

Gica lanzó una mirada fulminante a Álvaro.

—Tú te callas, pedazo de mierda.

Álvaro se volvió y miró a su amigo, ofendidísimo.

—¿A qué coño viene eso?

—Porque eres un cabrón. Ahora por tu culpa me acabo de acordar que, aparte de todo este puto papeleo, voy a tener que buscarme piso. Por tu culpa otra vez.

—Eh, eh, no, a ver, espera... Es por *tu* culpa.

—¿Cómo que por mi culpa?

—Sí, joder, por tu puta culpa. Si te hubieras decidido en su momento a venirte a estudiar aquí...

—¿Qué tiene eso que ver?

—¡Pues te habría guardado sitio!

Gica refunfuñó y se encogió de hombros, dando la espalda a su amigo. Sabía que Álvaro tenía toda la razón, pero no tenía por qué admitirlo ante él.

—Mira —terminó Gica—. Creo que voy a mandarte a la mierda y punto.

Álvaro resopló, al parecer, logrando poner fin a su propio tormento burocrático en ese momento.

—Mientras encuentras algo, ya sabes que el sofá lo tienes.

—Odio tu sofá —respondió Gica con toda la sinceridad que acumulaba. Ciertamente que no tenía derecho a quejarse, pero lo iba a hacer igualmente.

—Ese sofá es todo lo que tienes en esta ciudad, no te olvides —añadió Álvaro riendo con sorna.

—Sí, claro —respondió Gica—. Porque lo que son amigos... —añadió riendo.

—Anda ya, no seas dramático —dijo Álvaro, dirigiéndose a la cola, agitando su impreso debidamente cumplimentado—. A ver si por fin tengo suerte...

Gica vio cómo Álvaro se alejaba hacia el final de la interminable cola formada para entregar la matrícula.

—Espero que no, cabronazo —dijo para sí.

Tras lanzar una maldición, Gica volvió a concentrarse en el enésimo repaso de la matrícula. Si iba a intentar entregarla por cuarta vez, quería asegurarse de no tener que darse un quinto paseo.



No al menos hasta que tocara entregar los impresos de la beca.

—Es una pesadilla burocrática, ¿eh? —escuchó la voz de una chica que pasaba a su lado.

Él levantó la mirada y vio a una estudiante alejarse, mientras le lanzaba ánimos con una sonrisa.

—¡Si te sirve de consuelo —añadió mientras se alejaba—, no mejora al segundo año!

Evidentemente, aquello no le sirvió de nada.

Gica estaba de pie ante uno de los muchos tablones que colgaban de las paredes de su nueva facultad. Buscaba anuncios de gente buscando compañero de piso, pero nada de aquello le convencía.

Demasiado caro. Demasiado pequeño. Demasiada gente. Este estaba demasiado lejos, lo que, siendo Cádiz, sonaba bastante difícil, pero parecía posible, después de todo. En este sólo buscaban chicas. En este ya parecían bastante apretados. Puede que llamara a ese, anotaría el número y a ver si había suerte. Y este... no le daba buena espina.

Harto de esa situación, decidió dejar de lado sus problemas de domicilio por un momento y decidió ir a buscar a Álvaro y Diego.

Se dirigió a las escaleras más cercanas y subió al segundo piso. Subió de nuevo alcanzando el tercer piso y subió otro piso más, llegando así al patio.

Y allí estaba, en una extensión pedregosa en la que no se veía nada más hasta el horizonte salvo grandes piedras grises del tamaño de su puño y el búnker color salmón.

Caminó decidido durante una breve eternidad hasta llegar a la construcción. Subió la escalerilla que crecía en la superficie color salmón, de paredes abombadas, hasta llegar a un pasillo entre las almenas, a unos tres metros del suelo. Al final del pasillo llegó a una pared con una escotilla que abrió



sin problemas, aunque le costó un poco entrar, ya que era muy estrecha. Tal vez hace un par de años le hubiera costado menos, pero esos eran otros tiempos.

Al otro lado había una sala baja de paredes del mismo color salmón que el exterior, en cuyo centro había una enorme mesa y, tras ella, una de las secretarías de la facultad, con las que tan familiarizado estaba últimamente.

—¿Está aquí? —preguntó Gica.

La secretaria levantó la mirada del impreso de matrícula de Gica, mirándole a los ojos.

—Por ese pasillo, al fondo —respondió ella señalando a su derecha.

Gica miró hacia donde ella señalaba, contemplando la inmensidad del pasillo pobremente iluminado.

Miró luego a la dirección contraria, donde se perdía un pasillo idéntico al anterior.

Y hacia allí dirigió sus pasos. Porque sabía quién estaría allí.

Estuvo caminando hasta que dejó de ser consciente de ello, hasta que llegó al pie de otra escalerilla. Al subir llegó a una pequeña cámara que sólo contenía una nueva escotilla en la pared. Esta le fue más difícil de abrir y de atravesar, pero al salir de nuevo a la luz del sol, supo que hubo merecido la pena.

Ella estaba sentada al borde de la almena, vestida con un fino vestido de seda violeta.

—Veo que has vuelto —dijo Nuria sin girarse.

Gica no dijo nada, permaneció en silencio, sin saber qué responder.

Se sintió repentinamente paralizado, sin poder abrir los labios mientras el mundo a su alrededor se oscurecía.

—¡Venga, que tengo que entrar! —se escuchó protestar a a voz de Diego en algún punto lejano del cielo.

Gica quiso despedirse de Nuria, pero todo el mundo se volvió tan negro como el salón del piso de Diego y Álvaro.

Nuria...

Hacía tanto tiempo que ni siquiera pensaba en ella... ¿Qué estaría haciendo en ese momento? Hacía casi tres años que no hablaba con Nuria, y aunque en aquella última carta que le escribió ella prometió que le escribiría, no volvió a recibir correspondencia por su parte.

Gica se incorporó de golpe, esquivando el sueño y los recuerdos, pero eso sólo consiguió que se mareara y volviera a tumbarse sobre el maltratado sofá.

Mirando el reloj, Gica se dio cuenta de que aún no eran las siete y media, pero que igualmente tendría que darse prisa si no quería perderse la primera clase de la mañana.

No es que la idea de entrar en un aula llena de desconocidos a pasar un par de horas peleando contra el sueño le sedujeran, pero no le quedaba otra opción, así que más le valía levantarse...

Nuria...

—¡Álvaro! —exclamaba Gica entrando como un torbellino en la cocina directamente desde la puerta de la calle—. ¡Ya lo he encontrado!

A la mesa, viendo capítulos viejos de *Los Simpson*, sólo estaba Diego, con un tenedor cargado de pasta preparada a medio camino a la boca ya de por sí llena.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Diego, tras tragar lentamente una cantidad inusualmente grande de comida—. ¿Habitación?

—No. Trabajo.

Diego se llevó una cantidad más que razonable de pasta a la boca y, tras masticarla lo justo, se lo tragó.

—¿No estabas buscando sitio para dormir?

—Sí. Eso también lo he encontrado —respondió Gica mientras desaparecía por el pasillo.

—Vaya. Ha sido un día productivo.



—¡Bueno, no me puedo quejar! —gritaba Gica desde el salón.

—¿Y dónde vas a vivir!?

—¡Pues aquí, claro!

—¿Cómo...!? ¡Aquí no tienes sitio!

—¡Bueno, ahora te explico!

Gica volvió a aparecer en la cocina y fue directo a la nevera.

—Vivir, teóricamente, viviré aquí. Pero no duermo aquí.

Diego necesitaba más datos o llenaría los huecos con su enfermiza imaginación.

—¿Vas a ser la concubina de alguien o qué?

—Jajá, muy gracioso —respondió Gica metiendo un plato de macarrones con tomate de tupper en el microondas—. Te explico. Por las noches tengo que ir a unas instalaciones de la universidad aquí al lado, en Alcidia, para colaborar en un experimento del departamento de psicología.

—¿Se estudia psicología aquí en Cádiz?

—No sé —respondió Gica tras dudar unos segundos—. Pero departamento hay.

—Bueno —dijo Diego—. Sigue contando. ¿De qué va? ¿Qué tienes que hacer?

—Pues, básicamente, dormir.

Diego trató de digerir esa información junto con el resto de comida.

—Entonces vas a hacer un carrerón.

—No, a ver. Según me ha contado el tío con el que hablé, están estudiando los procesos cognitivos durante el sueño o algo de eso.

—Te lo estás inventando ahora mismo.

—Que no, joder.

—Y te ponen a dormir.

—Algo así.

—Como a un perro en una perrera.



—No, joder. Me ponen en una cama y yo tengo que dormir. Me monitorizan y tal, y al despertar me preguntarán por mis sueños.

—Es raro.

—De cojones.

—Ya verás las risas de mi primo cuando se lo cuentes. ¿Es todos los días eso?

—De domingo a jueves por las noches.

—Ah, qué conveniente.

—¿Verdad que sí?

—¿Y los fines de semana?

—A vuestro sofá.

—Lo tienes todo pensado.

—Sí, a ver. Voy a tener que seguir viviendo aquí. Todo lo que es comer, ducharme y demás. Igual que hasta ahora. Todo menos dormir.

—Entre semana.

—Sí, entre semana. Supongo que no habrá problema con eso.

Diego se encogió de hombros.

—Tu parte la vas a pagar igual.

—Bueno, ese es el menor de mis problemas.

—¿Te pagan mucho o qué?

Gica soltó una risa triste.

—Me pagan el dormitorio —dijo finalmente—. Tampoco me voy a quejar por eso.

Diego terminó de comer mientras el microondas avisaba de que su trabajo ya estaba hecho.

—Parece que todo son ventajas —dijo Diego finalmente—. Total, no vas a traer a ninguna chavala a casa, así que... —finalizó mientras esquivaba un rollo de papel de cocina.

—Vete a la mierda, anda...

—¿Y no tienes miedo de despertarte el primer día y ver que te falta un órgano?

—Sí, un cojón me va a faltar.

—Si quieren uno cuadrado, han llamado al tío correcto.



## II

Cuando Gica abrió los ojos, la bicicleta seguía rodando a velocidad de locura cuesta abajo. Bajaba a tal velocidad que ni siquiera se atrevía a intentar detener el giro de los pedales con sus pies.

El viento parecía burlarse de Gica al pasar riéndose junto a sus orejas.

La bicicleta comenzó a traquetear cuando el asfalto se convirtió en una alfombra de adoquines irregulares. Sin embargo, lejos de hacerla aminorar, esta bajaba cada vez más rápido, y Gica no podía, y tal vez no quería, hacer nada al respecto.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una enorme sonrisa en la cara. A pesar de las lágrimas con las que el viento fresco inundaba sus ojos para lanzarlas a volar dejando una estela de agua y sal al paso de la bicicleta. A pesar del enorme miedo que le crecía en el pecho.

¿Pero era miedo o emoción? Seguramente, las dos cosas.

La bicicleta quedó reducida a un amasijo irreconocible de metal cuando golpeó contra el pretil que separaba el paseo marítimo de la playa.

Gica voló como un muñeco durante una veintena de metros, para caer riendo sobre la fresca y húmeda arena.

El sol se colaba entre las nubes lo justo para no distinguir el rostro de la persona que se inclinó sobre él, susurrándole unas palabras.

—¿Y no sabes qué te dijo? —preguntó Enrique, sirviéndose su segundo café y ofreciendo terminar de rellenar la taza de Gica.

—No, gracias... Ni idea —respondió Gica, despegándose un sensor del cuello—. No sé si llegó a decirme algo. Sólo tengo la sensación de que lo hizo.



—Tampoco llegaste a verla bien, ¿no?—preguntó Enrique, sonriendo.

—No, no —respondió Gica, mientras el alumno colaborador tomaba nota—. Sólo te puedo decir que era rubia y tenía una melena corta, pero el sol le daba de espaldas y no pude verla bien.

—¿Tenías la sensación de que fuera alguien conocido?

—No.

—Y la bicicleta... ¿te sonaba de algo?

—Era la misma bicicleta que tenía cuando era niño. Pero te puedo asegurar que nunca me tiré cuesta abajo hacia la playa.

Enrique asintió tomando nota.

Mari entró por la puerta del dormitorio de Gica tomando notas en un cuaderno.

—Las constantes han sido normales durante toda la noche—levantó la mirada hacia Gica, dedicándole una sonrisa—. ¿Qué? ¿Has aprendido algo hoy?

—Parece que no —contestó Enrique—. Estuvo a punto de escuchar un mensaje, pero parece que no le ha llegado.

—Vaya —respondió Mari resoplando—. Bueno, espero que mañana salga mejor la cosa.

—Claro —intervino Gica, un poco molesto por no tener demasiado claro de qué iba el experimento.

Pero, tal y como le explicó el responsable del mismo, el doctor Daniel Arias, si conociera todos los detalles, el experimento podría no tener el resultado deseado. Todo lo que sabía era que trataban de introducir conocimientos en la gente mientras dormía, pero no podía saber qué método usarían. Gica pensaba que usarían algún tipo de reproductor de audio, pero era sólo una sospecha sin base alguna.

Durante la primera entrevista con el doctor Arias, este no le dijo mucho más. Sólo le preguntó por sus hábitos alimenticios, si tomaba medicamentos, drogas, alcohol... Cualquier cosa que pudiera interferir con sus ciclos de sueño. El doctor

parecía satisfecho con la práctica nulidad de vida social de Gica.

Aparte de eso, nada más. Le explicó que su parte en el experimento consistía, básicamente, en dormir en un medio controlado y, a la mañana siguiente, debería explicar sus sueños. Al parecer, el que tuviera una facilidad pasmosa para recordarlos una vez despierto fue la clave para que le eligieran para el trabajo.

Y esa fue la última vez que vio al doctor. Desde entonces, sólo había tratado con Enrique y Mari, dos alumnos colaboradores del departamento de psicología, que al parecer no tenían nada mejor que hacer durante la noche que estudiar, tal y como sugerían los montones de libros y apuntes y el constante olor a café, mientras vigilaban al tío con el que posiblemente sea el mejor trabajo del mundo.

Gica se sentía mitad halagado, mitad culpable. Quizás un poco menos culpable.

—Bueno —dijo Enrique—. Haremos unos ajustes y a ver si mañana nos sale bien. Volveremos a intentarlo entonces.

—Querrás decir esta noche —corrigió Mari.

—Joder, es verdad —concedió Enrique, frotándose los ojos—. Bueno, acabemos aquí ya, ¿vale? Me muero por irme a dormir.

—Claro, claro —dijo Gica acabándose el café, y dándose cuenta de que aún llevaba el pijama—. Estaré fuera en dos minutos...

—La habitación es de lo más normal —contaba Gica a sus amigos durante la comida—. Tiene una cama individual con una mesita de noche con lamparita. Si me cuesta dormir me dejan llevarme un libro o lo que sea. Tienen una cámara de esas como de seguridad camuflada.

—¿Camuflada por qué? —preguntó Diego con la boca llena.



—Se supone que para que no influya en mi estado, pero vamos, no sé si sirve de algo si sé que está camuflada.

—Supongo que es por una mierda legal de esas —opinó Diego tomando un sorbo de agua—. No te pueden grabar sin tu conocimiento ni consentimiento, supongo. Y menos si estás durmiendo. Pero bueno, supongo que firmaste los papeles sin leer una mierda.

Gica pensó en ello mientras se llevaba a la boca el tenedor cargado de algo que parecía ser una masa de macarrones pegados.

Esa tarde se encontraban los dos solos en el piso, al tener clase Álvaro hasta más tarde.

—¿Ya has echado la matrícula? —preguntó Diego.

—¡Hostia! —exclamó Gica al tiempo que despertaba en la habitación.

El parpadeo apenas visible de una luz roja le obligó a tumbarse de lado e intentar seguir durmiendo.

—Joder, vaya cola... —pensó Gica en voz alta.

—Todo el mundo parece ponerse de acuerdo cada año para echar la matrícula el mismo día —dijo una voz tras de él.

—¿Cuánto tiempo de cola puede quedar?

—Échale al menos dos horas. ¿Por qué no me miras?

—No sé.

—Vuélvete.

—Me da miedo.

—Lo estás deseando.

Antes de que terminara de escuchar la frase, Gica se giró y vio detrás el origen de la voz.

O lo vislumbró, pues sólo llegó a ver un par de enormes ojos marrones y una melena de un rubio oscuro, mientras escuchaba unas últimas palabras.

—Ahora, despierta...

Misma cama, misma habitación, misma luz parpadeante...  
¿Cuánto tiempo había pasado?



—¡Bueno! —exclamó Mari tomando notas—. Es un avance.  
—¿Va bien la cosa entonces? —quiso saber Gica—. ¿Se supone que estoy aprendiendo cosas?

—Bueno, bueno —contestó Mari—. Por partes. De momento sabemos que nos podemos comunicar contigo eficientemente.

—Vamos —intervino Enrique—, que no sabes kung fu.

—¡Vaya decepción! —rió Gica—. Tenía ganas de probarlo con toda la secretaría de la facultad. Bueno, voy a ir vistiéndome.

Gica se levantó y se dirigió al cuarto donde guardaba su ropa.

—¡Hoy me toca un nuevo desafío contra la burocracia universitaria!

—Joder, vaya cola... —pensó Gica en voz alta.

—Todo el mundo parece ponerse de acuerdo cada año para echar la matrícula el mismo día —dijo una voz tras de él.

Gica se giró lentamente, teniendo una extraña sensación de haber pasado antes por eso.

Tras él había una chica, como la última vez, pero en esta ocasión tenía el pelo negro y corto y unos gigantescos ojos castaños, que sonreían a pesar del cansancio reflejado en su mirada.

En el estrecho pero luminoso pasillo de la facultad en la que medio centenar de alumnos esperaban su turno para entregar la matrícula, ella parecía ser la única real en ese momento.

—Estás en mi clase, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Sí?

—Eso creo. Primero de Inglesa, ¿no?

—Sí, sí —respondió Gica.

—Sí, te he visto. He visto que te sientas solo. ¿Eres un solitario o algo de eso?

—Bueno, ya sabes. El rollo del lobo solitario. Eso es lo que os vuelve locas a las mujeres, ¿no?

Gica no se creía que acabara de decir eso.

Pero la chica se rió.

—Anda, vete a la mierda.

—No, en serio. Es que aún no tengo amigos en clase.

—Pues bueno, salvo que hayas dicho lo de antes en serio, ya me tienes a mí. ¿Cómo te llamas?

—Gica.

—¿Gica?

—Sí. Con G. Bueno, en verdad me llamo Jorge. Es una larga historia que incluye que soy un nulo jugando al fútbol y que todos mis amigos son del Barça.

Ella pareció reflexionar sobre lo que acababa de escuchar.

—Bueno, “Gica” suena bien. Es raro, pero suena bien.

—¿Raro?

—Nada, olvida eso. Yo me llamo Iratxe.

—Un nombre muy normal, claro...

El sofá protestó cuando recibió el peso de Gica cayendo sobre él. Álvaro y Diego aprendieron unos cuantos insultos en sofático.

—Quillo, pedazo de gordo —le riñó Diego—, que ese es el único sofá de la casa.

—Como te lo cargues, nos debes uno.

Gica era consciente de que en los últimos años había ido ganando peso de forma bastante evidente, pero les hizo saber a los primos que sus feas palabras no eran bienvenidas mostrándoles su dedo corazón de la mano derecha en toda su belleza y esplendor.

Diego y Álvaro le lanzaron una vacía mirada desde el balcón abierto, único lugar de la casa donde podían fumar.

—¿Ya has entregado la matrícula al menos? —preguntó Álvaro.



—¡Sí, joder, joder, ya era hora, mierda! —respondió Gica con una exhalación—. Ha costado la misma vida, pero sí. ¿Cómo puede ser tan jodido entregar una matrícula!?

—¿Y la beca? —preguntó Diego.

—¡La beca también!!

—Tienes más suerte que un tonto.

—Hoy ha sido un día... joder, ha sido un día productivo —dijo Gica—. Y eso que he tenido que faltar a tres clases por hacer cola.

—Sí, claro —replicó Diego, riendo—. Seguro que por hacer cola y no por otra cosa.

Gica sonrió.

—En verdad, ha merecido la pena.

No obtuvo respuesta.

Gica ascendía la colina sin mayor esfuerzo. El viento le agitaba el pelo al mismo ritmo con que mecía las altas briznas de hierba que llegaban tan lejos como su vista. Al llegar a la cima, rodeó el viejo y ruinoso templo, miró la ciudad que dejara atrás y al mar a su lado.

—¡Vaya, has tardado más de lo que me esperaba! —dijo la chica a su lado.

—Estoy que no puedo más —se quejó Gica con una sonrisa.

Gica miró a la muchacha, que le sonreía.

—Y ahora... ¡ven conmigo!

Ella empezó a andar colina abajo, pero Gica no podía. De pronto, estaba demasiado cansado. Aún así, levantó y adelantó un pie, que cayó como una losa. Hizo todo esfuerzo humano para levantar el otro, pero se tuvo que conformar con sólo arrastrarlo un poco.

Se arrodilló para coger un aliento que luchaba por su vida, pero, una vez en esa posición, fue totalmente incapaz de volver a levantarse.



Intentó doblar la rodilla para apoyarse en ella y avanzar, pero tuvo que desistir ante el tremendo y repentino agotamiento que sentía.

Adelantó una mano, y la rodilla opuesta, pero repetir el mismo movimiento con las extremidades restantes le resultó una tarea titánica.

Finalmente, cayó boca abajo contra el suelo, notando toda la energía abandonar su cuerpo. Intentó apoyarse una vez más, pero era del todo inútil.

Tenía que reconocer que había perdido...

Los ojos de Gica se abrieron totalmente despiertos y descansados. Tenía la misma energía que si hubiera dormido tres horas más de lo habitual. Miró el reloj en la mesita. Marcaba apenas las seis y cuarto de la mañana.

Él sabía muy bien qué pasaría si intentaba dormir de nuevo, o, peor aún, si lo lograba, así que se sentó en la cama, se estiró lo mínimo y miró a la lucecita roja.

—¡Creo que por hoy ya hemos terminado!

### III

Enrique se estaba sirviendo su segundo café cuando Gica entró ya vestido de calle en la pequeña sala adjunta con el cuaderno en la mano. Había decidido empezar a llevar uno para anotar en caliente sus sueños, para evitar ir olvidando detalles con el tiempo.

Enrique era un veinteañero ojeroso, de pelo castaño corto, y tan alto y delgado como desgarrado. Tenía tanta mugre en las gafas que Gica se preguntaba si no vería mejor sin ellas.

—¿Qué tal la noche? —preguntó Enrique señalando el cuaderno que Gica aún llevaba en la mano.

—Bien, bien —contestó él—. ¿Y tú? ¿Estudiando mucho?

Gica obtuvo un resoplido lleno de resignación por parte de Enrique.

—Ojalá. He tenido que revisar un trabajo de casi 400 páginas. Ahora me pondré a estudiar un rato cuando llegue a casa.

—Joder, tienes que odiarme mucho —dijo Gica, señalando con la cabeza la puerta que llevaba al sitio donde él se dedicaba a dormir.

—Bueno —respondió Enrique—. Siempre tendré ocasión de entrar y matarte mientras duermes.

Ambos rieron mientras Gica se levantó a servirse una taza de café calentito.

—¿Y Mari? —preguntó Gica—. ¿Te ha dejado solo con todo el marrón?

—No, no. Ha ido a preparar un papeleo. Estará al caer. ¿Y tú? ¿Qué tal tus sueños? Cuéntame.

—La chavala rubia otra vez. Me hizo subir a un monte, la tía, a saber por qué. Cuando empecé a bajar yo estaba ya que no podía con mi cuerpo, y entonces me desperté.



—¡Hola, Gica, buenos días! —saludó Mari mientras entraba en la sala. Mari era una estudiante veterana de la universidad, de pelo negro largo y liso y algo gordita, muy alegre y simpática. Era algo mayor que Enrique y a veces le mangoneaba. A Gica le caía muy bien.

—Hola, buenas —respondió Gica echándose un poco de leche en el café—. ¿Hay algo en la calle a estas horas?

—He mandado un email desde aquí al lado, no te creas que he salido a la calle. Ahora está empezando a clarear un poco.

—Ah, internet —dijo Gica—. Todavía tengo que ir a probarlo.

—¿Qué has soñado esta noche? —preguntó Mari—. ¿Algo interesante?

—Mira —contestó Gica, señalando el cuaderno sobre la mesa con el vaso de café.

—No, de eso nada —le respondió Mari—. Recién despertado tienes una letra de mierda. Descíframelo tú mismo o búscame la piedra de Rosetta.

—Bueno... —contestó Gica, abriendo el cuaderno—. “Me encuentro en la entrada de una cueva” —leyó—. “Hay una especie de guerra nuclear y la gente se ha refugiado en cuevas. En la mía está oscuro y no es muy profunda, así que entra la radiación. Como la radiación nos pudre la carne, tenemos que sustituir nuestros miembros y órganos podridos por...” Espera... ¿qué pone...? ¡“Prótesis”! “Por prótesis robóticas. En la cueva más cercana no tienen nuestra tecnología y se convierten en una especie de zombis, que tratan de invadirnos, pero nosotros nos defendemos con palos afilados...” Fíjate —se interrumpió Gica—. Tanta tecnología... En fin... “Después de una de las invasiones, tengo que huir de la cueva, y aparezco en una especie de sala de conferencias en mitad de un pasillo de un centro de salud, donde me siento y puedo hablar con gente que ha muerto”. Qué paranoia...



—Gente que ha muerto —meditó Enrique—... ¿Pero que ha muerto en el mundo real o en el sueño? —preguntó.

—No lo sé —respondió Gica, tras beber un trago de café—. Sólo sé que era gente que había muerto.

—¿Pero no era nadie tuyo? —preguntó Mari—. ¿Nadie conocido?

—No, no. Era gente normal. De la que te cruzas por la calle.

—Zombis contra ciborgs —reflexionó Enrique—. Suena interesante.

—¿Algo más? —quiso saber Mari.

—Ha vuelto a soñar con la muchacha misteriosa —respondió Enrique.

—¿La de la playa?

—Sí, esa —confirmó Gica.

—Uhhh, la chica de tus sueños —rió Mari—. Me pregunto dónde la habrás visto.

A las ocho y cuarto, Gica entraba por la puerta de la facultad. Se distrajo mirando el reloj en el justo momento en el que se abría una puerta de la que salía un profesor con el que casi se golpea.

Intercambiaron un “perdón” mientras Gica trataba de poner en orden sus pensamientos.

Subió por unas escaleras mientras pensaba en zombis y ciborgs, y en sus tribales guerras por la supervivencia, mientras trataba de recordar si tenía clase en el aula 12 o en la 21.

—¡Gica! —escuchó a una voz femenina llamándole.

“¿Iratxe?”, pensó él, justo antes de darse cuenta de que era una apuesta segura, pues nadie más le llamaría por ese nombre en esa facultad.

Gica se volvió hacia la dirección desde la que le llegó la voz de su compañera, y la vio saludándole.

—¿A dónde vas?

—A clase, ¿no?

—Por ahí no lo creo.

—¿Tenemos en la 12 o en la 21?

—En la 12. ¿Todavía estás dormido?

—Eje, algo así. Nunca estoy al cien por cien despierto. Pues menos mal que me has visto, porque ya me iba a la que no era.

—¿Qué te pasa? ¿No duermes bien? —preguntó Iratxe echando a andar por donde vino.

—No, qué va. Al contrario. Duermo muy bien. Soy un experto en dormir. Si fuera deporte, sería oro olímpico. Precisamente porque duermo a todas horas.

Iratxe rió.

—Te sientas conmigo, ¿eh, Gica?

—Pues claro que sí.

—¿Gica tiene novia? —preguntaba Diego a su medio-compañero cuando este entraba por la puerta.

Eran casi las seis de la tarde y el chaval no había almorzado aún. No estaba para esas mierdas.

—¿Estamos en 3º de EGB? —preguntó Gica—. Porque parece que alguno esté en 3º de EGB.

Ignorando la mofa de su amigo, Gica entró al piso donde hacía todo menos dormir.

—Menos mal que no duermes aquí —dijo Diego.

—¿No está tu primo?

—Está en la ducha. ¿Quién es esa chavala?

—¿De quién me hablas? —preguntó Gica, aun sabiendo a quién se refería Diego. No había mucho donde dudar.

—No sé. Una con la que te he visto por el Mentidero esta mañana.

—¿Qué hacías tú en el Mentidero?

—A la *Liverpool*, a hacer fotocopias. Pero estaba cerrada. Era morena, pelito corto, delgadita, un poquito más baja que tú, nariz algo grande, morena de piel...



—¡Joder, te has fijado bien, ¿eh?! —exclamó Gica—. Es una compañera de clase. Fuimos a buscar algo de picar, que había hambre. ¿Por qué es tan especial? —preguntó molesto.

—Eso te lo tendría que preguntar yo a ti, pichabrava.

—Bueno, pero has sido tú el que la ha escaneado tan profundamente sin pegarme un grito ni nada, pedazo de cabrito.

Gica y Diego se miraron en silencio durante algo menos de 20 segundos.

—¿Pero te gusta o qué?

—No, joder, es sólo una amiga.

Gica llevaba dos horas esperando al autobús. Llegaba más tarde de lo habitual, y estaba empezando a tener verdadero terror de haberlo perdido. Siempre sentía un profundo terror por la posibilidad de perderlo y quedarse tirado en Cádiz, sin una cama en la que dormir ni forma de llegar a Algeciras.

No, un momento. Pero no estaba esperando el autobús para volver a casa. Se dirige a... ¿a dónde se dirige?

No, espera, ¡espera!

Es un sueño, sí, es un sueño. ¿Verdad?

Tú puedes. Sabes que puedes. Hay algo que puedes hacer. Sí, es tu sueño, si te relajas...

Despierta.

Abre los ojos.

Mira a tu alrededor. Todo está oscuro. Intenta algo. Intenta flotar. No, no puedes flotar.

Cierra los ojos.

Intenta volver.

La estación de trenes vuelve a formarse. ¿No era de autobús? Ahora eso no importa. Vas a coger un tren. ¡No! ¡Un barco! Un barco...

Tus ojos se abren solos.

Tu mirada recorre la habitación.



Vuelves a cerrar los ojos.

Nada.

Nada.

Nada.

...

...

...

Nada.

—Joder, estuve a punto! —se quejaba Gica.

—¿Un sueño lúcido? —preguntaba Mari—. No es tan difícil.

—No era exactamente eso... Era como... No sé —. Gica se llevó las manos a la cabeza—. ¿Nunca te has despertado con la impresión de que puedes flotar? ¿Salir de tu cuerpo?

—¿Un viaje astral? —preguntó Mari—. No he leído mucho acerca de eso. ¿No es una especie de... no sé... cuento?

—¿No crees que sea posible?

—Cuando sueñas, todo es posible —respondió Mari.

Gica la miró en ese momento. De repente, el pelo de Mari era más claro, casi rubio. No, era rubio. Su piel estaba ligeramente más bronceada, y sus ojos negros se unieron a sus carnosos labios en una sonrisa casi maléfica.

—Todo es posible cuando estás soñando.

Gica despertó.

—Háblame de esa chica —preguntó Arias.

Tras un día de clases tan aburrido como agotador, Gica se reunió con Arias después de haber cenado y antes de coger la cama para comentar sus impresiones de los últimos días.

La chica rubia era un tema que al doctor le parecía muy interesante. Tanto como para pedirle que se reunieran para saber de primera mano acerca de las experiencias de Gica con ella durante el sueño.

—No sé qué puedo decirle de ella —respondió Gica—. No sé dónde la he visto antes. No me suena de nada su cara. Sólo la recuerdo de mis sueños.

—¿Crees que la has visto antes en algún lugar y simplemente la has olvidado, aunque de alguna manera algo de ella quede debajo?

—No sé. Supongo que sí. O no. Es muy guapa, creo que me acordaría de ella. ¡Pero no sé! ¡El mundo está lleno de chavalas guapas y ojalá tuviera cabeza para recordarlas a todas!

—Y es lo único que recuerdas de esa noche, según dices, ¿no?

—Sí. Es muy raro. Últimamente recuerdo perfectamente todos mis sueños, pero de anoche no puedo sacar nada más.

—Muy bien... Y esa chica, ¿crees que quiere hacerte daño?

—No, no lo creo. Parece simpática. Es una especie de guía. Creo que trata de ayudarme cada vez que la veo.

A Gica se le encendió una bombillita.

—Espera... ¿Es la que intenta enseñarme lo que se supone que me estáis metiendo en la cabeza?

El doctor Arias no contestó, pero no ocultó una sonrisa.

—No, en serio —dijo finalmente—. Estás empezando una vida nueva con todo lo que ello conlleva. Nuevos estudios, nueva ciudad, nuevos amigos, incertidumbres a montones por todos lados... Tal vez tu mente haya tomado una forma amable y agradable que trata de decirte que todo va a ir bien, que no te preocupes por nada. Que ya encontrarás a alguien que te tienda una mano cuando necesites ayuda.

Gica escuchó con atención, dándole vueltas a todo lo que le acababan de decir.

—¡Vaya, eso está de puta madre! —exclamó finalmente—. ¿Pero por qué no adopta mejor la forma de alguien conocido?



Arias se encogió de hombros.

—¿Qué crees tú?

Gica pensó su respuesta.

Pensó un poco más.

Estuvo a punto de contestar algo, pero se lo pensó mejor.

—¿Porque no puedo confiar en nadie que conozca?

Arias se sorprendió, pero parecía satisfecho con la respuesta de Gica.

—Es posible, sí —contestó finalmente—. Especialmente si tu respuesta ha sido precisamente esa.

—Bueno, me siento mejor. O algo. No sé... Seguramente no, pero qué se le va a hacer, ¿no?

—Esperar a esa chica rubia, supongo.

—Eso suena realmente bien... Bueno —dijo Gica sin ocultar un enorme bostezo—. Creo que la lechecita ha hecho su efecto y toca ponerse a trabajar. Y no quiero hacer esperar a mi nueva amiga.

—Muy bien, Gica —se despidió el doctor Arias, levantándose—. Que descanses y tengas dulces sueños.

—Gracias, igualmente. Y hasta la próxima.

Una vez en la que ahora era su nueva habitación, en la más que cómoda y hogareña cama, con los ojos cerrados, Gica no paraba de darle vueltas a una idea.

En verdad, eran dos ideas. La primera era durante cuánto tiempo iba a lograr engañar a sus padres acerca de su nuevo alojamiento. Ellos seguían pensando que vivía con Álvaro y Diego. Noches incluidas. Pero prefería no pensar en eso en aquel momento, y concentrarse en las preocupaciones relacionadas con su trabajo.

“No debo olvidar mis sueños”, se dijo. “Lo único que tengo que hacer es dormir. Soñar. Recordarlo todo y contarlo al día siguiente. ¿Cómo no voy a ser capaz de hacer una de esas cosas?”

—¿Te preocupa olvidar tus sueños? —dijo la voz.

—¿Ya estás aquí? —respondió Gica—. Empezaba a temer que no aparecieras.

—Eres un mentiroso. Estoy aquí porque quieres.

—No te veo.

—Porque tienes los ojos cerrados.

Gica abrió los ojos y vio que estaba en un prado rodeado por la hierba y bañado por el viento, bajo un cielo gris oscuro.

—¿Quién eres?

—Deberías saberlo.

—¿Eres mi guía?

La muchacha sonrió, encogiéndose de hombros y doblando la cabeza a un lado.

—¿Qué tal te va la vida, Gica?

—Eh, eso no es justo. Yo no sé cómo te llamas.

—Ya lo sabrías algún día. Cuando toque —dijo ella.

Gica se levantó y extendió sus brazos hacia la chica, pero ella brincó hacia atrás, sonriendo, y negando con la cabeza.

Gica pudo ver que vestía ropas de cuero marrón. Una falda que le llegaba hasta las rodillas, un peto y polainas. Llevaba un arco e iba coronada de flores.

—¿Quién eres? —preguntó Gica.

—¿Qué crees? ¿Acaso no soy tu guía?

—Eres muy rara.

La chica se acercó a él. Puso sus labios a escasos milímetros de la oreja de Gica y le susurró unas palabras que le atravesaron de parte a parte.

—“Esta noche soñaré. Y mañana, cuando despierte, recordaré mi sueño...”

La muchacha se alejó de él, mirándole a los ojos.

—Es una fórmula —explicó—. Una fórmula mágica, si lo prefieres —añadió teatralmente—. Recítala en tu mente cuando estés a punto de dormir. Así recordarás mucho mejor tus sueños —añadió un guiño de sus ojos oscuros—. Garantizado.



El muchacho sonrió.

—Muchas gracias, mi guía —contestó, añadiendo una teatral reverencia.

—De nada, pero yo no soy un guía.

—¿No? ¿Y qué eres entonces?

La muchacha sonrió.

—Soy una cazadora.

## IV

—Eso es... no sé... Raro —dijo Iratxe finalmente—. Muy raro, en el mejor de los casos.

Iratxe parecía estar del todo de acuerdo con la opinión que tenían Diego y Álvaro acerca de las actividades extracurriculares de Gica.

—Bastante, sí —concedió Gica—. Pero, la verdad, tampoco me puedo quejar.

En un día inusualmente soleado, Gica decidió acompañar a Iratxe en su firme determinación de saltarse un par de clases especialmente aburridas, o tal vez más si era necesario, con tal de ir al que en ese momento parecía ser el lugar preferido por los estudiantes del campus.

Y aunque no fueran tan aburridas, la playa estaba demasiado cerca para ignorar su llamada. Mientras charlaban y compartían un par de bebidas, una lata de cerveza ella, un litro de batido de vainilla él, Iratxe le preguntó a Gica dónde vivía durante el curso, y él acabó poniéndola al día de su vida y aventuras de las últimas semanas.

—Joder —suspiró Iratxe—, debe ser el mejor trabajo del mundo.

—Pues sí.

—¿Podrías enchufarme? —rió ella.

—En cuanto sepa que buscan gente te doy un toque —respondió él riendo también—. Pero no creo que el sueldo dé para vivir.

—Joder, te pasas la jornada durmiendo. Te da tiempo a hacer de todo durante el día.

—Será porque la facultad nos deja.

—Mira, mira —protestó Iratxe—. No te quejes encima.

—Nah, no tengo queja —dijo Gica—. Sólo trabajo cuando duermo y tengo libres los fines de semana.



—Yo iría dejando de referirme a esa cosa como “trabajo” —dijo Iratxe—. Es una puñetera lotería.

Ambos tomaron un trago y miraron al océano en silencio durante unos segundos.

—¿Y qué haces los fines de semana? —preguntó Iratxe.

—¿Cómo que qué hago?

—Ya sabes. ¿Duermes en casa de tus amigos?

—Sí, sí, claro. Cuando estoy en Cádiz, me quedo en algún cuarto si queda libre, o en el sofá.

—Te lo montas bien —asintió Iratxe.

—Sí. El sofá no es que sea lo más cómodo, pero si vengo de salir de marcha tampoco me pongo tan exigente.

—Qué bien...

Ambos callaron de nuevo ante la contemplación del Atlántico.

—¿Tú sales por ahí? —preguntó Gica finalmente.

—¿Por ahí por dónde?

—Pues ya sabes... Si sales de marcha. De bares...

—No —respondió Iratxe—. La verdad es que no mucho.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, cosas. Ya sabes. ¿Y tú? ¿Sales mucho de juerga cuando tienes cama a tu nombre aquí o en Algeciras?

—Pues mira, tampoco mucho.

—¿Y eso?

—Bueno, ya sabes —empezó a decir Gica—. No se puede salir por ahí de fiesta cuando tengo que defender el bien y la justicia. En verdad soy Batman. Y como se lo digas a alguien tendré que matarte.

—Batman no mata.

Gica no le pudo contestar. Iratxe tenía toda la razón. No le gustaba admitir que estaba, además, muy sorprendido.

—¿Nunca te has preguntado por qué no tenemos más amigos en clase? —preguntó ella de pronto, cambiando de

tema. O tal vez encaminando la conversación al sitio al que se dirigía antes.

Gica meditó la respuesta.

—Creo que es por nuestro olor corporal.

Iratxe rió dándole un manotazo en el brazo a Gica.

—No, en serio —dijo Gica finalmente—. La verdad es que no. ¿Qué tiene que ver con todo lo demás?

—Bueno... —dijo Iratxe, buscando las palabras—. Digamos que no soy una persona muy sociable.

Gica miró sin saber qué decir.

—Ya, claro...

—¿No me crees? ¡No me crees, maldito seas! —rió la chica tirándole algo de arena a Gica.

—¿Pero cómo coño no vas a ser sociable? —protestó Gica—. ¡Joder, eres la persona más maja que conozco!

—¡Eso sólo demuestra lo poco sociable que eres tú!

—Bueno, mira... Vete un ratito a la mierda.

—No, mira, Gica... La verdad es que llegado el fin de semana de lo que menos ganas tengo es de salir por la puerta de casa. No como tú, que ni casa tienes.

—Eso es del todo erróneo. Tengo casa y tengo piso, y tengo una cama en un misterioso laboratorio secreto.

—Imbécil.

—Eso también —concedió Gica—. Pero lo que quiero decir es que este fin de semana me quedo aquí en Cádiz, que Álvaro va para Algeciras, así que aprovecharé para entregarme a los excesos de la vida universitaria... o algo así —añadió dando un sorbo a su batido.

—Eres la imagen de todos los excesos posibles —rió ella.

Iratxe se levantó, sacudiéndose la arena del culo. Operación esta que a Gica le despertó especial interés.

—Bueno, chico de los excesos, pariente de los siete pecados capitales, ¿nos vamos o qué?



A pesar de la resistencia casi titánica de Gica, Iratxe logró arrastrarle hasta el pozo de perdición o aula donde pasarían un par de las más lentas y aburridas horas de la semana.

¡Qué lejana, en el tiempo y la distancia, parecía ahora aquella añorada playa!

El boli de Gica se acercaba tímidamente al papel, poco dispuesto a dejar constancia de la inconsistente verborrea de la profesora.

Por el rabillo del ojo veía cómo Iratxe tomaba nota diligentemente, casi inconscientemente, de cada palabra en una hoja de papel.

Puede que incluso de alguna más.

La hoja de papel, de repente, apareció sobre la parte de la mesa que las normas más básicas de la por lo general laxa etiqueta universitaria marcaban como el territorio de Gica.

En la hoja, con una fina y rápida caligrafía, ligeramente cursiva, Iratxe tenía un mensaje para Gica.

“Esta clase es un puto coñazo”, comenzaba la nota. “Tendría que haberte hecho caso, maldita sea, y quedarme en la playa. ¿Por qué no te escuché, oh, maldito demonio tentador?”

Gica, divertido, se decidió al fin a escribir algo en respuesta.

“¿Lo ves como yo y sólo yo tenía razón? ¡Tengo razón siempre! ¡Espero que aprendas esta lección vital y que nunca la olvides!”

“Anda, vete a la mierda. Cuéntame cosas. Lo que sea. Pero haz lo que sea por que no me quede dormida. Esa puta birra se me está empezando a subir.”

“¿Te cuento la gente que está aquí que preferiría estar en la playa? Por lo menos tengo a dos.”

“Idiota”.

“Me odias porque tengo razón y lo sabes”.

“Te odio porque eres idiota. Cuéntame algo que no me despierte sed de sangre.”

Gica terminó de leer la última línea de Iratxe y le dio un par de vueltas.

“¿Por qué te llamas Iratxe? No tienes pinta de vasca”.

“¿Qué pinta tiene un vasco?”

“Pinta de vasco”.

“Es porque no voy por ahí cortando troncos, levantando piedras y poniendo bombas, ¿verdad?”

“Exacto”.

“Imbécil, jaja. Mi familia paterna es de Donosti. ¿Tú eres rumano o es que no sabes pronunciar 'Jorge'”

“Eh, que no sepa pronunciar mi nombre es una dolencia muy seria que afecta a más gente de la que parece. Mi hermano se llama 'Andrés' y tampoco lo pronuncia bien. Y aparte no me pienso ofender, que peor es lo tuyo”.

“¿Lo qué mío?”

“Todo lo tuyo.”

Iratxe le clavó el boli a Gica en el riñón antes de contestarle.

“Pues nada, perdone usted, pero nada puede ser peor que lo tuyo, que te falta vivir bajo el puente Carranza”.

“Bueno, esta está siendo una regresión al patio del colegio muy agradable, ¿pero qué tal si nos escaqueamos y volvemos a la playa, de donde nunca, nunca debimos irnos?”

“No creo que eso sea posible”.

“Eso no es para nada el espíritu”.

Suavemente mecido por las olas, Gica flotaba plácidamente sobre la superficie del océano.

Estaba desnudo de cintura para arriba, y la negrura que le rodeaba, lejos de hacerle sentir incómodo o asustado, le llenaba de paz y sosiego.

Parecía estar sólo en el universo hasta que escuchó un chapoteo cerca de él.

Abrió los ojos y vio aproximarse a él a la chica que noches atrás se presentara a él como una cazadora.



—¡Hola! —saludó él—. Estoy soñando, ¿no?

—¿Por qué preguntas tal cosa? —quiso saber ella.

—Oh, vaya, vaya, vale, vale. Estoy soñando. Bien, bien. A ver qué puedo hacer...

—¿Vas a tratar de hacer algo mágico?

—Sí, claro. Aprovecho. Estoy en un sueño lúcido. Siempre trato de hacer algo chulo, pero no siempre soy consciente de estar soñando.

—Oh, estoy deseando ver qué vas a hacer.

Gica se concentró en aquello que quería hacer, pero nada extraordinario parecía estar pasando.

—Qué —preguntó ella—. ¿Nada?

—Algo falla.

—¿Y si esto no es un sueño? —rió ella.

—Anda, ya, eso no puede ser.

De repente, Gica despertó.

—Mierda —susurró.

La chica que se le aparecía estaba allí con él, como últimamente cada vez que dormía en el laboratorio, pero aunque esta vez era consciente de estar en un sueño, no pudo hacer nada para controlarlo.

Y le pareció una pena. Aunque sólo fuera un sueño, no le habría importado echar un polvo. Especialmente con esa guapa desconocida. Podría haber tratado de invocar la imagen de Iratxe, pero en ese momento no tenía las ideas claras.

Gica se giró mientras trataba de averiguar cómo habían metido Arias y los demás la imagen de esa muchacha, esa cazadora, esa guía, esa supuesta figura que le metería conocimientos en su cabezota mientras dormía.

Pero entonces se dio cuenta de que estaba en la cama de Álvaro.

“Qué bien”, pensó Gica mientras empezaba a despertarse del todo. “Me han dejado a esa rubia dentro”.

La música se agolpaba en las orejas de Gica, tratando de abrirse camino hacia el interior de su cráneo, pero él estaba con la cabeza en otro sitio.

De alguna manera, Diego le había convencido para ir aquella noche de sábado a tomar algo con él y unos amigos, esgrimiendo el argumento de que era sábado y eran universitarios.

Gica volvió a mirar el reloj por enésima vez. Eran las cuatro menos cuarto de la noche. Sólo unos minutos más desde que lo consultara por última vez. Él estaba cansado y sólo tenía ganas de ir a dormir. Diego estaba bailando con sus amigos en ese oscuro y ruidoso pub, mientras Gica estaba buscando, sin mucho empeño, motivos para no coger e irse a casa.

—¡Bu! —le gritó Diego, sacándole de sus oscuras meditaciones.

—Joder, mierda —respondió Gica.

—¿Qué pasa contigo?

—Me estoy rayando, quillo. Me voy a ir para casa.

—Joder, no te puedes ir ahora. Lo mejor está a punto de comenzar.

Gica miró a su amigo con la mirada del que duda que nada interesante pudiera empezar a esas horas salvo el amanecer.

—Entre tú y yo, Gica —confesó Diego adquiriendo un tono de confidencia—. Creo que Patri te ha echado el ojo.

Gica y Diego miraron en la dirección en la que estaba la tal Patri, quien les dirigió una mirada que indicaba que sólo le había echado el ojo a otro cubata.

—Yo creo que me voy a casa —dijo Gica.

—¿Solo?

—Tengo llave. Te puedes quedar si quieres.

—No, hombre, no me refiero a eso, joder...

Gica y Diego se miraron en silencio un momento.



- ¿Cuánto hace que no echas un polvo?  
—Vete al carajo, Diego.  
—Parece otra vida, ¿eh? Cuando eras delgado y atractivo.  
—Vete. Al. Carajo.  
—Vale, tío. En serio. Mira, Nuria ya pasó. Ya toca seguir adelante, ¿no?  
Gica apretó los puños y los dientes.  
—Me voy.

Gica llevaba más de una hora dando vueltas por las calles de Cádiz. La madrugada en el casco viejo cubría las calles con un halo de fría humedad que empapaba el alma de Gica.

Caminaba sin rumbo, cada vez más lejos del piso que medio compartía con Diego y Álvaro, tan perdido en las calles, desconocidas a la luz de las farolas, como en su pensamiento.

Diego no debió haber mencionado a Nuria y debía saberlo. Y eso le dolió. Le dolió tanto que, al llegar a la Caleta, apoyándose en las balaustradas, se llevó las manos a la cara y lloró.

## V

Gica entró en el piso consumido por la rabia y la pena.

Sacó el pijama de la maleta y se lo puso mientras se metía en la cama refunfuñando y maldiciendo a Diego.

¿Cómo cojones pudo tener las narices para sacar el tema de Nuria? ¡Como si no estuviera ya lo suficientemente encajonado!

Gica se metió en la cama y se tiró la manta por encima mientras apagaba la luz.

Se encogió formando un ovillo y cerró los ojos esperando a que llegara el sueño y le llevara a un mundo donde nada más importaba.

Pero el sueño no llegaba.

Gica se destapó para evitar la asfixia y se tumbó boca arriba viendo cómo las luces de los coches que pasaban por la calle recorrían el techo de la habitación de Álvaro.

Se cansó pronto de mirar las luces y escuchar las voces lejanas, pero no tenía ganas de ponerse a leer. Sabía que si cogía un libro empezaría a darle vueltas a lo que había pasado un rato antes, a pensar en Nuria, a querer destruir el mundo y hacerlo arder con el sólo calor de su ira.

Pero nada de eso iba a pasar.

Se levantó, fue al baño y orinó durante un rato. Y luego se dirigió al salón. Puso la tele y navegó por los canales. Tal vez echaran algo de porno en algún canal local. Con eso seguro que no pensaba en nada que no quisiera pensar.

Pero nada de porno. Como mucho uno de esos anuncios que duraban toda la noche con vídeos guarros y número de teléfono erótico sobreimpreso.

Pensó en cotillear en el ordenador de Álvaro, pero sabía que eso sería una pérdida de tiempo.



Y de pronto la ira volvió a sustituir a la lujuria. Ojalá llegara el efecto 2000 y los mandara a todos a tomar por culo.

Volvió a meterse en la cama, cubriéndose con la sábana y la manta un par de minutos antes de que el calor le agobiara.

Encendió la luz y cogió un libro que había sobre el escritorio de Álvaro. Empezó a leer pero le resultó un tostón. Gica no estaba seguro de si ese libro lo estaba leyendo por gusto o por exigencias de algún profesor.

Pensó en cotillear en el cuarto de Diego, pero entonces le volvió a entrar la ira y las ganas de asesinar a su compañero, así que se limitó a cambiar todos los marcadores que había colocado en los 15 ó 20 libros de consulta que Diego había sacado de la biblioteca.

Pensó si tendría algún tebeo. Algo de superhéroes. Hacía años que no leía nada de superhéroes. Pero abandonó toda esperanza al recordar el poco aprecio que ese par de sabandijas le tenía al género.

Conocía a Diego de un par de años atrás, a diferencia de al primo de este, Álvaro, al que conocía desde que empezaron el instituto. Pero Diego le conocía lo suficiente para saber acerca de Nuria y todo el tema. A Gica no le gustaba sacar el tema. Odiaba sacar el tema. Le hacía sentir odio y una tristeza infinita al mismo tiempo. Y Diego no tuvo que haberlo hecho. Ahora tenía ganas de entrar en su cuarto a cagarse en su colchón.

Gica respiró hondo, apagó todas las luces y se tumbó mirando al techo. De nuevo alguna luz lo recorría de parte a parte, bajando por la pared y disolviéndose en las sombras.

Respiró hondo.

Cerró los ojos.

“Esta noche soñaré. Y mañana, al despertar, recordaré mi sueño”, recitó mentalmente.

Pero no se durmió.

Lloró un rato, y recibió al amanecer en medio de su primer sueño.

Gica estaba sentado al borde de un lago negro. Por algún motivo, estaba pescando.

Estaba pescando y tenía unos 13 años.

—Vaya, vaya —escuchó una voz a su espalda—. Esto sí que es raro.

Gica se giró y vio a la cazadora. Ahora vestía con vaqueros y abrigo. Muy normal todo.

—Hola —dijo él—. Estamos en un sueño, ¿no?

—Sí, claro —respondió ella, resoplando—. Y en uno de los raros.

Ella se acercó a él, sentándose a su lado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó a Gica.

—No sé...

Ella se encogió de hombros y dirigió la mirada al punto donde el sedal se sumergía en las negras aguas.

—¿Pican? —preguntó.

—No.

—¿Qué esperas pescar?

—No lo sé —respondió Gica—. Cuando era niño, a veces mi padre y mi tío nos llevaban a todos los primos al puerto a pescar. Daba un poco de asco y era muy aburrido, pero al menos pasábamos tiempo juntos. Nunca le vi la gracia a pescar en el muelle del puerto, donde sólo hay pescado que da asco comer.

La reflexión del pequeño Gica hizo asentir a la cazadora.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Gica.

—¿Qué te hace pensar que tengo nombre?

—No lo sé —respondió Gica—. Pero pensé que deberías tener uno.

—Me llamo Bárbara —respondió ella.

Gica pareció sorprendido de la respuesta.



—¿Qué pasa? —preguntó Bárbara.  
—No se me habría ocurrido.  
—Tu sueño, tus reglas, ¿no? —dijo ella—. Pues eso es lo que hay.

—Me gusta tu nombre.  
—Gracias.  
—Y me gustas tú.  
—Eh. ¿Y esas confianzas?  
—Es mi sueño, ¿no?  
—Tú sabrás lo que haces —dijo ella—. Pero no estamos aquí para ligar, ¿verdad? Además, aún eres un crío.

Bárbara dirigió la mirada al horizonte.

—Estamos aquí por ella, ¿verdad?

Gica miró hacia donde señalaba Bárbara. Ahí había aparecido la figura de una niña de la misma edad que Gica. Tenía el pelo largo y castaño, y una sonrisa distraída en los labios.

Avanzaba distraídamente hacia donde Gica y Bárbara pescaban, sobre la negrura que en algún momento se convertiría en agua.

—No quiero estar aquí —protestó Gica mientras el universo a su alrededor se derrumbaba al tiempo que abría los ojos y despertaba de un sueño que le aceleró el corazón.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó Mari cuando Gica entró a la salita despegándose los adhesivos de los sensores que le monitorizaban las constantes—. ¿Una pesadilla?

—Algo así.

El reloj de pulsera de Enrique acababa de dar las seis de la mañana cuando Gica se despertó inquieto, con la respiración acelerada y muy, muy cabreado.

—¿Qué te ha puesto de tan mal humor? —le preguntó Mari.

Gica tenía la cara hundida en las manos.

—No sé —mintió—. Todo iba bien, pero entonces no sé, me empecé a sentir agobiado y quise despertar.

—Ahá, ya veo —contestó Mari mientras Enrique tomaba nota.

—Y hasta ese momento —comenzó Enrique mientras se levantaba y se dirigía hacia la cafetera—, ¿todo iba bien?

—Sí, claro, todo bien —respondió Gica.

Empezó a relatarles su sueño, omitiendo toda referencia a la aparición de Nuria. Ambos parecían muy satisfechos.

—Así que Bárbara, ¿eh? —dijo Mari trazando una pícara sonrisa—. Muy bien, muy bien...

—Me la habéis metido de alguna manera, ¿no? Es parte de la grabación que se supone que me ponéis, la que me tiene que enseñar lo que sea, ¿no?

—Algo así, algo así —respondió Mari soltando una risita.

Un rato después, Gica esperaba sentado en su sitio en el aula, mirando a la nada. Las únicas ventanas en ese aula estaban justo al fondo de la misma. Realmente echaba de menos las ventanas del instituto. Eran geniales para dejar vagar la mente en momentos como ese.

—Hey, ¿qué pasa? —escuchó a Iratxe tras de él.

Gica se giró y vio a su amiga mirándole con la nariz torcida y los labios fruncidos.

—Vaya —dijo ella—. ¿Tan malo ha sido?

—¿El qué?

—El fin de semana.

—Ah, eso —dijo Gica—. Una verdadera mierda.

—La cosa esa de los excesos no te fue del todo bien, ¿eh?

—No, no es eso —dijo Gica, resoplando—. ¿Qué tal tú? ¿Fin de semana encerradita en casa?

—No exactamente —respondió ella—. Estuve un rato en la calle ayer por la tarde.

—Uuh, la gran juerguista.

—Vete a la mierda —protestó Iratxe—. No, en serio... Ha sido un fin de semana raro.



—Qué me vas a contar.

—Bueno, luego hablamos. Después de clase.

A lo largo de la clase, Gica pensó en intercambiarse notas con Iratxe como cada vez que la mañana le resultaba insoportablemente lenta y aburrida. Esa estaba siendo especialmente cansada. Tanto por el fin de semana de mierda que pasó, como por el sueño la noche anterior.

Todo lo relacionado con Nuria le podía dejar tocado durante días. Pensar en Nuria, recordar a Nuria, que le hablaran de Nuria, ver fotos de Nuria o ver a algún conocido común.

Eso implicaba que casi siempre podía estar hecho una mierda. Al menos en Cádiz pensaba que podía cambiar de aires. No había nada ahí que debiera recordarle a ella. Era otra ciudad llena de otra gente en la que pasaban otras cosas y en la que nadie tenía por qué saber nada de ella.

Y eso acababa de jodersele hacía nada.

Pensó que tal vez charlando con Iratxe al menos pensaría en otra cosa, pero ella parecía realmente interesada en esa clase.

La hora tenía pinta de que iba a ser muy larga...

Intentando desviar sus pensamientos, Gica se puso a pensar en la chica de sus sueños. Literalmente. ¿Quién o qué sería esa Bárbara? No paraba de pensar en cómo el equipo del doctor Daniel Arias podría haberle metido los datos que se supone que intentaban meter en su cerebro dormido, pero le resultaba más interesante que crearan una muchacha de la nada con apariencia totalmente real, tanto que casi podría tocarla.

Tendría que volver a preguntar cómo lo habían hecho, aunque ya le respondieron que en su momento tendría todas las respuestas.

Aquella forma de evitar una contestación directa hacía que le aumentara la expectación, y estaba, de alguna manera, seguro de que al final la verdad acabaría decepcionándole.

Gica estuvo apretándose los sesos unos minutos tratando de recordar dónde había visto esa cara y había oído esa voz antes. No era posible que él hubiera sacado a esa chavala de la nada. Bárbara tenía que venir de algún sitio. ¿Pero dónde se habría cruzado con ella? ¿En la facultad, por la calle, en algún sitio alguna noche? Podría haberla visto en cualquier sitio y luego olvidarse de ella. No sería la primera vez que le pasaba que se cruzaba con alguien a quien había conocido poco antes y había olvidado totalmente su cara en el momento de encontrarse una segunda vez.

Gica resopló mirando el reloj, justo a tiempo para darse cuenta de que había hecho demasiado ruido. Aunque el profesor pareció no haber notado la impaciencia y aburrimiento de su alumno, sí lo hizo Iratxe, que se volvió a mirar a su compañero, aguantando una risa.

—¿Aburrido? —le preguntó en voz baja.

—Un montón.

—Ay, pobrecito. ¿Añoras los excesos del fin de semana?

Gica rió un poquito.

—No sé qué decirte.

—Luego si quieres, faltamos a la siguiente hora y charlamos un rato.

Gica sonrió.

—Sí, por favor...

—¿Sabes de cuántas horas me escaqueé durante mis cuatro años de instituto? —preguntó Iratxe mientras absorbía el sol que le ofrecía el patio de la facultad—. Tres.

—Oh, cuidado con la chica responsable —se burló Gica sin entusiasmo alguno.

—¿Y sabes cuántas horas llevo de escaqueo desde que te conozco?

—¿Mil tres?

—Imbécil —rió ella.



- Bueno, yo más o menos igual —respondió Gica.
- ¿Más o menos?
- Gica rió.
- Más más que menos —respondió Gica.
- No me sorprende.
- Igualmente creo que eres una muy mala influencia.
- Le dijo la sartén al cazo.
- Tú sí que eres un cazo.
- Vete a la mierda —dijo finalmente Iratxe—. Dime cosas de tu curro, anda.
- ¿Qué quieres que te cuente? —preguntó Gica, incómodo al recordar de pronto a Bárbara.
- No sé, tío. ¿Sabes algo más de lo que investigan?
- No. De momento no me dicen nada. Creo que eso significa que sea lo que sea que están intentando, no están dando con la tecla.
- Pues qué pena. La verdad es que sonaba interesante.
- Sí, tiene su rollo —respondió Gica mirando a otro lado—. Pero bueno. La ciencia.
- Sí, ya —rió Iratxe—. Gracias por tu sacrificada aportación al mundo del conocimiento.
- No se merecen.
- No, en serio. Explicámelo bien porque es que no me lo puedo creer. Te metes en una camita cómoda y calentita. Duermes. Sueñas y luego le cuentas a un par de raros lo que has soñado.
- Sí, más o menos eso es la cosa —confirmó Gica.
- Joder, tienes la suerte de un tonto.
- No sé por qué —contestó Gica—, pero últimamente me dicen eso más que de costumbre.
- Será porque eres un tonto con suerte.
- Tú di lo que quieras —replicó Gica—, pero cuando acabes la carrera vas a echar de menos estas charlas de mierda más que nada en el mundo.

—Jaja, sí, claro —se burló Iratxe—. Apuesto a que lo echaré de menos casi tanto como tú.

Gica sonrió mirando a Iratxe. Ella le miró y le correspondió con otra sonrisa.

—¿Qué te pasó este fin de semana que te ha puteado tanto? —preguntó ella.

—Nah —respondió Gica—. Cosas. El mierda de Diego.

—¿Tu compi de piso?

—Sí. Uno de ellos, vamos.

—¿Qué ha pasado?

—Que es un tocacojones. Se pegó toda la noche del sábado intentando que me liara con una que tenía el mismo poco interés en mí que yo en ella, y todo para ver si él se podía ligar a la amiga.

—¿En serio?

—Sí, tía. Siempre hace lo mismo.

—¿Y eso por qué?

—Pues no sé si para reírse de mí o para aislar a la que le interesa a él.

—Pues no sé, Gica, lo mismo pillabas cacho.

Gica miró sorprendido a Iratxe, quien le lanzó un guiño de complicidad.

—Eso no iba a pasar —sentenció Gica.

—¿Por qué no? Dale algo de vidilla a tu vida, Gica. Que parece que lo único interesante por lo que estás pasando en tu primer año de universidad pase mientras estás durmiendo. Bueno, y yo, está claro.

Gica resopló.

—¿Y qué tal tu fin de semana? —preguntó Gica.

—Bien, bien... —respondió Iratxe mirando a otro lado—. He... Bueno. He hecho cosas.

—Bueno, eso es importante... Imagino.

Gica e Iratxe intercambiaron una mirada incómoda en silencio.



—Estuve... —comenzó a decir ella—. Bueno, estuve hablando con mi novio.

—Ah.

—Sí, bueno... Estábamos teniendo una mala racha.

—No tenía ni idea.

—Bueno, no es algo de lo que apetezca hablar así de primeras.

—Me refería a lo de que tuvieras novio.

—¿No?

—Me acordaría, vaya...

—Ah —dijo Iratxe.

Estuvieron en silencio un momento.

—¿Estás seguro?

—A lo mejor es otra cosa de esas que no se dicen de primeras.

—No, es que, bueno. Hemos pasado una mala racha.

—Sí, eso sí me lo has dicho. Ahora.

—Vete a la mierda. No me apetecía tenerlo en mente. Eso es todo.

—Bueno, bueno. No he dicho nada.

Volvieron a quedarse callados.

—¿Y ahora todo bien? —preguntó Gica finalmente.

—Sí, bueno. Vamos a ver. Parece que va mejor.

—Bueno...

—Ya es algo.

—Sí.

Volvieron a callarse unos segundos muy incómodos.

—Seguro que os caéis bien —dijo Iratxe al cabo.

—Sí, claro, a ver si quedamos. Pero trae a alguna amiga, así no estoy de aguantavelas.

—Tú no pierdes ocasión, ¿eh?

—Dice Diego que tengo que avanzar o algo.

Iratxe sonrió, incómoda.

—¿Vamos a la siguiente clase?

—Pfffff —resopló Gica—. ¿Es necesario?

## VI

—¡No, no, no, NO! —gritaba Gica mientras intentaba esquivar el fuego disparados por los lagartos.

El resto de su unidad había caído y sólo quedaba él. Era imposible que lograra alcanzar su objetivo, el reactor que daría energía a su planeta por toda la eternidad. Pero desde luego era más imposible aún que saliera vivo de allí, mucho menos irse por donde vino. Su nave había sido destruida y los lagartos iban tras él más que dispuestos a asarlo con sus rayos láser.

De alguna manera, Gica sabía que no era la primera vez que había estado en esa situación. Era como si tuviera recuerdos de un sueño o de una vida anterior. Un pensamiento un poco raro para la situación en la que se encontraba.

Logró despistar a los lagartos por un momento, pero no duraría mucho. Al menos tenía la ventaja de que esos seres no tenían ni idea de qué hacía Gica ahí. En caso contrario, bien podría despedirse de su objetivo.

Un siseo y una serie de disparos errados le dieron a entender a Gica de que su escondite no sería de utilidad por más tiempo, así que salió corriendo, disparando mientras corría de espaldas lo más rápido que podía, en busca del camino correcto.

Abrió una puerta y atravesó la estancia de paredes de piedra, y al final podía ya ver la palanca que llevaba horas buscando. El corazón se le salía por la boca de la emoción y el miedo mientras avanzaba por la sala, pero un disparo en la pierna le tiró al suelo a escasos centímetros de su objetivo.

Una vez más había fracasado, y el dolor de la pierna se le iba extendiendo, dándole a entender que le quedaban pocos segundos de vida.



Pero haría un último esfuerzo.

Gica estiró su mano lo más que pudo, tratando de alcanzar la palanca, pero todo era inútil.

No alcanzaría jamás.

Pero, entonces, de la nada apareció una mano suave que le tomó la suya.

Gica levantó la mirada para enfrentarse a los ojos de Bárbara.

—Tranquilo —le dijo ella mientras él, soportando el dolor de la pierna, se levantaba y avanzaba.

Bárbara posó la mano de Gica en la palanca, y le dedicó una amable sonrisa.

—Ahora. Hazlo.

Gica tiró de la palanca y despertó con un tirón en el gemelo derecho.

Intentó estirar la pierna que insistía, con mucho dolor, en quedarse flexionada, pero finalmente él fue más fuerte y logró, poco a poco, calmar el dolor que le atravesara el gemelo de parte a parte.

Poco a poco, en la oscuridad, la habitación empezó a tomar forma, empezando por la luz roja. Miró el reloj sobre la mesita encendiendo la pequeña lucecita que tenía incorporada. Ya eran casi las seis de la mañana. Decidió levantarse ya, pero antes, se taparía sólo un minuto con la manta. Toda aquella pelea lo merecía.

A las seis y media, el despertador sacó definitivamente a Gica de su sueño. Se echó una bata sobre el pijama, anotó lo que recordaba de sus sueños en el cuaderno y salió a la salita donde Mari y Enrique estudiaban en lugar de hacerle caso a él mientras dormía.

—¿Qué tal hoy? —preguntó Mari.

—Raro —respondió Gica—. He tenido un sueño recurrente. Bueno, era recurrente cuando iba al instituto y eso, no lo

había vuelto a tener en cosa de un año. Cosas de aliens y tal. Pero con un cambio.

—¿Qué ha cambiado? —quiso saber Enrique, lleno de curiosidad.

—¡Bárbara! ¡Esa chavala que me habéis metido en la cabeza! Estaba allí, y me ayudaba a darle a la palanca. Es la primera vez que logro darle a la puta palanca en todas las veces que me la he encontrado —respondió Gica—. Al menos volvía a estar delgado. Joder, me desperté en lo más interesante...

—¿Y qué ha pasado cuando le has dado a la palanca?

—Nada. No sé, me desperté. Con un tirón en la pierna, por cierto.

—Uff —resopló Mari—. ¿Te duele?

—No, ya no —respondió Gica—. Sobreviviré. Y bueno, desayuno y me voy, que no quiero perder el autobús.

Con el frío y la humedad comiéndole los huesos, Gica cogió el bus a Cádiz en la primera parada, con lo que pudo coger un asiento al fondo del mismo. Se caló un gorro de lana y apoyó la cabeza en el frío cristal, que iba empañando cada vez que respiraba.

El sol aún no había terminado de salir, y la Bahía se encontraba en ese punto en el que las primeras luces parecen, contradictoriamente, acentuar el frío en el ambiente.

Se bajó en la plaza junto a la estación de buses de Cádiz, y se dirigió, sin pasar por el piso, a la facultad, recorriendo las intrincadas y estrechas calles del casco antiguo de la ciudad más antigua de Europa.

A Gica le gustaba callejear por Cádiz porque siempre le sorprendía dónde podía acabar. Calles que se cortan, se cruzan, se tuercen y llevan a plazas, a parques o al mar cuando menos te lo esperabas, que tenían palacios encajados entre sí o construcciones antiguas llenas de color, y esos edificios hechos de marrón y rugosa piedra. Días



atrás se dio cuenta de que andar por esas callejuelas, especialmente antes de que la gente las llenase a rebosar, le relajaba de algún modo, le aclaraba las ideas. Era necesario. Y en ese momento, más.

No tenía ganas de ir a clase. No quería ver a Iratxe. Pero, por otro lado, quería hacerlo.

Cuando se dio cuenta, llegó a la Caleta. No se le ocurrió ningún motivo por el que no debería bajar a la arena. Así que bajó, se sentó en la fría y húmeda arena y sacó un cuaderno de su mochila, y se puso a escribir una carta.

Nada más entrar en el aula, Iratxe vio que Gica la estaba mirando. Ambos parecían incómodos, pero, ante el amable saludo de su amigo, ella sonrió y, lentamente, se fue a sentarse a su lado.

—Hola —saludó Iratxe—. ¿Todo bien?

—Sí, claro —respondió él—. ¿Y tú?

—Claro, claro —dijo ella.

Sacaron sus cosas al empezar la clase, y apenas volvieron a intercambiar alguna palabra durante la siguiente hora y media.

—Oye —empezó a decir Iratxe de golpe mientras comían un bocata a las 11 de la mañana—. Te quería preguntar algo...

Gica miró a su amiga, que parecía estar luchando para sacar lo que le rondaba la cabeza en ese momento, con miedo a que tal vez sería mejor guardárselo para sí misma.

Y no es que Gica fuera especialmente bueno leyendo a la gente, es que conocía muy bien esa expresión.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No, mira, a ver... No te pienses nada raro.

Ya era tarde para eso.

—¿Qué?

—Es que ayer... cuando te conté lo de mi novio... No sé, me sentí rara.

—Es que eres rara.

—Vete al carajo, Gica.

—No, perdona, dime qué pasa...

—Bueno... No sé... Es porque no te lo dijera antes, pero...

—Pero...

—No sé, me pareció que te sentó mal —dijo Iratxe finalmente.

—Bueno, no sé, estaría bien si me lo hubieras dejado caer. Parece que lo estabas pasando mal por el tema, y somos amigos, ¿no?

—Sí, bueno, ya... Pero no sé, cuando te lo dije me dio la sensación...

Iratxe no sabía o no quería continuar.

—¿Qué sensación?

—Gica, no te cachondees de mí ni nada, y cuidado con lo que digas a partir de ahora, pero, ¿yo te molo?

Gica trató de disimular un ataque de ansiedad.

—Bueno, mira —empezó a decir él—. Me caes muy bien y todo eso, pero... ahora mismo no busco salir con nadie.

—Gica —dijo Iratxe, muy seria—. Eres un enorme pedazo de mierda.

Gica empezó a reírse.

—¿Por qué se te ha pasado eso por la cabeza, a ver?

—No, a mí no.

—¿A tu novio?

Iratxe miró a Gica de reojo.

—Sí.

—¿Es celoso?

—No es eso.

—Entonces sí es eso.

—No, joder —replicó Iratxe—. Es que, le estuve hablando de la carrera, y de todo, y de ti, y de que eras mi único amigo



aquí y que siempre estábamos juntos y demás... Y le preocupó que... bueno, que te molara.

—Entonces sí es celoso.

—¡Que no es eso, mierda!

—A ver, a ver —dijo Gica—. ¿Cómo es tu novio? ¿No será por casualidad, atlético, alto y/o guapo?

Iratxe fulminó a Gica con la mirada.

—¿Ahora me espías?

—No, joder, nada que ver —respondió él—. Intuición. Nunca me falla.

Iratxe no parecía del todo convencida.

—Pero, lo que trato de decirte es, ¿qué posibilidades tendría contra semejante Adonis un gordo y feo que lleva la misma chamarreta desde hace cinco años?

Iratxe miró a Gica entre enfadada y contrariada.

—No eres tan feo —respondió Iratxe—. Pero todo lo demás es verdad.

Gica imitó a Iratxe burlándose de ella.

—Pues nada —añadió luego—. Si tan guapo soy, ¿por qué coño no ligo?

—Porque aún sigues siendo un asco de persona.

—Apuesto a que si tuvieras alguna amiga no pensaría lo mismo.

Iratxe rió.

—Sí que tengo más amigas.

—Reales —replicó Gica—. No me valen ni tus muñecas ni tus amigos invisibles.

—¿Serás imbécil? —rió ella.

—Todo se pega menos la hermosura.

—¡Pues mira, estaba pensando en que quedásemos con Sergio y alguna amiga nuestra soltera para ver si eras capaz de mojar el churro!

—¡Ordinaria!

—¿¡Qué me has llamado!?

—¿¡Eh!? ¡No, no! Quería decir, “por favor, disculpa a este apuesto gusano, que está dispuesto a lo que sea con tal de conocer a tus encantadoras amigas”.

—¿En serio? —rió Iratxe.

—Sí, pero sólo si son mujeres de verdad. Y con “de verdad” me refiero a “no imaginarias”, tampoco soy tan exigente.

—Lo que eres es imbécil.

—También.

Aquella tarde, Gica recibió una llamada del doctor Arias preguntándole si podría asistir más temprano a su cita de cada noche. Gica no tenía nada que hacer y necesitaba una buena excusa para estar haciendo cosas el resto de la tarde y no pensar en nada, así que no tuvo ningún problema y salió temprano a coger el autobús. Cenó un par de porciones de pizza casera y muy satisfactorias que compró en una tiendecita que tenía fichada de cerca de la parada de Alcidia y a las nueve ya estaba llegando al totalmente ordinario edificio de oficinas donde se encontraba laboratorio.

En esta ocasión fue el doctor Daniel Arias, y no Mari o Enrique, quien le recibió en la puerta.

—Buenas noches, Gica —saludó él con una más que sospechosa sonrisa—. Me alegra que hayas podido venir. ¿Has cenado?

—Sí —respondió él—. Pero aún no me he lavado los dientes —añadió con una sonrisa.

—Pues no lo hagas aún. Tenemos postre.

—Oh, postre, qué bien.

Gica avanzó por las instalaciones siguiendo al doctor Arias.

—¿Sabes por qué quería que vinieras antes hoy? —preguntó el doctor mientras caminaban.



—Sí, claro. Al teléfono no me quería decir nada, y la verdad es que tengo curiosidad. ¿Pasa algo?

Cuando llegaron a la salita, vio que, junto con Mari y Enrique, cortando un trozo de bizcocho, les acompañaba nada menos que Bárbara.

—Hola, Gica —saludó ella con una sonrisa.

—Oh.

## VII

—Imaginaba que estarías sorprendido —dijo Bárbara—, pero no esperaba que te quedases catatónico.

Gica miró a un lado y a otro, sin hacer nada más ni abrir la boca.

Se dirigió a la puerta por la que acababa de entrar. Allí parecía todo normal.

—Creo que le ha dado un chungo —dijo Enrique—. Ya dije que no me parecía buena idea.

Gica miró la puerta y volvió a mirar a Bárbara, donde estaba su cama. Todo normal. Todo normal. Todo normal. Cogió un trozo de bizcocho. Sabía a bizcocho. De hecho, estaba muy rico.

—Hola —saludó Bárbara con una sonrisa—. ¿Estás ahí?

—Vale —dijo Gica finalmente, haciendo que Bárbara extendiera los brazos en señal de triunfo, mientras se recostaba en el respaldo de la silla.

—¿"Vale" qué? —preguntó Mari.

—Vale... no sé —respondió Gica—. ¿Qué coño es esto?

—"Esto" —respondió Bárbara—, soy yo.

—Sí, ya... —replicó Gica—. ¿Pero qué cojones es esto? Estoy en un sueño, ¿verdad?

—¿Has visto si puedes volar? —preguntó Bárbara con una sonrisa.

—No —respondió Gica—. No puedo.

—Entonces no estás en un sueño. O estás en un sueño lucido que no puedes controlar. Tú verás.

Gica seguía confuso.

—¿Bárbara es real? —preguntó al doctor Arias señalando a la joven.

—Y tanto que sí —respondió ella—. Y estoy aquí.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Gica.



—Sí, claro. Al teléfono no me quería decir nada, y la verdad es que tengo curiosidad. ¿Pasa algo?

Cuando llegaron a la salita, vio que, junto con Mari y Enrique, corriendo un trozo de bizcocho, les acompañaba nada menos que Bárbara.

—Hola, Gica —saludó ella con una sonrisa.

—Oh.

SUEÑO

## VII

—Imaginaba que estarías sorprendido —dijo Bárbara—, pero no esperaba que te quedases catatónico.

Gica miró a un lado y a otro, sin hacer nada más ni abrir la boca.

Se dirigió a la puerta por la que acababa de entrar. Ahí parecía todo normal.

—Creo que le ha dado un chungo —dijo Enrique—. Ya dije que no me parecía buena idea.

Gica miró la puerta que llevaba a la sala donde estaba su cama. Todo normal. En los armaritos. Todo normal. Cogió un trozo de bizcocho. Sabía a bizcocho. De hecho, estaba muy rico.

—Hola —saludó Bárbara con una sonrisa—. ¿Estás ahí?

—Vale —dijo Gica finalmente, haciendo que Bárbara entendiera los brazos en señal de triunfo, mientras se recostaba en el respaldo de la silla.

—“Vale” qué? —preguntó Mari.

—Vale... no sé —respondió Gica—. ¿Qué coño es esto?

—“Esto” —respondió Bárbara—, soy yo.

—Sí, ya... —replicó Gica—. ¿Pero qué cojones es esto? Estoy en un sueño, ¿verdad?

—¿Has visto si puedes volar? —preguntó Bárbara con una sonrisa.

—No —respondió Gica—. No puedo.

—Entonces no estás en un sueño. O estás en un sueño lúcido que no puedes controlar. Tú verás...

Gica seguía confuso.

—¿Bárbara es real? —preguntó al doctor Arias señalando a la joven.

—Y tanto que sí —respondió ella—. Y estoy aquí.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Gica.



Bárbara rió.

—Quiero decir... Ella salía en mis sueños, pero... —no supo continuar.

—Exacto —respondió el doctor Arias—. Allí estaba.

—En carne y hueso —respondió ella—. Vamos, no literalmente. Pero sí que estuve. Literalmente.

Todos rieron salvo Gica.

—Entonces... —trató de empezar Gica—. ¿Tú estabas en mis sueños? —terminó preguntándole a Bárbara.

—Sí, joder.

—Pero... Pero no te he visto antes, ¿no?

—¿Fuera de los sueños? No.

Gica seguía muy confundido.

—Joder —terminó diciendo—. Pero... ¿Entonces la cosa esa funciona?

Todos volvieron a reír, menos Gica.

—Joder ya...

—Ha funcionado —anunció el doctor Arias—. Pero no lo que piensas que ha funcionado.

—Eso ya sí que no lo entiendo.

—Bueno, a ver —comenzó a explicar el doctor—. Esto siempre me resulta complicado de explicar.

—Siempre te complicas demasiado, Daniel —intervino Bárbara—. Mira, es así de fácil. ¿Sabes esas pruebas que te hacemos? ¿O que se supone que te hacen? Pues no es lo que piensas. Te estamos preparando para desarrollar tus capacidades especiales.

Gica no estaba seguro de lo que estaba escuchando.

—¿De qué hablas?

—A ver... ¿Recuerdas la colina?

Gica sintió un escalofrío.

—¿Qué... qué colina?

—Sabes perfectamente de qué colina hablo. Una colina que te hice subir. Llegaste arriba tan agotado que no fuiste capaz de bajar.

—Sí—respondió Gica con un estremecimiento—. Claro que me acuerdo.

—¿Y la playa en la que te estrellaste con la bici?

—Sí, también.

—Esos no eran tus sueños—respondió Bárbara—. Eran mis sueños.

Gica estaba muy confundido.

—Lo de los lagartos y la palanca, lo de la pesca en la charca negra... esos sueños sí eran tuyos.

—¿Qué me estás contando?—preguntó Gica, molesto—. No me vaciléis. Sé que has podido leer todo eso en el cuaderno. No tiene ni puta gracia.

—¿Y también he leído lo de Nuria?—preguntó Bárbara, haciendo que la ira y el miedo atravesaran de golpe a Gica.

Todos miraban atentos a Gica, que no sabía o no podía contestar.

—Sé que es una putada lo que te hemos hecho—admitió el doctor—, pero de otra manera no habríamos podido contar contigo.

—¿Eh?—contestó Gica, aturdido.

—Si te hubieran contado algo antes de comenzar la prueba—continuó Bárbara—, habría sido todo inútil. No podrías saber nada de esto o tus habilidades no podrían haber sido probadas nunca.

—¿Eh?—repitió Gica.

—Si lo hubieras sabido—continuó el doctor—, tu cerebro habría levantado barreras inconscientemente a fin de preservar tus sueños del exterior.

—¿Pero cómo...? ¿Cómo puedo tener esas habilidades?—logró preguntar al fin.

—Bueno—contestó Bárbara—, es más usual de lo que puede parecer, aunque muy poca gente logra hacerlo.

—¿Hacer qué?

Bárbara sonrió.



—Viajar a los sueños de los demás.

—¿Eh? —volvió a decir Gica.

—Es más sencillo de lo que parece... —comenzó a explicar el doctor—. Los sueños son, básicamente, impulsos eléctricos en el cerebro que se producen mientras dormimos. De alguna manera, algunos son capaces de proyectar sus impulsos y enlazarse con los de otra gente, para intervenir conscientemente en ellos.

—Ah —dijo Gica, no muy seguro de estar entendiendo—. Me puedo meter en sueños de la gente, guay.

Bárbara soltó una risita.

—¿Pero por qué pensáis que soy capaz de eso? —preguntó.

—Bueno, te has colado en los míos —dijo Bárbara.

—Pero antes de eso... ¿cómo supisteis que era capaz?

—¿Recuerdas el anuncio con el que buscábamos gente para el estudio? —preguntó el doctor Arias.

—Sí —respondió Gica.

—¿Dónde lo viste?

—En la facultad.

—¿Y cuándo lo viste?

Gica fue a contestar, pero se calló enseguida.

Por un momento dudó.

Pensó durante unos segundos.

Luego abrió mucho la boca y los ojos.

—Exacto —respondió Bárbara—. Lo viste en un sueño. En uno mío. Yo misma lo coloqué ahí, esperando que alguien picara.

—Y por fin picó alguien —intervino Enrique—. Y sólo hemos tardado año y medio.

Gica tenía demasiada información que asimilar.

—Y bueno —dijo finalmente—. ¿Y todo esto para qué?

—Por una buena causa, Gica —contestó Bárbara—. ¿Quieres ayudar a la gente?

—¿Cómo?

—Ayudar a la gente, Gica, a través de sus sueños.

—¿Pero cómo?

—Bueno —intervino Mari—. ¿Sabes del poder curativo de los sueños?

—Eso suena a cuento chino.

—Bueno, pues no lo es —zanjó Mari—. La gente ahí fuera tiene miedos, inseguridades, luchas internas, y a veces a través de sus sueños adquieren las herramientas necesarias para enfrentarse a esos problemas. Vuestro cometido en esos casos es ayudarles, darles un empujoncito, para curarles.

—Metiéndonos en sus sueños —dijo Gica, tratando de tener todos los datos.

—Ahá.

—Y sin que ellos sepan nada.

—Ahá.

—Buff, vaya —dijo Gica, abrumado—. Suena todo muy raro.

—Pero sabes que es verdad, ¿no? —dijo el doctor Arias—. Que esto va en serio, que no es una broma.

—Sí, sí —dijo Gica, rendido ante la evidencia—. Pero, como comprenderéis... Joder, esto es muy raro.

Bárbara rió.

—Y esto no es nada, nene.

Gica seguía tratando de poner en orden sus pensamientos.

—Vale —dijo finalmente—. No sé. Vale.

Todos miraban sin saber muy bien qué decir.

—¿Estás dentro? —preguntó el doctor Arias.

Gica era quien miraba ahora a todos los demás, en silencio.

Todo eso ya era raro antes de que supiera de qué iba el tema, y, desde luego, los nuevos datos lo hacían todo más misterioso, más extraño. No estaba seguro de poder confiar en esa gente a partir de ahora. Pero...

—¡Qué coño! —respondió Gica—. Siempre quise ser un superhéroe...



—¿Y es muy difícil? —preguntó Gica a Bárbara mientras caminaban por las callejuelas de la ciudad—. Entrar en sueños y eso.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, no sé. Ya sé que me he colado en algún sueño tuyo —respondió Gica—. Pero claro, sin saber que lo hacía. No sé qué tengo que hacer para hacerlo a sabiendas.

—Bueno, ¿ves esa puerta? —preguntó Bárbara señalando a la entrada de una panadería junto a ellos.

—Sí, ¿qué le pasa?

Bárbara agarró de la mano a Gica y entraron en la panadería.

Sin embargo, en lugar del olor a pan recién horneado, lo que les recibió fue una luminosa estancia de un magnífico castillo. En él, una bella princesa tomaba un festín consistente en pasteles de fresa y chocolate.

—¡Ah, joder! —exclamó Gica—. No sabía que estuviéramos soñando.

—Bueno, a veces cuesta más y otras menos —respondió Bárbara—. Pero todo es acostumbrarse.

Gica miró a su alrededor.

—¿Dónde estamos?

—Yo diría que en el sueño de una niña. Una muy golosa.

—No parece tener ningún problema —dijo Gica señalando a la princesa—. Salvo tal vez algo de gulilla.

—Vamos, Gica —dijo Bárbara—. Esto no es interesante. Vamos a ver qué hay por ahí.

Salieron por la misma puerta por la que entraron, pero no volvieron a las callejuelas gaditanas. Ahora caminaban por una amplia avenida de una ciudad llena de rascacielos.

—Guau —dijo Gica—. Creo que ya no estamos en Cádiz.

—Aquí las puertas hacen eso —respondió Bárbara—. Van de sueño en sueño. Algunos son de las mismas personas. La gente normalmente no puede entrar en el sueño de otra

persona al atravesar una puerta. Sólo cambian de un sueño propio a otro.

—Pero nosotros sí.

—Sí, nosotros sí.

—¿Y qué somos? ¿Qué nos hace tan especiales?

—Son mierdas de la química de nuestro cerebro —explicó, muy por encima, Bárbara—. Es parte de los estudios que realizan estos.

—Ya veo.

—Respecto a qué somos —comenzó Bárbara—. A mí me gusta llamarnos “cazadores”.

—Ah —dijo Gica, atando cabos.

—Sí —confirmó Bárbara—. Cazadores de sueños.

—¿Algo como esas mierdas hippies que venden en el mercadillo?

Bárbara rió.

—Algo parecido, sí. ¡Mira, aquí!

Bárbara se detuvo abruptamente junto a una puerta. Era un portal enorme de madera en un edificio de piedra, con columnas de mármol ricamente decorado, totalmente fuera de lugar.

—¿Qué hay detrás?

—Esta puerta lleva a alguien en problemas. Aquí esto no pega nada.

Atravesaron la puerta y llegaron a una oscura y fría sala decorada con estatuas rotas y cuadros hechos jirones.

—Vaya —dijo Gica—. Sí que da mal rollo.

—Mira —dijo Bárbara señalando a una forma agazapada en un rincón—. Mira y aprende.

Bárbara se acercó a la forma mientras Gica esperaba donde estaba. Ella se giró y le invitó a seguirla.

Finalmente, ella llegó a la forma agazapada, que no era más que una anciana vestida con harapos. Gica se mantuvo a un par de pasos de distancia.



—Hola —dijo Bárbara.

—Vete de aquí —imploró más que ordenó, triste, la anciana.

—Oh, vamos —protestó Bárbara—. Ha sido un camino muy largo para que me echés tan pronto.

—¿A qué has venido? —preguntó la anciana—. ¿Por qué vienes a esta casa?

Bárbara miró a su alrededor, intentando dar con la respuesta acertada.

—Me pareció una casa bonita por fuera, y quise verla por dentro.

—Aquí dentro no hay ya nada que merezca la pena —dijo la mujer—. Sólo mi frío pellejo y unos recuerdos tristes.

—Qué va, mujer —discutió Bárbara—. Si es todo muy bonito. Me gustan los cuadros. Y tú tampoco tienes que ponerte así —añadió tendiéndole la mano—. Sé que estás pasando por una mala época —dijo—. Pero lo que no puedes hacer es dejarte ganar.

La anciana tomó la mano de Bárbara y esta la ayudó a que se levantara.

—Eso lo dices porque eres joven y tienes toda la vida por delante —protestó la mujer mayor.

—Sí, puede ser —admitió Bárbara—. Pero si estuviera en tu situación lo mínimo que querría es que alguien, aunque fuera, me diera animitos.

La anciana se levantó y miró a Bárbara con unos ojos llenos de pena.

—¿Por qué has pasado? —preguntó ella mientras tomaba en sus manos la cara de la mujer.

—Por muchos años sufriendo.

—Pero también has tenido buenos recuerdos, ¿no? ¿Alguien a quien amaste?

—Mi Eduardo, cariño —respondió ella con lágrimas en los ojos—. Es todo lo que tenía y ahora ya no está.

—¿No tienes hijos? —preguntó Bárbara—. ¿Otros familiares?

—Hijos no, nena —dijo la mujer—. No tuvimos esa suerte.

—Pero bueno —dijo Bárbara—. Tampoco es lo más importante. ¿Tienes hermanos? ¿Sobrinos?

—Sí, hija, pero no es lo mismo. Yo quiero a mi marido, lo echo tanto de menos.

—Pero no puedes estar aquí de esa manera —dijo Bárbara—. ¿Cómo te llamas?

—Marisa, nena, ¿y tú?

—Yo soy Bárbara. Y tu casa es muy bonita.

—Ha tenido días mejores.

—¿Cómo era entonces? —preguntó Bárbara—. Quiero imaginarla.

—¿Ves esa estatua? —preguntó Marisa—. Antigualmente era yo. Tenía la piel blanca y suave, y una cabellera negra y rizada.

Poco a poco, para sorpresa de Gica, la estatua, apenas un montón de piedra sucia e informe, fue transformándose en una preciosa escultura de mármol que representaba a una mujer joven y alegre.

—Qué guapa —dijo Bárbara con una sincera sonrisa—. ¿Y qué más? ¿Dónde está Eduardo?

—Es ese —dijo señalando uno de los ráidos cuadros que colgaban de la pared—. Era muy guapo, y muy bueno. Siempre me quiso y fue muy bueno. No bebía ni fumaba como la mayoría de los hombres, y le gustaba estar en casa conmigo todo el tiempo que podía. Decía que era donde mejor estaba —reía Marisa mientras el cuadro empezaba a mostrar a un hombre alegre vestido humildemente.

—Sí, muy guapo —dijo Bárbara tomando del brazo a Marisa, quien ya sonreía y hablaba con Bárbara como si fuera la nieta que nunca tuvo.

—Fuimos muy felices —confesó riendo Marisa—. No me puedo quejar, la verdad. No como otras...

—Bueno, pues eso es muy bonito —dijo Bárbara—. Creo que era todo lo que tu Eduardo quería, que fueras feliz. Y lo logró, ¿no?



—Claro, nena —admitió Marisa—. Hasta que me dejó.

—No te dejó por que quisiera, ¿verdad?

—Claro, hija, pero tú ya me entiendes.

—Marisa —dijo Bárbara tomando a la anciana de las manos—. No dejes que la pena te consuma. Eduardo luchó mucho por hacerte feliz. Y no querrás que su esfuerzo sea en vano, ¿verdad?

Marisa asintió con una sonrisa.

Bárbara le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

Se miraron a los ojos con una sonrisa en medio de una habitación cálida y luminosa, llena de preciosos objetos que reflejaban una vida llena de felicidad.

—Así me gusta —dijo Bárbara—. Qué guapa estás cuando eres feliz.

Marisa sonrió, pero pronto comenzó a reflejar un enorme cansancio en su rostro.

—Uy —se quejó, sentándose en una silla que apareció en ese momento—. De golpe estoy muy cansada.

—Muy bien, muy bien —dijo Bárbara—. Pues descansa un rato, que nosotros ya nos vamos.

Bárbara miró a Gica muy seria, indicándole que salieran de allí.

—Hasta otra —dijo Bárbara dirigiéndose a Marisa—. Espero que te vaya todo muy bien, añadió agarrando a Gica de la mano y saliendo a toda prisa por la puerta.

Gica pudo ver cómo, con una sincera sonrisa en los labios, la forma de la anciana comenzaba a desaparecer.

—¿Qué le está pasando? —quiso saber Gica.

—Nada, nada —respondió Bárbara—. Se está despertando.

—¡Oh! —exclamó Gica—. ¿Y eso es peligroso?

—No, no. No lo es —respondió Bárbara—. Pero es incómodo y complicado para salir.

Mientras corrían de vuelta a la entrada, el mundo a su alrededor empezaba a llenarse de una luz blanca y cálida. Lle-

garon a la puerta a lo justo para salir antes de quedar cegados por el resplandor.

Gica despertó totalmente espabilado de su sueño. Estaba en la pequeña habitación de siempre. Se echó la bata por encima y comenzó a caminar mientras intentaba hacer que la babucha encajara dentro de su inquieto pie.

Salió a la salita del café, donde Enrique y Mari trataron de preguntar si todo iba bien, pero él fue directamente a la otra sala, donde Mari solía procesar los datos y otras cosas que ella hacía. La atravesó por segunda vez esa noche y también por segunda vez desde que asistía a lo que él pensaba que eran experimentos acerca del sueño. Al fondo de la sala había una puerta, y Gica estuvo a punto de abrirla, pero se detuvo a lo justo y se limitó a golpear con los nudillos mientras Mari y Enrique entraban tras él.

—¿Bárbara? —llamó, dubitativo, Gica, que aún no tenía demasiado claro qué era realidad y qué no.

La puerta se abrió y Gica vio a Bárbara sonriendo. Llevaba la corta melena rubia despeinada, y tenía un poco de cara de sueño.

—¿Qué? —preguntó Bárbara—. ¿Qué te ha parecido eso?

Gica, a pesar de todo lo que venía aprendiendo durante el último mes, seguía perplejo a causa de lo que acababa de pasar.

—Ha sido alucinante.

Antes esa misma noche, el doctor Arias anunció a Gica que entraría en un sueño ajeno guiado por Bárbara. Él seguía flipando mucho en ese momento, pero a la vez sentía mucha curiosidad y, no podía negarlo, tenía muchas ganas de intentar algo así. El asunto de poder ayudar a otra gente mientras dormía le parecía perfecto. Según entendió de las explicaciones del equipo, podría hacer mucho bien, lo cual, con su mala



conciencia no podía estar de más, a la vez que no tenía que hacer ni el más mínimo esfuerzo.

O eso le parecía al menos.

—¿Cómo estará Marisa? —preguntó Gica a Bárbara cuando esta salió de su propio cuarto, donde, ahora lo sabía, había dormido alguna vez durante el pasado mes. Siempre que la había visto en sus propios sueños.

—Bueno, eso no depende sólo de nosotros —respondió Bárbara cargándose mucho el café—. De lo que sí estoy segura es de que hoy se va a levantar más animada. Más no podemos hacer, pero a veces es todo lo que hace falta.

—Bueno, algo es.

—Sí.

Gica y Bárbara bebieron en silencio un poco más.

—¿Y eres de aquí? —preguntó Gica—. De aquí de Alcidia.

—Sí.

—Ah.

De nuevo silencio.

—¿Y cómo te descubrieron a ti? —preguntó Gica—. ¿O hay más como nosotros por aquí?

—Buff —resopló Bárbara—. No te han explicado nada, ¿eh?

—De lo gordo no, porque hasta que te vi anoche no sabía nada del tema.

—Bueno... A ver cómo empiezo... Eso de entrar en sueños ajenos lo he hecho de siempre. No te digo que no supiera que fuera algo... sobrenatural. Es que no era consciente de estar haciéndolo siquiera. Pero bueno, siempre he sido buena manejando sueños lúcidos. Supongo que porque siempre he hecho lo que me ha dado la gana, imagino —rió Bárbara—. Pero poco a poco... bueno. La gente te comenta. "He soñado contigo", por ejemplo. "Estábamos sobreviviendo en la selva, o luchando contra monstruos", o cosas así.

—Vaya.

—Sí, a ver, me gusta montarme mis películas cuando sueño. Es divertido.

—Sí, ya, claro.

—Y claro, cuando la gente te sigue contando que ha soñado cosas que tú has estado haciendo con ellos en sus sueños... pues bueno, piensas, ¿y si de verdad me he colado en sus sueños?

—Ahá.

—Y poco a poco fui haciéndolo más. Lo tomé por costumbre. Y no te voy a engañar, lo usé para mis propios fines.

—Ya veo.

—El caso es que, mira, da la casualidad de que Daniel es mi profesor de psicología.

—Anda.

—Sí, anda. Pues resulta que presenté un trabajo muy jodido y necesitaba aprobarlo.

—¿Y pensaste que aprobarías metiéndote en sus sueños?

—Oh, ni te imaginas lo mucho que se puede manipular a alguien que está soñado. Cualquiera cosa que les hagamos o digamos quedará en parte dentro de ellos, aunque al despertar lo hayan olvidado todo. A veces es incluso mejor así.

—Bueno, sigue.

—Pues eso —continuó Bárbara—. Puede ser muy buena o muy mala suerte, depende de a quién preguntes, pero resulta que, cómo lo iba yo a saber, Daniel había estado investigando sobre el fenómeno de los intrusos de sueños. ¿Cómo iba a imaginar eso, si ni siquiera sabía que esa cosa existiera?

Gica asintió. Lo comprendía perfectamente.

—El caso es que, mira, me pilló. Él estaba loco de contento al día siguiente porque sus estudios se basaban en algo real y no en nada que fuera tan... Bueno, anoche fue distinto.

—¿Absurdo?

—Exacto. Vamos, que era algo que merecía la pena investigar y no un cuento de primitivos.



—Eso molaría —dijo Gica—. Que los primitivos pudieran hacer esto.

—Joder, claro que podrían —contestó Bárbara—. Pero a lo que vamos. Daniel dio por sentado que debería haber más como nosotros ahí fuera, así que empezamos a buscarlos. A buscarte a ti.

—¿Y cómo disteis conmigo?

—Te lo explicamos anoche —respondió Bárbara—. Te colaste en mi sueño. Para leer el anuncio.

—Ya, pero, quiero decir... ¿Cómo supisteis que estaba allí?

—Ah, no teníamos ni idea —contestó ella—. Tengo la cabeza llena de anuncios como ese —rió Bárbara metiendo la punta de su dedo índice entre su pelo rubio—. Sólo esperábamos que algún día alguien llamara a ese teléfono.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi dos años.

—Vaya.

—Sí, bueno, pero esto tiene un alcance, y esta es una zona pequeña, aunque muy densamente poblada.

—Ya es algo.

—Sí. Y bueno. Eso. Hubo suerte y dimos contigo.

—Bueno, también ha sido suerte para mí —admitió Gica—. Si no no sé dónde dormiría.

Bárbara rió.

—Bueno, creo que de momento eso lo tienes solucionado, ¿no?

—De momento...

## VIII

Cuando Iratxe vio a Gica entrar al aula se sorprendió de verle tan animado.

Llevaba su pelo negro especialmente despeinado, lo cual, siendo este tan rizado, parecía casi imposible. Tenía cara de haber dormido poco, y esa sonrisa en su cara...

—Oh, no me jodas —dijo Iratxe antes siquiera de saludar.

—¿Qué pasa?

—No, nada, nada —respondió Iratxe—. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Muy bien, muy bien —respondió Gica con una gran sonrisa—. Ha sido alucinante.

—Oh —contestó Iratxe con la boca muy abierta—. Me lo tienes que contar todo, ¿eh?

—Jeje, no, no. Me temo que no puedo.

Iratxe soltó una risa muy picarona.

—¿Cómo se llama ella?

—¿Quién, Bárbara? —contestó Gica sin darse cuenta.

Iratxe y él se miraron durante unos cuantos segundos. Ella con la sonrisa más pícaro de la que era capaz mientras Gica tenía los ojos muy abiertos por la repentina comprensión.

—¿La conozco?

—¡No, no! —respondió Gica—. Ni tampoco creo que haya oportunidad. Ya sabes...

—Fue un polvo de una noche, ¿eh?

—Jeje —respondió Gica.

—¿Pero anoche no ibas a la cosa esa del laboratorio aquel?

—Sí, bueno no... Anoche... Bueno, anoche fue distinto.

Las voces y cuchicheos más allá de Iratxe y Gica se fueron apagando a medida que el profesor se dirigía a su mesa e iba anunciando el tema del día.



—Ya me contarás —dijo Iratxe—. Luego.

—Claro, claro... —contestó Gica.

Sin embargo, no pasaron cinco minutos hasta que un papel se deslizó hacia Gica con la fina caligrafía de Iratxe sobre él.

“Venga, venga, háblame de tu nueva novia”.

“Que no es mi novia, Iratxe, coño ya”.

“Bueno, tu rollete o follamiga o lo que sea. ¿De qué la conoces?”

“Ella no es nada de eso. ¿Y por qué quieres saber esas cosas?”

“Coño, Gica, porque eres mi amigo y quiero saber esas cosas de tu mierda de vida”.

“Qué fina eres, jodida. Pues no te pienso decir nada. Además, ya te he dicho que fue sólo una vez. No creo que vuelva a pasar. Y, si por lo que fuera, algún día por una casualidad de la vida te cruzaras algún día con ella, preferiría que no le dijeras nada.”

“¿Es que le tienes miedo?”

“Pues un poquito a lo mejor sí”.

“¿Y por qué no quieres repetir con ella? ¿Es fea o algo?”

“No tanto como tú”.

“Eres idiota. ¿Y entonces por qué no quieres nada más con ella? ¿Se tira pedos durante el acto? ¿Te pega? ¿Tiene gustos guarros y retorcidos incluso para un enfermo como tú?”

“No, Iratxe. En serio. Es una chavala muy maja y muy guapa. Pero es algo más complicado que eso”.

“Entonces es que hay cuernos por medio, ¿que no?”

“No”.

“¿Es familia o algo? Jaja. Apuesto a que nada más correrte os enterasteis de que sois hermanos o alguna tragedia griega de esas”.

“¿Nunca te han dicho que eres una enferma retorcida?”

“Esta mañana todavía no. Pero bueno, no son ni las nueve”.

“Bueno, pues ya te lo digo yo, así que ya puedes estar tranquila”.

“¿Cancelo entonces la cita a cuatro que estaba planeando?”.

“¡¿Qué?! ¡No! ¡O no sé! ¿De qué estás hablando?!”

“Bueno, en verdad no he planeado nada. Pero estaba pensando en lo que hablamos el otro día, y no sé, puede que esté bien. Así te sacamos de tu trágica y aburrida vida y te aparto de esa bestia sedienta de sexo que es Bárbara”.

“Oh, muchas gracias. Eres una persona horrible, pero muy en el fondo. ¿Con quién me piensas liar?”

“Aún no lo he decidido”.

“Ah. Hay donde elegir, ¿no? ¿Eso es bueno o malo?”

“Estoy tratando de averiguar cuál de las amigas de Sergio está más desesperada por un pene”.

Gica no pudo evitar romper a reír al leer la última respuesta de Iratxe. Afortunadamente, la posición estratégica detrás de todo el mundo evitó que fuera descubierto por el profesor.

“¿Tú no tienes amigas propias o qué? ¡Oh, es verdad, que no tienes!”

“Claro que sí. Pero no quiero que pongas tus sucias manos sobre ellas.”

“No me explico que no tengas más amigos, la verdad”.

“Supongo que no hay nadie más por ahí con tu desesperación por el contacto humano”.

“Salvo tú”.

“Y Bárbara”.

“Oye, vamos a jugar a una cosa. A ver cuánto eres capaz de estar sin mencionar a Bárbara”.

“Me rindo. ¿La conoces del laboratorio?”



Gica resopló.

“Sí”.

“¿Cuánto hace que la conoces y por qué nunca me has hablado de ella?”.

“Pues hace unas semanas”.

“¿Y por qué nunca me hablaste de ella hasta hoy?”

Gica rió al pensar en la respuesta que inventaría.

“No quería que te pusieras celosa”.

Gica estaba remando en una extensión inmensa de aguas calmadas. Eso era más que suficiente para dejarle claro que estaba soñando.

Últimamente era capaz de reconocer sus sueños mientras estaba en ellos, y no tenía ni idea de cómo lo había logrado. Le habría preguntado a su equipo, pero aún había tantas cosas que los más expertos ignoraban al respecto...

Siguió remando hasta que, finalmente, a lo lejos divisó un trozo de tierra al que se dirigió. Pero remó sólo un par de veces, y luego imaginó que la barca avanzaba sola.

Cuando la barca llegó a la orilla en la playa, Iratxe estaba ahí esperándole.

—Hola —saludó su amiga mientras Gica la abrazaba y empezaban a besarse.

Fue precisamente en ese momento cuando las voces al otro lado de la puerta despertaron a Gica. La puerta de su habitación se abrió, y su madre apareció por el umbral.

—Buenos días, dormilón —saludó—. Ya va siendo hora de levantarte, ¿no?

Gica miró el reloj y vio que eran casi las 11. La noche anterior había salido con sus amigos del instituto y había llegado tarde a casa. Casi a las seis. Apenas había dormido cuatro horas largas, pero alguien en su casa, sus padres, concretamente, consideraban que era más que suficiente.

—¿Cuando vas a clase llevas esa cara de sueño, Jorge? —preguntó su padre cuando vio entrar a Gica en la cocina, huyendo del sol como un vampiro.

—A veces —rió Gica, revolviendo el pelo de su hermana de 12 años—. Déjame pasar, Moco.

Una taza de café con leche y unas cuantas galletas esperaban a Gica cuando este se sentó a desayunar.

—Gracias, mami —dijo Gica echándose azúcar.

—¡Lo que echarás de menos los desayunos de tu madre! —sentenció esta.

—Y tu cama, ¿no? —añadió Moco—. ¿Sigues durmiendo en un sofá?

—Ya que tienes un trabajito, podrías mirar si con la beca y todo te llega para otro piso —dijo su padre levantándose y recogiendo la mesa—. No creo que tengas que pasarte todo el curso en un sofá.

—No hace falta —dijo Gica, quitándole hierro al asunto—. Después de Navidad hay mucha gente que acaba la carrera, así que iré tanteando de aquí a entonces. Que tampoco el trabajo te creas que me va a dar para mucho. Puede que ni por esas encuentre algo mejor de lo que tengo.

—¿Es verdad que trabajas durmiendo? —preguntó Moco con una risa.

—No, mira, te lo explico bien que mamá seguramente no se enteraría de nada cuando se lo expliqué —dijo Gica—. Voy al sitio donde me hacen las pruebas. Me hacen escuchar una cinta, y luego me voy a casa en el último bus. Me acuesto, me echo a dormir y al día siguiente anoto todo lo que he soñado y les paso el informe. Lo que hacen con eso yo ya no lo puedo saber.

Gica decidió desde el primer momento que esa mentira sería mucho más razonable y tranquilizadora para sus padres que lo que hacía. Incluso que lo que hacía los primeros días. Afortunadamente, Diego y Álvaro estaban metidos en



la conspiración, porque no quería ni imaginar las consecuencias que traería que sus padres supieran la verdad.

—Qué cosas más raras —sentenció la madre.

—A mí me vale mientras me paguen —contestó Gica—. Se pueden gastar el presupuesto en lo que sea.

—¿Y cuándo quieres salir mañana para Cádiz? —preguntó la madre.

—Me iré después de comer, pero me iré en el autobús, así que tranquilos.

—Pues esta noche no salgas hasta tan tarde y así te vas más descansadito —advirtió su madre.

—Esa es la idea.

—¿En serio?

—Siempre lo es...

—¡Ay, mi niño, qué poco tiempo está con su madre! —dijo esta sin venir a cuento agarrando a Gica por la cabeza y besándola—. Y el hermano igual. Qué ganas tengo de teneros a los tres en casa a la vez.

—Bueno —dijo Gica—. Yo espero acabar la carrera antes de que Moco la empiece.

Estefanía, su hermana menor, protestó contra el mote que sus hermanos le pusieran fingiendo pegarle un moco en la cara a su hermano.

—Niña, qué asco...

Aquella noche, Gica quedó con sus antiguos amigos del instituto. Al menos, con los que seguían en Algeciras o coincidían allí ese fin de semana.

Tal coincidencia se daba sólo en tres casos. Aunque tampoco es que tuviera muchos más amigos.

—Te veo más flaco —le comentó, positivamente, Nacho—. Pero tampoco tanto, no te creas.

—Fijo que te alimentas a base de macarrones recalentados —rió Carlos—. ¿Verdad que sí?

—¿Qué coño pasa con vosotros? —se quejó Gica—. Vale que me tengáis envidia por estudiar fuera y todo eso, pero no me toquéis más los cojones.

—¿Y de tías qué? —preguntó Alberto, exponiendo su única preocupación—. ¿Le has echado ya el ojo a alguna?

—A todas —respondió Gica con una risotada.

—Qué cabrón —replicó Alberto—. Fijo que te pegas unas juergas de puta madre en Cádiz con las universitarias.

Gica rió por lo bajo.

—Si yo hubiera tenido tu puta suerte —continuó Alberto—, no estaría estudiando un carajo, todo el puto día de fiesta.

—De suerte nada, pedazo de mierda —protestó Gica—. Que me lo he currado para no repetir como tú. Y si hubieras estudiado una mierda como los demás en vez de estar todo el puto día de juerga, no te habrías quedado otro año más haciendo COU.

—Bueno, bueno, joder, tampoco es para ponerse así.

—¡Es para ponerse así si me sale de la polla!

Gica estaba de pronto muy de mala leche.

—Vale, vale —intentó mediar Nacho—. ¿Entonces lo de las tías qué?

—Joder, pues no he conocido a apenas ninguna. Sólo a dos —confesó Gica—. Bueno, a tres.

—¿Sólo?

—En verdad a más, vamos, en clase y eso tengo que tratar con otros seres humanos, no me queda otra. Y Álvaro y Diego siempre me están presentando a tías a las que ellos se quieren ligar.

—Salen ganando si os comparáis —dijo Alberto riendo.

—Lo que sea, tampoco tengo mucho interés en las tías a las que se juntan estos dos, la verdad.

—¿Y las otras tres qué?

—Una es una compañera de clase. La única amiga que tengo allí. Y a las otras dos las conozco del trabajo.



—“Trabajo”, ya —se mofó Carlos—. A cualquier cosa la llaman “trabajo”.

—Bueno, es algo por lo que me pagan —se defendió Gica—. Y a ver, que tampoco es que me paguen veinte mil duros al mes. Que me da sólo para algunos gastillos.

—Encima querrás ser millonario —se quejó Alberto.

—Bueno, más que vosotros sí que gano —rió Gica, soltando una risita triunfal.

—Pues por eso mismo, a la próxima botella vas a invitar tú —terció Nacho.

—Ni de coña —respondió Gica—. Yo me voy ya a dormir.

—Eso, eso —se quejó Carlos—. No dejes trabajo atrasado por nuestra culpa.

Los tres amigos de Gica rompieron a reír.

## IX

Aquella noche, mientras se relajaba y empezaba a notar el sueño abalanzarse sobre él, Gica decidió que no le apetecía volver a quedar con ese trío de imbéciles.

No estaba seguro en ese momento, y quizás fuera por el hecho de estar más dormido que despierto, pero empezaba a pensar que siempre habían sido un montón de capullos con él, y que no se había dado cuenta hasta que había salido de ese barrio y había empezado a juntarse con otra gente.

Durante un segundo trató de imaginar cómo habría sido para Nuria la primera semana lejos de él.

Abriendo mucho los ojos a causa del repentino sobresalto, se dio la vuelta en la cama y se tumbó bocabajo, apretando la cara contra la almohada mientras trataba de pensar en otra cosa.

¿Qué estaría haciendo Iratxe en ese momento? Tal vez no fuera la cosa que más le apetecía saber en ese momento. La chica estaba empezando a gustarle de verdad hasta el momento en el que le dijo que tenía novio. No es que automáticamente dejara de interesarse por su amiga y compañera de clase, era, simplemente, que ya no parecía nada tan buena idea. Y era una putada, porque no había congeniado tan bien con nadie desde...

Bueno... desde Nuria.

¿Y Bárbara? Le habría gustado verla esa noche en sus sueños, charlar con ella y pedirle que le enseñara más acerca de su experiencia en el mundo de los sueños ajenos. Desgraciadamente, ahora Bárbara estaba demasiado lejos físicamente como para encontrarla en el reino de lo onírico.

Aquello le apasionaba de verdad, y tal vez intentara colarse en los sueños de alguien aquella noche, aunque le ad-



virtieron que, ahora que sabía de qué era capaz, era mejor no hacerlo a solas aún.

Empezó a darle vueltas al asunto. No entendía a qué jugaba esa gente, aunque tampoco le importaba mientras le dejaran hacer eso que tanto le estaba gustando. Pero era cierto que quien fuera que estaba detrás de todo eso no parecía tener ni idea de cómo manejar la situación, darla a conocer, o, como era el caso, iniciar a nadie en las intrusiones en sueños ajenos.

Pero bueno, ya irían aprendiendo todos.

¿Quiénes serían los que manejaban el cotarro? A Gica no se le ocurrió hasta ese momento que pudieran tener intenciones malvadas.

Oh, perfecto, ahora estaba con los malos...

Ahora que lo pensaba, no sabía nada de Bárbara. Apenas se habían visto fuera de los sueños, sólo un rato antes y después de dormir, y allí no le había dicho nada de su vida. Sabía que estudiaba psicología (¿entonces se podía estudiar en Cádiz?) y que era mayor que él, pero, aparte de eso, no sabía nada de su vida. Aunque ella tampoco sabía gran cosa de la de él.

Tal vez estaría bien verse fuera, quién sabe.

Le gustaba pasar tiempo con ella, eso desde luego.

Pero no pensaba ni por un momento que ella pudiera tener el más mínimo interés en pasar tiempo con él. No más del necesario, al menos. No como Iratxe. Pero Iratxe... bueno, mejor no pensarlo. Le cabreaba pensar en lo de Iratxe. ¿Por qué no le dijo que tenía novio? Llevaban mucho tiempo pasando el rato juntos. Y solos. Vale que estuvieran pasando una mala racha, pero... ¿Y qué coño era eso de una mala racha? Si pasas una mala racha no se lo ocultas al único amigo con el que pasas la mitad del puto día.

Estaba de muy mala leche.

Y luego estaba Mari. Mari no le molaba tanto como las otras dos, pero era la tercera chica a la que había conocido

en Cádiz, según le contó a sus amigos, pero bueno. Era muy maja, le caía muy bien. Y tampoco estaba nada mal.

Se cabreó consigo mismo por pensar eso. ¡Ni que él fuera un figurín! En los últimos años había dejado de hacer deporte, había salido menos. Cuando lo había hecho, había bebido y fumado más de lo recomendable. Pero la verdad es que en ese momento todo le importaba una mierda. Pero aquello ya pasó, aunque dejó detrás un cuerpo perfectamente funcional y ahora tenía que cargar con ese saco de grasa y carne inútil.

Tal vez podría hacer algo al respecto, pero eso ya sería al día siguiente, como muy pronto.

Se dio otra vuelta en la cama, en la familiar habitación que durante toda su vida compartiera con su hermano mayor hasta que este pasaba la mayor parte del mes estudiando en Sevilla. Miró a la luz que se colaba por las rendijas de su persiana y proyectaba líneas interrumpidas en las paredes de su cuarto.

Respiró hondo.

“Esta noche, soñaré”, recitó mentalmente, “y mañana, cuando despierte, recordaré mi sueño”.

Estaba en un desierto interminable. El cielo era tan azul que parecía mentira. No había ni una nube, y, sorprendentemente, no veía ningún sol que proyectara tal luz y tal calor.

Las dunas cambiaban como un oleaje dorado bajo la luz candente, mientras el viento le susurraba canciones antiguas perdidas en el correr del tiempo.

Él estaba quieto, desnudo, con los pies ardiendo en la arena del desierto.

Echó a andar sin objetivo ni sentido. Sólo a andar. A algún sitio debería llegar. Pero no había nada, hasta que apareció en una tasca llena de gente. Estaban cantando y bebiendo, mientras la bebida caía de sus copas y jarras inundando el suelo de licores y vinos.



—¡Eh, por fin llegaste! —le dijo Bárbara mientras le agarraba de la mano.

—Bárbara! —exclamó Gica—. ¿Estás aquí?!

—¿Dónde iba a estar?! —preguntó ella.

—Por un momento pensé que estábamos en la realidad, pero ahora me doy cuenta de que es un sueño —. contestó Gica—. ¿Dónde estás? Pensaba que no podrías llegar desde Alcidia.

Bárbara miró inexpresiva a Gica.

—Ah, joder —dijo, comprendiendo de pronto—. Ya veo.

Gica metió la mano entre el pelo de Bárbara, y de pronto estaban los dos solos en una habitación oscura, sobre una gran cama redonda con sábanas blancas.

—Esto es muy tentador —admitió Gica. La falsa Bárbara miró a Gica con una sonrisa lasciva—. Y puede ser mejor aún —dijo concentrándose en la imagen de Iratxe, que apareció junto a ellos vestida sólo con un camisón extremadamente sexy—. Mucho mejor...

Entonces, vio acercarse a Nuria, y despertó, nervioso, culpable y odiándose hasta el último aliento.

Se dio tanto asco y tanta rabia que casi no pudo dormir, y, cuando lo hizo, los sueños no hicieron más que castigarle.

—Uf, vaya cara —dijo Bárbara al verle mientras ella entraba a la salita donde Gica se preparaba para su jornada laboral—. ¿Cómo ha estado el fin de semana?

—Una puta mierda.

—¿Tan mal?

Bárbara se calentó un vaso de leche mientras trataba de indagar en la cabeza de su compañero.

—Bajaste a Algeciras, ¿no?

—Sí, hija, sí.

—¿Y qué tal?

—Mal. Me cabréé con mis amigos. Creo que no voy a quedar más con ellos.

—¿Y eso por qué?

—No pararon de tocarme los cojones, Bárbara —respondió él—. Parece que me odian por haberme ido de allí, como si les hubiera abandonado en la puta guerra.

—Joder, qué asco de gente —sentenció Bárbara—. Pues mira, que les den por el culo, ¿no?

—Exacto —coincidió Gica—. ¿Tus amigos también se cachondean de ti porque trabajas durmiendo?

—Ah, no —respondió Bárbara—. No tienen ni idea.

—¿Tienes novio? —preguntó Gica dándose cuenta demasiado tarde de lo raro que sonó eso.

—¿Qué?

—Bueno, a un amigo es más fácil pasar de explicarles qué haces por las noches, pero a una pareja tiene que ser más complicado.

Bárbara pareció entender.

—Ah, claro —dijo finalmente—. No, no tengo novio —respondió—. Ni ganas, la verdad.

Gica tuvo que estar de acuerdo con eso. Lo menos que le apetecía en ese momento era tener pareja.

—Tú también estás soltero, ¿verdad? —dejó caer Bárbara.

—Muy segura lo dices...

Bárbara guiñó un ojo, divertida.

—Llámalo intuición.

—Pues sí.

—¿Hace mucho?

—Dos años. ¿Y cuánto llevas en esto de colarte en sueños ajenos? —preguntó Gica con prisas por cambiar de tema.

—¿No hablamos ya de eso?

—Sí, sí, es verdad —respondió Gica—. Pero había algo que te quería preguntar sobre el tema.

—Dime.



—Una de las primeras veces que te colaste en mi sueño, me dijiste que eras una cazadora, y hace poco me lo volviste a decir.

—Una cazadora de sueños, ¿no? —respondió Bárbara, sonriendo.

—Sí, eso —dijo Gica—. Pero, ¿qué querías decir con eso? ¿Por qué “cazadora”?

Bárbara sonrió.

—No sé si es demasiado pronto para explicarte eso —contestó bebiendo un poco de leche—. Tal vez luego te lo explique.

Por algún motivo, Gica y Bárbara estaban cayendo desde una altura imposible. Gica no paraba de gritar, pero Bárbara parecía tranquila, incluso feliz.

—¡Gica! —gritaba ella—. Recuerda que estás en un sueño.

Bárbara extendió la mano y agarró la de su compañero, el cual no parecía estar más tranquilo.

—No te va a pasar nada —dijo ella—. ¡Yo te cuido, ¿vale?!

Ambos permanecieron suspendidos de pronto en el aire. Gica dejó de gritar entonces.

—Joder —dijo Bárbara—. Espero que no seas de los que hablan en sueños, o los de la salita se van a asustar bastante.

Gica aún temblaba, aunque poco a poco se fue tranquilizando.

—A veces me cuesta darme cuenta —dijo él—. Pero ya, ya me voy dando cuenta.

—Es el primer sueño de esta noche —dijo Bárbara—. Es muy complicado darse cuenta. No te tortures —añadió con una risa.

Bárbara echó a andar, tirando de la mano de Gica. Ahora se encontraban en un prado infinito. El cálido viento mecía apaciblemente la alta hierba por la que ambos avanzaban.

—Antes de irme a dormir estuve hablando con Daniel —comentó Bárbara—. Le expliqué acerca de tu inquietud acerca de la caza.

—Ah, ¿y qué te dijo?

—Me dijo que tal vez fuera hora de que empezaras a conocer la parte más... entretenida de nuestro trabajo.

—Eso ha sonado un poco acojonante, ¿no?

—Bueno —respondió Bárbara—. Un poco.

—¿Cómo es eso de cazar sueños? —quiso saber Gica—. Suena muy molón. Y un poco peligroso.

—Bueno, no es muy peligroso —dijo Bárbara—. De momento no nos ha pasado nada.

—¿“Nos”? —preguntó Gica—. Eso suena a que antes había otros y a ellos sí les pasó algo.

Bárbara rió.

—Me refiero a mí o a los huéspedes.

—Los huéspedes son los soñadores, ¿no?

—Las víctimas de las pesadillas, sí.

—Pero las pesadillas son sueños normales, ¿no?

Bárbara se detuvo, sin soltar la mano de Gica.

—No exactamente —dijo Bárbara—. Cuando los del equipo hablamos de “pesadillas” no nos referimos a malos sueños. Los malos y los buenos sueños son iguales entre sí. Son... como una sala. Recuerda el sueño de Marisa, o todos esos sueños en los que nos hemos ido colando.

—Sí, lo entiendo.

—Cuando hablamos de “pesadillas” no nos referimos a sueños, si no a... entidades.

Gica sintió un escalofrío.

—¿Cómo es eso?

—Bueno... hace un año o así empecé a notar... como presencias.

—Joder, Bárbara, no hagas coñas con eso.

—Ojalá fueran coñas, Gica —respondió Bárbara—. Pero es... no sé. Difícil de explicar. Hay gente que sufre mucho,



que de pronto actúa de forma extraña. Cada vez que hemos sabido de un caso similar, he tratado de colarme en sus sueños, y... bueno... No era agradable. Era como entrar en una casa vieja y vacía y notar que hay alguien.

Eso a Gica no le hacía ninguna gracia.

—¿Y los cazas?

—Una vez... —comenzó Bárbara—. Una vez noté que no estaba sola en un sueño. Cuando llevas un tiempo haciendo esto notas la diferencia entre una proyección onírica de un soñador, ya sea de sí mismo o de otra persona, y... bueno, alguien como tú y como yo.

—¿Y notaste que había alguien como tú o yo?

—No —respondió Bárbara—. Era otra cosa.

Gica no estaba seguro de querer saber más.

—¿Y qué pasó?

—Bueno —respondió Bárbara—. Luchamos. De alguna manera.

—¿Cómo?

—Bueno... Si te digo la verdad, estuve controlando la realidad del sueño intentando suprimir esa cosa.

—¿Lo viste?

—Sí, era... Era algo muy raro.

Gica mostraba el mismo interés que tendría un niño en una hoguera escuchando la historia más de miedo de su vida.

—Estás de coña —dijo finalmente.

—No, tío —respondió Bárbara—. Era... y no te rías, era una puta bola amarilla. Me costó la vida atraparla. Estoy segura de que quien sea que fuera el huésped en ese momento se levantaría con un buen dolor de cabeza. Yo, desde luego, me desperté echa una mierda.

—Joder.

—En serio. Parecía que tuviera resaca.

—¿Y desde entonces qué?

—Desde entonces no he vuelto a ver ninguna otra cosa de esas, pero a veces he sentido su presencia. Y los del equipo, cuando se lo conté, empezaron a hablar de la necesidad de cazar esas cosas.

—Y eso es a lo que llamáis “pesadillas”, ¿no?

—Exacto —respondió Bárbara—. Y, sinceramente, si me tengo que encontrar con otra, espero que estés conmigo.

—¿Y crees que juntos podríamos cazar a una pesadilla?

—Si aprendemos a luchar contra ellas sí.

—¿Y cómo vamos a aprender?

—Bueno, yo luché contra una. Creo que podríamos practicar eso —contestó Bárbara—. En el caso de que nos topemos con una, ya veríamos si nos sale mejor.

—Todo eso empieza a sonar demasiado fantástico —comentó Gica echando a andar detrás de Bárbara—. Incluso más que al principio.

Bárbara rió.

—Sí, bueno. Bienvenido a mi mundo.

—¿Se sabe algo más de esas pelotas amarillas? —preguntó Gica.

—Daniel lo ha comentado con unos compañeros con los que se dedica a estudiar fenómenos de este tipo —contestó Bárbara—. Pero, de momento, no ha sacado nada en claro.

—Oh, vaya. Esto cada vez parece más complicado —dijo Gica—. Lo mismo tendrías que explicarme más cuando estemos despiertos. Empiezo a dudar que seas tú y no una invención mía que me suelta paranoias cada vez más gordas.

—Como quieras —dijo Bárbara—. Pero cuando estamos despiertos no tenemos mucho tiempo para charlar.

—Bueno —dijo Gica—. Podríamos vernos fuera del trabajo.

Bárbara se detuvo en seco y se volvió, clavando sus oscuros ojos en los de Gica.

—Gica —dijo—, no me estarás pidiendo salir, ¿no?

Gica se quedó de piedra.



—No, joder. Nada de eso.

—Ah, bueno —dijo Bárbara, aliviada—. Perdona. Te entendí mal.

—Vale, no pasa nada. La verdad es que sonó raro —admitió Gica—. Lo decía en plan colega. Puede que con Enrique y Mari, si es que tienen vida más allá de todo esto, pero si va a ser raro, mejor lo dejamos.

—No, vale, me parece bien —dijo Bárbara—. Un fin de semana que te quedes en Cádiz podemos quedar y charlar despiertos —añadió con una sonrisa—. Pero no te pienses nada raro, ¿eh?

—Ni ganas.

—Pues muy bien —añadió Bárbara con una sonrisa—. Ya lo hablaremos luego. Ahora vamos a seguir por aquí a ver qué nos encontramos.

Durante las últimas semanas, Gica había aprendido mucho acerca de los sueños, de cómo manejarse en ellos, cómo entrar en sueños ajenos y cómo controlarlos, tanto los propios como los de otra gente. Por supuesto, toda su experiencia era práctica.

Había estado leyendo libros acerca del tema, principalmente comprados en librerías de viejo, especialmente en una que Bárbara le había recomendado en Alcidia, regentada por un matrimonio, con una sección de paranormal bastante curiosa.

Pero nada de lo que leía en los libros se acercaba a su experiencia como aprendiz de cazador de sueños. Ni la psicología, ni la fisiología, ni la medicina del sueño, ni la interpretación de los símbolos oníricos... Nada de eso tenía el más mínimo sentido cuando notaba la omnipotencia de ser un dios en un mundo de sueños. Donde su voluntad, poco a poco, iba formando su alrededor a su antojo.

Era más fácil en sus propios sueños, y no se sentía del todo cómodo manipulando los sueños ajenos. Sobre todo

teniendo en cuenta que en la mayoría de los casos necesitaba de la voluntad del soñador para poder hacer los cambios más significativos en su entorno.

Durante el día se sentía más activo. Iba a casi todas las clases, tomaba apuntes, a veces charlaba con Iratxe, pero poco a poco fueron haciendo más amistades, por lo que no sólo aumentaban sus contactos, sino que miraban la cada vez mayor cercanía con los exámenes de febrero con un poco más de tranquilidad, ya que ambos solían ser bastante negligentes a la hora de tomar apuntes.

Gica empezó a caminar más. Ya no sólo porque así lograba despejar las ideas. A veces cogía caminos largos para ir del piso o la parada del bus a la facultad, incluso llegando a perderse, sólo para cansarse más a lo largo del día.

Llegando a la cama agotado, le era mucho más fácil quedarse dormido, y le resultaba más fácil sumergirse en los sueños, controlarlos, hacerse su dueño, pero también pasar a los sueños ajenos junto con Bárbara.

Formaban un buen equipo, aunque Bárbara lo achacaba a que era muy buena maestra. Pero Gica también era un alumno, o quizá por primera vez en su vida, realmente aplicado.

Aunque la gran mayoría de veces Bárbara tenía que avisarle de que estaban dentro del sueño, generalmente porque ella se colaba en los de él y le sacaba, como ella decía, a pasear.

Durante sus salidas llegaron a darle juntos un empujoncito a varias decenas de personas con sus problemas. Eso a Gica le parecía muy bien. Había muchísima gente ahí fuera que sólo necesitaba saber que eran capaces de hacerse cargo de sus propios asuntos si alguna vocecilla interior le animaba a ello. Bárbara y Gica les ayudaban mientras dormían y todos contentos.

Desgraciadamente, no todos los casos eran iguales, y a veces se encontraban con gente que no podían hacer frente



solos a sus dificultades. En esas ocasiones Bárbara se sentía especialmente impotente. Gica se dio cuenta de que, a pesar de su actitud, en verdad quería ayudar a tanta gente como pudiera.

Y eso la frustraba.

Bárbara sabía que Gica se daba cuenta de eso, y pensó que tal vez por eso, poco antes de las vacaciones de Navidad, le propuso quedar y tomar una merienda juntos un sábado para poder charlar con calma.

## X

Gica llegó un cuarto antes de la hora acordada a la cafetería. Era un sitio que a Bárbara le gustaba frecuentar, pero al que hacía tiempo que no iba. Él salió con bastante tiempo de sobra, por si o bien se perdía o bien decidía perderse un poco antes de acudir al lugar de la cita.

Gica eligió una mesa vacía con dos sillas, pensando que eso bastaría. Se sentó, quitándose el abrigo, y sacó un cuadernito que llevaba en el bolsillo, donde apuntaba sus sueños cuando estaba en casa. Estudió detenidamente lo que anotó de aquello que recordaba de sus últimas noches. Tenía la teoría de que revivir sus sueños mientras estaba despierto le ayudaría a conocerlos mejor mientras dormía.

Mientras repasaba mentalmente sus sueños de la última noche, una sonrisa llena de picardía asomó en su cara al recordar uno especialmente guarrete que tuvo. Precisamente con Bárbara, lo cual le daba ocasionales picos de ansiedad al recordar que había quedado con ella.

Lo curioso es que no fue un sueño lúcido. No era consciente de estar soñando y por supuesto ni le dio por probar si era capaz de controlarlo. Simplemente, sucedió. Soñó con ella, con sus cuerpos desnudos y sudorosos presas del mismo deseo. Mil locuras y mil guarradas en tan poco tiempo. Recordó cómo soñó con sus propias manos recorriendo los senos de Bárbara, buscando sus puntos de mayor placer, acariciando sus...

—¡Perdona!

La voz que llegó desde un punto indeterminado de fuera de su cabeza hizo que Gica volviera al mundo real con un infartito.

Ese tío le había asustado de verdad.



—Perdona —contestó Gica a su vez—. ¿Qué?

—Esta silla —digo el joven señalando la silla vacía frente a Gica—. ¿Está ocupada?

—Sí, sí, claro —respondió.

“¿Y por qué cojones no iba a estarlo?”, añadió mentalmente.

—Vale, perdona —respondió el otro con una sonrisa, mientras se apartaba y buscaba otra silla.

Ese tío le cayó gordo de golpe. No sólo le había sacado de sus sucias ensoñaciones, sino que, además, dio por sentado que Gica había ido a esa chulada de cafetería a estar solo.

—Imbécil... —susurró Gica volviendo la vista a su cuaderno.

Para colmo, a Gica se le quitaron las ganas de volver a pensar en guarradas. Y tal vez fuera lo mejor.

Igualmente, fue bonito soñar con Bárbara, pero sería mejor que no pusiera los ojos sobre esa libretita, que su nueva amiga tenía pinta de poder partírla la cara si le daba motivos suficientes.

Por eso mismo la escondió en un bolsillo interior de su abrigo cuando vio a Bárbara.

La vio entrar por la puerta como si esta obedeciera sus más básicos caprichos. Se quitó el oscuro abrigo lentamente, o eso le pareció a Gica, descubriendo un vestido grueso y escotado de un rojo oscuro mientras buscaba a su compañero con la vista.

A Gica le dio la impresión de que debía ser un vestido calentito.

Una vez sus miradas se cruzaron, ella saludó, y él respondió, sin estar completamente seguro de que fuera a él a quien estaba buscando.

Gica se levantó arrastrado por una fuerza invisible cuando Bárbara llegó junto a él, y estuvo seguro, aunque no le importó lo más mínimo, de que tenía una genuina cara de

idiota cuándo ella le tomó de la cintura para darle dos besos como saludo.

—Hola —saludó ella, sin dejar de sonreír—. ¿Llevas mucho rato aquí?

—No, llegué pronto. No sabía si encontraría el sitio.

—¡Pero si no tiene pérdida! —exclamó Bárbara, sentándose en la silla vacía frente a la de Gica tras colocar el abrigo en el respaldo.

Bárbara se sentó cruzando las piernas y a Gica le pareció de pronto que era verano. Aunque sólo sus rodillas se dejaban ver entre las botas y el vestido, él pensó que era lo más bonito que había visto ese día.

Luego pensó que mejor dejar de pensar así de su amiga o todo aquello iba a terminar muy mal.

—¿Sabes qué vas a querer?

Gica estaba bastante seguro de qué quería en ese momento, pero no podía decir nada.

—No sé —respondió Gica—. ¿Qué me recomiendas?

—Tío, no te puedes ir de aquí sin probar el chocolate caliente y los gofres —respondió Bárbara con una luz en sus ojos—. Sé que es una putada que te recomiende eso estando tú a dieta, pero, que le jodan al mundo.

—¿Dieta? —preguntó Gica—. ¿Yo? En la vida.

—Ah, ¿en serio? —se extrañó Bárbara—. Pues no sé, te veo más delgado.

Bárbara tenía razón. A Gica aún le sobraban algunos kilos, pero la verdad es que todo el mundo se venía fijando últimamente en que estaba perdiendo algo de peso.

—Pues ya te digo, será que hago más ejercicio, o que duermo mejor, quién sabe.

—Hola —saludó una camarera—. ¿Sabéis qué vais a querer?

—Sí. Hola —respondió—. Dos chocolates y dos... ¿te parece bien? —terminó Bárbara dirigiéndose a Gica.

—Me fio de ti —respondió este—. Estoy en tus manos.



Bárbara miró a Gica trazando una sonrisa asimétrica en sus labios.

—Dos chocolates y dos gofres, uno con mermelada de fresa y el otro con helado de vainilla.

—Muy bien —respondió la camarera tomando nota con una sonrisa—. Ahora os lo traigo —añadió sonriendo a Gica.

—Vaya —dijo este—. Eso ha sonado...

—¿Lujurioso? —terminó Bárbara riendo—. Puede que un poco, pero qué narices. Yo te invito, de todas maneras, así que vas a tener que probarlo.

Gica sonrió.

—Tampoco tengo queja.

—Perfecto —zanjó Bárbara—. Volviendo al tema de tu bajada de peso —siguió Bárbara hilando temas como quien no quiere la cosa—. ¿No será que estás dando el estirón?

Gica rió.

—No, en serio —dijo Bárbara—. Supongo que no estarás en edad, ¿pero cuántos años tienes?

—Dieciocho —contestó este—. En marzo cumplo 19. ¿Y tú?

—Veintitrés —respondió Bárbara—. Desde septiembre.

—¿Y ya has terminado la carrera?

—Sí —contestó ella—. Este junio pasado acabé Humanidades, ahora estoy con el CAP.

—¿Vas a ser profe?

—Sí, bueno, es la idea. ¿Y tú?

—Este año he empezado filología inglesa.

—¿Y qué tal lo llevas?

—Bueno —respondió Gica—... Creo que es pronto para decirlo.

—Ya entiendo —dijo Bárbara riendo.

—¿Gica? —preguntó una voz familiar.

Y pocas voces en Cádiz le podían resultar a Gica más familiares que esa en concreto.

—Oh, joder —dejó salir Gica de lo más profundo de su alma.

—¡Vaya coincidencia! —exclamó Iratxe, tratando de disimular su curiosidad y fracasando estrepitosamente.

—Hola —dijo Gica—. Mira, Bárbara, esta es Iratxe, una amiga de clase. Iratxe...

—Sí, hola —saludó esta—. Así que tú eres Bárbara, ¿no? La...

—a Gica se le heló al sangre, el aliento y hasta el humor vítreo —... compañera de Gica en el trabajo, ¿no?

—Sí, la misma —respondió Bárbara—. Creo que también me ha hablado de ti. Eres algo así como su única amiga en el mundo, ¿no?

—Muy graciosa, Bárbara —replicó Gica.

—Eh, Iratxe —se sumó una cuarta voz—, no te había visto entrar.

Y Gica se preguntó por qué, de entre todos los capullos de todas las cafeterías, precisamente ese tenía que ser el novio de Iratxe.

—Ah, perdona, Sergio —saludó ella besando en los labios a su novio—. Es que he visto a Gica y... ¡mira, Sergio! ¡Este es Gica! ¡Y su... bueno, su amiga Bárbara!

—Sí, sí —dijo Bárbara, sonriendo—. “Amiga” está bien.

—Ah, hola —saludó Sergio—. Encantado de conocerte por fin —dijo extendiendo la mano con una sonrisa.

Gica le respondió, estrechándola, con lo que a Bárbara le pareció la sonrisa más falsa que había visto en todos los días de su vida.

—¿Por qué no os sentáis con nosotros? —preguntó Sergio—. Es decir, a no ser que queráis estar solos.

—No, Sergio —comenzó Iratxe—. No creo que...

—¡Por mí vale! —respondió Bárbara—. ¿Qué dices, Gica? —añadió posando su mano sobre el dorso de la de su amigo.

Gica no sabía qué decir ni cómo reaccionar, así que, simplemente, se dejó llevar.



—Vaya pedazo de gofre, niño —exclamó Iratxe cuando la camarera trajo los pedidos de Gica y Bárbara.

—¿Los has pedido alguna vez? —preguntó Bárbara, cortándose un trozo del que llevaba helado—. Son droga —añadió antes de metérselo en la boca.

—Alguna vez, sí —dijo Iratxe—, pero la verdad es que hoy no me apetecía.

—Hasta ahora, ¿verdad? —preguntó Sergio.

—No te cortes —dijo Bárbara cogiendo un trozo del gofre con mermelada que Gica tenía justo delante—. La semana que viene entra el invierno, y hay que acumular reservas de grasa.

—Mira, ¿sabes qué? —respondió Iratxe—. A la mierda: me voy a pedir uno con chocolate.

Gica era el testigo más incómodo que podía tener esa conversación. Los cuatro finalmente encontraron una mesa con suficiente sitio para todos en la segunda planta de la cafetería, y ahí todos parecían estar pasándose muy bien salvo él.

—Pues yo también —añadió Sergio.

Por raro que pudiera parecerle, Sergio era lo que menos le incomodaba de aquella mesa. Aunque le cayó mal desde antes siquiera saber que era el novio de Iratxe. Con su pelo perfecto, su afeitado perfecto, y su perfecta cara de gilipollas saliendo de su ridículamente perfecto jersey de cuello alto.

Parecía el típico perfecto imbécil de serie de dibujos animados japonesa.

—Así que tú eres el novio de Iratxe, ¿eh? —preguntó Bárbara—. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Año y medio —respondió ella—. ¿Y vosotros?

Gica se atragantó con su propia saliva, pero, extrañamente, Bárbara permanecía tranquila.

—Bueno, nosotros no estamos saliendo —contestó Bárbara riendo—. Sólo somos amigos —añadió mientras

acariciaba la fría y pétrea mano derecha de Gica y arriando su hombro al de él, rozándolo, golpeándolo suavemente, y a la vez pisándole el pie con el talón de su bota—. ¿Verdad?

Gica sólo pudo asentir y llevarse torpemente un trozo diminuto de gofre a la boca con la mano libre.

—Perdona —se disculpó Iratxe—. No quise ser... ya sabes.

—Oh, no pasa nada —dijo Bárbara—. Somos todos adultos. Aunque este pipiolo de aquí al lado no lo parezca.

Bárbara volvió la mirada entonces hacia Sergio.

—Es más, diría sin dudarle que tú y yo somos los mayores, ¿no?

—Sí, sí —respondió Sergio—. Yo tengo veinticuatro.

—Pues eres el mayor por un año —dijo Bárbara antes de tomar un poco de chocolate—. Y un poco asaltacunas —añadió riendo a la par que Iratxe.

—Pues como tú, ¿no?

Gica quiso morirle un poco.

—Pues mira, no te lo voy a negar.

Gica quería morirle del todo. Pero se le pasó un poco cuando Bárbara le ofreció un trozo de su gofre de su propio tenedor. Gica aceptó sin pensarlo demasiado, tratando de mantener el rostro lo más sereno posible, pero sólo logrando mantener una cara de piedra con la que podría haber edificado pirámides.

—Tengo que decir que fue toda una sorpresa saber de ti —dijo Iratxe—. Este pedazo de escoria no quería saber nada de tías y, de pronto... Bueno, apareciste.

—¿Y se puede decir qué te ha contado este donjuán de lo nuestro? —preguntó Bárbara, inclinándose mucho hacia Iratxe, adoptando una posición de intimidad que a Gica le parecía totalmente fuera de lugar.

No había lugar en el Universo lo suficientemente profundo para tragarse la vergüenza y el miedo de Gica.



—Oh, puedes estar tranquila —respondió Iratxe, sincera—. Este tío no suelta prenda, no me ha contado absolutamente nada de lo que hay entre vosotros. Que si sólo sois amigos, que si trabajáis juntos y hay muy buen rollo... Todo lo que sé en verdad lo he deducido por lo que calla y por lo que te estoy sonsacando a ti —terminó con una risa y un sorbo de café.

Gica notó que la presión sobre su pie se relajaba a la vez que veía a Bárbara quedarse helada y pálida.

—Bueno —admitió, falsamente, eso sí, encogiéndose de hombros—, qué puedo decir. Este imbécil tiene algo que me encanta.

Bárbara y Gica se miraron a los ojos. Los ojos casi negros de ella se clavaron en los de él, sin que fuera capaz de descifrar qué ocultaban.

Bárbara hizo sonreír sus rojos y brillantes labios antes de terminar con una frase que pronunció justo entre una risa y un suspiro.

—Ojalá pudiera saber qué coño es.

## XI

—Pues me lo he pasado muy bien —confesó Bárbara de camino a la parada de autobús.

—¿En serio? —preguntó Gica—. Pues me alegro mucho por ti.

—Vaaamos, Giiiiica —dijo Bárbara agarrando del brazo a su amigo—. No te lo tomes así.

—¿Por qué no? ¡No sabes lo mal que me lo has hecho pasar!

—¿Por qué? ¿Porque te he hecho pasar toda la tarde y parte de la noche con la tía que te mola y su novio superperfecto de la hostia? —preguntó Bárbara.

Gica se clavó en el sitio.

—¿Y tú cómo coño sabes eso?

—¿Cómo cojones quieres que no lo sepa? —replicó Bárbara—. Tío, soy capaz de navegar en tus sueños. Sabía que te molaba esa pava antes incluso de saber de su existencia. Y aunque no fuera así, joder, que os he visto.

A Gica nada de eso le gustaba.

—Y para que lo sepas, tampoco creo que ese novio suyo sea tan superperfecto —protestó Gica.

—Claro que no, pero mejor que tú seguro —respondió Bárbara riéndose—. Total, sólo es guapo, mayor, más maduro que tú y, aunque es verdad que hay algo en él que me da un rollo regular, fijo que caga billetes de mil pelas.

Gica no pudo evitar que se le escapara una risita por más que quisiera evitarlo.

—Pero huele raro, como a vainilla, ¿verdad? —dijo Gica tratando de agarrarse a lo que fuera—. ¿Qué mierda de colonia es esa? Qué empalago...

—No es colonia —respondió Bárbara—. Es tabaco. Mi padre fumaba ese mismo tabaco antes de que el médico se lo



prohibiera. ¿Lo ves? Fuma en pipa. Encima es más sofisticado que tú.

Gica asintió con la cabeza, y de pronto volvía a estar de peor humor.

—Si te digo la verdad —dijo Bárbara tras unos segundos de profundo pensamiento—, no creo ni de coña que sea mejor que tú. Pero igualmente —añadió encogiéndose—, no se puede hacer nada.

Gica no respondió a eso.

—¿La has visto en mis sueños?

—¿A Iratxe? Puñetas, Gica, llevo desde octubre entrando en tus sueños. Ya lo sabías. Y a veces me la he encontrado ahí. Y puedes estar tranquilo, que nunca ha sido un sueño húmedo. Es más, agradezco que así sea.

—Vale, sí. Me gusta y lo sabías. Y aún así...

—Y aún así le has dicho que follas conmigo! ¡Yo tendría que ser la que se cabreara, joder, Gica!

—¡Eh, yo nunca le he dicho eso!

—No, pero ella lo cree igual.

—¿Y qué culpa tengo yo de lo que crea otra gente?

La mirada que Bárbara le lanzó a Gica decía “¿En serio?” mucho más evidentemente que un cartel de neón de 15 metros.

—No, a ver —dijo Bárbara—. Que le podrías haber dicho que follábamos como lobos y tampoco me habría importado.

—¿Pero qué coño dices ahora!?

—Pues eso. Sé que no tienes interés en mí, y no me importa lo que pueda pensar de mí, y menos aún de ti, una pava a la que seguramente no vuelva a ver el pelo.

Gica no tenía ni puñetera idea de cómo reaccionar a eso.

—Es más, ¿por qué no me quedo a dormir contigo esta noche?

Un meteorito más grande que la vida le podría haber caído encima en ese momento que a Gica le daría igual.

—¡¿De qué coño estás hablando, Bárbara?!!

Bárbara se echó a reír mientras consultaba su reloj y la hora a la que salía el último autobús.

—Sólo a dormir, imbécil. Mientras más cerca estamos, creo que actuamos mejor en nuestros sueños. Y no creas, llevaba tiempo pensando en que si compartimos habitación, o incluso cama, podríamos... No sé. Hacer mejor nuestro trabajo.

Gica no podía estar seguro de que Bárbara hablara en serio.

—¿Y así? ¿Tan tranquila? ¿Por qué te fías de que no intente nada mientras duermes?

—Lo sabría en ese mismo momento —contestó Bárbara sin mirarle—. Lo sabría ya desde hace semanas. Sé que no me harías nada. Como sé que tampoco le harías nada a Iratxe si tuvieras ocasión.

Gica apretó muy fuerte los puños.

—Y no me malinterpretes. Sé que te gusta ella. Y que te gusto yo. No tanto, lo sé, pero también. Pero tú también necesitas un empujón para liberarte de tus miedos y tus propios demonios.

Gica apartó la mirada. El suelo también parecía estar burlándose de él de alguna manera.

—Pero sólo si tú quieres —añadió Bárbara tomando a Gica de las manos.

Gica trató de esquivar su mirada, pero finalmente se miraron a los ojos. Ella era un poco más baja que él, con lo que no podía ocultarle que estaba llorando.

Bárbara secó con la punta de su dedo la mejilla de Gica.

Posó su mano sobre la cara de su amigo. La mano era cálida, en contraste con todo el mundo a su alrededor.

Gica miró a los ojos de Bárbara.

—Pero decídette —dijo ella—. Pronto saldrá el último bus.

—No, tranquila —dijo Gica—. Ya lo he decidido.



Gica estaba sentado en su cama. Solo. La cara apoyada sobre las manos. Hacía un poco de frío, pero aún así se resistía a meterse bajo las mantas de la solitaria y fría cama que, en teoría, pertenecía a un Álvaro que pasaba el fin de semana a 100 kilómetros de allí.

Escuchó dos golpes en la puerta.

Gica se levantó y se dirigió a la puerta, y, cuando la abrió, Bárbara le agarró de la muñeca.

—¿¡Dónde puñetas estabas!? —preguntó tirando de él y arrastrándole junto con ella al vacío estrellado en el que estaban flotando.

—¡Uo, uo, uo! —exclamó Gica—. ¿Qué está pasando?

—Tranquilo, niño. Estamos en un sueño, ¿vale?

—Ah, vale, vale —respondió Gica—. Eso me tranquiliza.

No le tranquilizaba.

—Bueno, te aviso —dijo Bárbara mientras sus pies se posaban en el prado infinito. El sol brillaba y la brisa era agradable—. Vamos a buscar tu mierda y limpiarla, ¿vale? Vamos a luchar contra tus propios demonios. Y lo vamos a hacer juntos.

—¿Has hecho esto antes?

—¿Darle el empujón a otro cazador con su ayuda? —preguntó Bárbara—. Sabes perfectamente que no.

—¿Y qué te hace pensar que va a funcionar?

Bárbara calló durante unos segundos.

—Yo misma.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —preguntó Gica mientras Bárbara echaba a andar—. ¿Tienes idea de cómo empezar si quiera?

—Bueno, sí —contestó ella—. El problema con el que empieza todo es esa chica morena, ¿verdad?

Gica despertó de golpe.

Estaba tumbado en la cama de Álvaro. Su respiración estaba acelerada y su piel estaba helada.

Se hizo un ovillo bajo las mantas mientras trataba de alcanzar la calma.

Lo cual era algo muy complicado, ya que Bárbara entró de golpe en el cuarto y le arrancó las mantas.

—¡Así que aquí estás! —exclamó agarrando a Gica de la pechera.

Gica no estaba muy seguro de si estaban volando o el resto del universo estaba cayendo, pero la verdad es que pronto aparecieron de nuevo en el prado.

—¡Gica! —exclamó Bárbara—. ¡No puedes desaparecer cada vez que mencionamos el problema! ¿¡Está claro!?

—Sí, sí —respondió Gica, sin tenerlo tan claro.

—Gica, necesito que me escuches y me hagas caso, ¿vale? Te necesito a mi lado. Quiero ayudarte pero no puedo hacerlo sola, ¿de acuerdo?

Gica asintió.

—Tú y yo tenemos este poder, y por eso mismo no puedo hacerlo sin ti. Sabes que esto es un sueño y sabes que desde aquí lo vamos a arreglar, ¿está claro? Si fueras una persona normal podría hacerlo sola, porque podría convencerte de que es un sueño, pero no voy a poder hacerlo sin tu ayuda y no voy a poder hacerlo si desapareces a la primera dificultad, ¿vale?

Gica asintió.

—¿Puedo contar contigo? —preguntó Bárbara tomando la cara de Gica entre sus manos y acercándose quizá demasiado.

—Sí, claro —respondió Gica.

Bárbara y Gica se sentaron en unos bancos que aparecieron de pronto pero siempre estuvieron ahí.

—¿Quieres hablar de ella? —preguntó Bárbara.

—No... No sé —respondió Gica.

—Sabes que es necesario, ¿verdad? —dijo ella—. Pero no te preocupes. Tengo toda la noche —añadió con una sonrisa.



—Ella... Ella es Nuria —contestó Gica tras un rato.

—¿Y quién es?

—Ella fue mi primera novia —respondió Gica—. Nos conocimos el primer año de instituto y empezamos a salir enseñada —siguió con una triste sonrisa.

Bárbara esperó a que Gica añadiera algo, pero se quedó esperando en vano.

—Muy bien —dijo ella finalmente—. Hemos avanzado algo —añadió no muy segura—. ¿Cómo te sientes?

Gica levantó la mirada. No estaba nada feliz, y parecía luchar por despertar.

—Muy mal —respondió él.

—Bueno, es un avance —dijo Bárbara—. Supongo.

Gica miraba a Bárbara y bajo una gruesa capa de tristeza había un resquicio de algo que la hacía pensar que él no estaba tan seguro.

—Ven —dijo Bárbara mientras se levantaba, extendiendo su mano hacia Gica—. Ven.

—¿A dónde? —preguntó Gica siguiendo a Bárbara, que empezaba a alejarse tirando de su mano.

—No sé. ¿A dónde te gustaría ir?

—Me da igual —respondió él—. Llévame a donde quieras.

Bárbara salió disparada por los cielos tirando de Gica como si él no pesase nada. Ella reía, pero él no estaba tan seguro de que aquello fuera tan divertido.

—Te echaste novia muy pronto, ¿no? —preguntó Bárbara—. Yo hasta los 17 no tuve el primero.

—¿Y qué tal te fue?

—Bah, una mierda —respondió ella—. No llegué a sentir que estuviéramos en una verdadera relación. El segundo fue ya en la universidad, a los 19, pero tampoco duró mucho.

—¿Y desde entonces qué?

—Nada serio —respondió Bárbara mientras se zambullían en una nube—. He tenido un par de rolletes. Cosas esporá-

dicas, sin ataduras. Puede que alguien con quien echar un quiqui, pero nadie con quien quedarme a dormir. Y tampoco me apetecía, la verdad.

—Pues muy bien entonces, ¿no?

—Sí, a mí me funciona —respondió Bárbara—. No sé, tío, a lo mejor deberías probarlo.

—¿Probar el qué?

—Liarte con alguien sin más. Sólo porque a los dos os apetece. Y ya mañana te llamo si eso.

Gica miraba a Bárbara, pero ella tenía la vista clavada al frente, mientras volaban a través del viento cálido de la tarde.

—Creo que buscas una relación, algo serio. Pero, por otro lado, lo que pasara con Nuria te impide seguir adelante.

Bárbara notó cómo Gica aumentó de repente su peso, cayendo y arrastrándola consigo.

Ambos cayeron en un prado, hundiéndose en la hierba como si fuera nieve recién caída.

La hierba desapareció y Bárbara vio que tanto ella como Gica estaban sobre un frío suelo de piedra en una extensión negra como la noche.

Bárbara se acercó a su amigo, que estaba sentado dándole la espalda, abrazándose las rodillas.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó ella.

—No tienes que seguir con esto, Bárbara —dijo Gica—. De verdad. Déjalo.

Gica se levantó y Bárbara se sorprendió de lo que veían sus ojos. Él estaba más joven, tal vez un par de años. Pero estaba muy cambiado. Estaba más delgado y tenía una luz en la mirada. Bárbara no hubiera dicho que su compañero pareciera especialmente desaliñado o descuidado hasta que vio la imagen del antiguo Gica.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Bárbara, temiendo que Gica se estaba empezando a dejar perder en su ensoñación.



—Catorce —respondió él, girándose y mirándola a los ojos.

El joven Gica levantó la ceja.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Me llamo Bárbara. Tú eres Gica, ¿verdad?

—Sí. ¿Te conozco de algo?

—No. No —respondió ella—. Tenemos un amigo en común. Pero hasta ahora no nos conocíamos.

Bárbara tomó rápidamente una decisión. Era el momento para hacer algo por su amigo.

—Y dime, Gica, ¿tienes novia?

—¿No soy un poco joven para ti?

—¡Eh! ¡Y parecías tonto!

El joven Gica rió.

—Pues sí, lo siento —respondió Gica—. Tengo novia.

Bárbara no pudo más que reír. Ese Gica era un descarado.

—¿Y dónde está ella?

—Mírala, ahí viene.

Bárbara vio cómo, no lejos de ellos, se formaba un camino de hierba, que se iba extendiendo a ambos lados gradualmente. Al final del camino, podía ver a una chavala de la misma edad que Gica. Era muy guapa, y a Bárbara le pareció mucho más madura que su amigo. Tenía un pelo largo y oscuro, y una sonrisa alegre y preciosa.

Pero de la nada surgió un remolino que arrastró toda la belleza de aquel lugar, y un resplandor les cegó a todos.

Y Gica despertó.

Estaba nervioso, sudoroso, hecho un nudo.

Se levantó y se dio cuenta de que estaba en el sofá.

—Gica —susurró Bárbara apareciendo por el pasillo que conducía a su habitación.

Encendió la luz de la lámpara en la mesa auxiliar y se acercó a él, arrodillándose en el sofá a su lado. Agarró su cara entre sus manos y la notó fría, cubierta de sudor.

—Joder, Gica, lo siento —añadió abrazándole.

Estuvieron así, en silencio, durante algo más de un minuto.

—Es más grave de lo que parece, ¿verdad? —preguntó ella. Gica asintió.

—Sinceramente, no sé si podré ayudarte yo sola.

—Es igual —dijo Gica, temblando—. Muchas gracias, pero... Gica no supo continuar.

Fue entonces cuando advirtió que, hasta donde él podía ver, ella vestía sólo una vieja camiseta de Gica y unos calcetines, y la piel de sus piernas tenía el vello erizado por el frío.

—Anda, ve a acostarte —dijo él—. Vas a coger frío.

Pero ella se limitó a tumbarse a su lado en el sofá, apretándose lo más que pudo, y abrazarle bajo las mantas.

—No te voy a dejar solo —dijo ella—. Ya me has echado de tu cama —añadió riendo—. No me vas a echar de tu sofá.

—No te he echado de la cama —se defendió Gica—. He sido yo el que se ha ido voluntariamente de *mi* cama.

Gica sintió una terrible mezcla de terror y ansiedad, pero el aroma del pelo de Bárbara le hizo olvidar todo eso.

—Y tampoco es mi cama —dijo finalmente.

—Tampoco es tu sofá.

Bárbara miró a Gica y vio que precisamente unas calzonas era todo lo que llevaba junto con una camiseta que vivió mejores tiempos.

Y vio algo más, algo que quizá ninguno de los dos hubiera querido que fuera visto.

—Me voy a poner algo —dijo Bárbara, ruborizándose, mientras Gica se sentaba y, disimuladamente, se inclinaba hacia delante haciendo como que se rascaba las piernas.

—Claro, claro —dijo él mirando a otro lado mientras Bárbara desaparecía por el pasillo.

Gica había sentido sequedad en demasiadas ocasiones a lo largo de su vida, pero no recordaba haber sentido tanta antes.





## XII

Diego no fue capaz de decidir qué era más raro, si bien que Gica estuviera durmiendo con una chica o que estuvieran durmiendo en el sofá.

Decidió que lo mejor sería esperar a que se despertaran por sí mismos para preguntárselo directamente, así que, con mucho tacto, se dirigió directamente a la cocina y se preparó el desayuno.

Eso sí, haciendo tanto ruido como fuera capaz sin que sus vecinos llamaran a las autoridades.

El concierto para taza y cafetera de Diego resultó del todo exitoso a la hora de despertar a Gica y Bárbara, los cuales dieron un respingo al despertar, tanto al verse tan pegaditos, como al advertir que habían sido descubiertos.

—Será mejor que vaya a ponerme algo —dijo Bárbara levantándose y mostrando sin querer por un segundo sus bragas, antes de cubrir las con una manta.

—En el cuarto de Álvaro hay una bolsa de viaje azul —surró Gica—. Es mía. Cógete unas calzonas o algo.

Bárbara miró a Gica y vio que precisamente unas calzonas era todo lo que llevaba junto con una camiseta que vivió mejores tiempos.

Y vio algo más, algo que quizá ninguno de los dos hubiera querido que fuera visto.

—Me voy a poner algo —dijo Bárbara, ruborizándose, mientras Gica se sentaba y, disimuladamente, se inclinaba hacia delante haciendo como que se rascaba los pies.

—Claro, claro —dijo él mirando a otro lado mientras Bárbara desaparecía por el pasillo.

Gica había sentido vergüenza en demasiadas ocasiones a lo largo de su vida, pero no recordaba haber sentido tanta antes.



—Eh, Gica —escuchó a Bárbara susurrar detrás de él.

Gica se volvió y vio a su amiga con su clásica sonrisa pícara en los labios.

—¿Cuánta gente crees que a estas alturas piensa que estamos follando?

En ese momento Gica sintió mucho más que vergüenza.

—¡Buenos días! —saludó Diego efusivamente, con una burlesca sonrisa de complicidad, al ver a Gica entrando en la cocina.

—¿A qué hora llegaste anoche? —preguntó Gica.

—A la una, tenía mal cuerpo, ¿qué importa eso? —preguntó Diego haciendo señas con la cabeza hacia donde estaba el salón—. ¿Y tú qué?

—A las doce ya estábamos en casa.

—Pues ni os vi, joder. Entre el ciego que traía y las cagalleras que llevaba, ni me fijé. Pasé por al lado vuestra y ni os vi. Ya sería mala suerte que para una vez que follas te pille en medio de la faena, jaja.

Diego levantó una ceja dos veces mientras bebía café.

—¿Quién es ella?

—Mi amiga Bárbara.

—¿Y por qué estabais en el sofá y no en la cama de Álvaro?

—Nos quedamos dormidos en el sofá —contestó Bárbara entrando por la puerta. Llevaba unas viejas calzonas de Gica y la misma camiseta con la que había dormido. Gica no pudo evitar fijarse en que tal vez transparentase demasiado. Especialmente cuando se acercó a él para besarle la mejilla—. Tú tienes que ser Álvaro o Diego.

—Diego —contestó este—. Mi primo está este fin de semana en Algeciras.

—¿Te pongo un café? —preguntó Gica, en pie junto a la cafetera, mientras Bárbara se sentaba a la mesa.

—Por favor —contestó ella, guiñándole un ojo y mordiendo el labio mientras sonreía—. Ya sabes cómo me gusta.

Gica reaccionó manteniendo su cara de póquer y cogiendo otra taza.

—Y contestando a tu pregunta —siguió dirigiéndose a Diego—, nos tiramos en el sofá a charlar, y me quedé dormida, supongo. Gracias, cielo —añadió cuando Gica le puso una taza de café con leche bien cargado—. Y nada, hasta esta mañana.

Gica se sentó en un extremo de la mesa, con Bárbara a un lado y Diego al otro. Bebiendo café mirando al infinito del todo—esto—va—a—acabar—mal.

—Y... bueno —dijo Diego, sin saber cómo seguir—. Bárbara, ¿no?

—Mira, te lo voy a poner fácil —dijo ella—. Gica y yo nos conocemos del laboratorio. Yo también participo en el experimento. De momento sólo somos amigos y no tenemos pensado pasar de ahí. Lo de anoche estuvo muy bien, pero vamos a tomárnoslo con calma, porque no queremos joder la amistad que teníamos. Y ya poco a poco veremos cómo avanza la cosa, pero en cualquier caso, espero que ni a ti ni a tu primo os moleste tenerme por aquí de vez en cuando. ¿Era eso lo que querías preguntar?

Diego estaba muy confundido, con la boca a medio abrir, mientras el café de Gica parecía estar cada vez más caliente.

—Bueno, eso es bastante más de lo que te iba a preguntar —dijo Diego finalmente—. Pero bien, me parece bien.

—¡Tienes que admitir que te has divertido! —exclamaba Bárbara siendo exageradamente teatral.

—Bueno —respondió Gica—... Puede que un poquito.

—¡Y una mierda un poquito! —contestó Bárbara—. Puede que en ese momento no tanto, pero luego te has puesto a darle vueltas y el que tu amigo piense que has pasado la noche conmigo con intenciones guarras te encanta.

Gica no pudo disimular una sonrisa.



Hacía rato que salieron para que Bárbara tomara el autobús a Alcidia y esta no podía aguantar más para decirle, como siempre hacía, justo lo que estaba pensando.

—Espero que así al menos dejen de chincharte para que te ligan a alguien —añadió Bárbara guiñándole un ojo—, pero más te vale espabilarte, que tampoco me vas a tener toda la vida para esto.

—Ya veremos...

—¡Eh! ¡Vente conmigo! —exclamó Bárbara de repente.

—¿Qué?

—Vente a Alcidia. Ven a mi casa. Lo menos que te debo es una comida.

—¿Vas a cocinar para mí?

—No, joder, ni ganas. Mis padres se han ido el fin de semana a Chiclana y me han dejado tupperes para un regimiento de infantería. Y como anoche cenamos fuera, me va a sobrar. Y como invitaste tú, te debo una.

—Pero tú invitaste a la merienda.

—Pues entonces luego de comer salimos a merendar, y luego cenamos algo rápido antes de ir esta noche al laboratorio.

—Hostia, es verdad, que hoy es domingo —dijo Gica—. Ni me acordaba.

—Si no fuera por mí, estarías muy perdido, ¿eh?

Gica sonrió un segundo justo antes de que ambos se dieran cuenta de lo raro que sonaba eso.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Bárbara—. ¿Vienes o qué?

—De día se ve diferente —dijo Gica—. No sé, estaba acostumbrándome a venir de noche.

Bárbara sonrió.

Finalmente logró convencer a Gica para llevarlo a Alcidia, y le estaba haciendo de guía turística por su ciudad.

—Lo dices como si quemaras la noche aquí —replicó ella—. Sólo conoces el camino de la estación al laboratorio, ida y vuelta.

—Bueno, pues enséñame más cosas.

—Oh, mira, quiero enseñarte algo.

Bárbara agarró a Gica de la manga del abrigo y torció una esquina. Caminaron junto a un solar y llegaron a un colegio y, a su lado, un instituto.

—Aquí estudié yo —dijo Bárbara.

—Anda, se parece mucho al mío —respondió Gica—. Parece que aprovecharon los mismos planos.

—Puede ser —dijo ella—. De este edificio siempre se han contado historias extrañas. Pasaban muchas cosas raras durante años. Seguramente aún pasen.

—¿Me estás intentando meter miedo?

—Si quisiera meterte miedo te traería aquí de noche. Vamos. Voy a llevarte a tomar el mejor chocolate caliente del mundo.

—¿Me estás diciendo que, después de ese chocolate y esos churros vas a pretender que me coma un plato de potaje de garbanzos?

La ruta culinaria alcideña de Bárbara terminaba, parecía ser, en su propia casa y en un humeante plato lleno de legumbres y trozos de carne variada.

—No me estarás diciendo que no quieres, Gica.

—Joder, no te imaginas la de tiempo que llevo deseando comer un plato así —respondió Gica justo antes de llevarse una cuchara bien cargada a la boca.

Gica miró a los ojos a Bárbara, y ella creyó que vio dos pequeñas lágrimas, puras como ángeles, asomar por sus lagrimales.

—Te iba a poner un café —dijo Bárbara tras un feliz y divertido almuerzo—, pero esta noche tenemos trabajo, así que, un *colacaíto*.



—Sí, gracias.

Bárbara se sentó en el sofá junto a Gica tras quitarse las botas, doblando las rodillas y poniendo los pies bajo su culo.

—¿Te puedo preguntar algo, Gica? —dijo ella.

—Claro.

—¿Has pensado en Iratxe en algún momento desde que nos despedimos de ella ayer?

La pregunta le pilló de sorpresa, a pesar de todo.

—Pues la verdad es que no —admitió él.

—Bueno, parece un avance —dijo ella antes de beber un sorbo.

—¿Tú crees? —preguntó Gica—. ¿Y avance de qué?

—Mmm... no estoy segura —respondió Bárbara—. Pero bueno, es positivo, en cualquier caso.

Todo eso le empezaba a sonar muy raro a Gica.

—¿Quieres que hablemos de lo de anoche?

—¿De el qué de anoche?

Bárbara dejó la taza sobre la mesa, y miró a Gica a los ojos.

—De Nuria.

Gica bajó la mirada, con la taza temblándole en las manos.

—Gica —dijo Bárbara tomando la taza y dejándola sobre la mesa—. Tengo que confesarte algo.

Ella tomó a su amigo de las manos, y clavó en sus ojos marrones los suyos, casi negros.

—Anoche, cuando estábamos en tu sueño, cuando volviste a tener 14 años... La vi acercarse.

—A Nuria —afirmó él, más que preguntar.

—Sí, pero... Había algo en ella.

Gica estaba casi temblando.

—Había algo... en ella. Algo... Amarillo.

—¿Cómo amarillo?

—¿Recuerdas... las pelotas amarillas?

—¿Las pesadillas?

—Mira, Gica, no quiero que te preocupes más de lo necesario, porque la verdad es que no estoy segura al cien por cien, pero si la Nuria que ves es una de esas cosas...

Bárbara hizo una involuntaria pausa dramática.

—... tengo miedo de que pueda hacerte daño.

En ese momento, escucharon ruidos provenientes de la puerta de la calle.

—Oh, qué oportunos son —protestó Bárbara—. ¿Papá?

—¿Bárbara? —escucharon una voz de mujer—. Hola, hija.

Bárbara se levantó para recibir a sus padres mientras Gica se ponía de pie sin saber qué hacer, dónde meterse o qué hacer para desintegrarse en ese preciso instante.

—Mira, mamá, papá, este es Gica —dijo ella arrastrando a sus padres hacia el salón, donde una estatua vibrante esperaba sin saber qué hacer con su vida.

—¡Ah, hola! ¡Gica, el compañero de Bárbara, ¿verdad?! —saludó la madre, una mujer menuda con una gran sonrisa, que se acercó a Gica para darle dos besos.

—Sí, le he traído para invitarle a comer, que había mucha comida y me sentía muy sola.

—¡Pues te puedes venir algún fin de semana con tus padres! —protestó mientras reía el padre de Bárbara, un hombre delgado y canoso con un gran bigote tapándole la boca—. Hola, hijo —saludó estrechando la mano de Gica—. Un placer.

Gica asintió con una sonrisa, que parecía ser todo aquello de lo que era capaz en aquel momento.

—Vives en Cádiz, ¿verdad? —preguntó la madre—. ¿Te quedas a cenar antes de ir al trabajo?

—No, mamá, le prometí que le llevaría al Nina —mintió Bárbara hábilmente—. Tiene que probar las pizzas de Nina antes de irse de vacaciones de Navidad o jamás se lo perdonaré.



—Oh, bueno, como quieras, hija.

—De hecho íbamos a ir tirando en cuanto acabáramos el colacao. Que le tengo que hacer la ruta turística todavía.

—Ay, esta juventud, siempre con prisas —protestó el padre de Bárbara entre risas—. Pues ya vendrás en otra ocasión, ¿verdad?

—Papá, que no es mi novio —rió Bárbara—. Sólo somos colegas. Tómate el colacao, anda.

Gica volvió a asentir con una risa nerviosa mientras engullía el colacao sin dejar que se detuviera en su camino hacia su estómago. Aquello se estaba volviendo cada vez más incómodo.

—Bueno, pues nada —protestó la madre de Bárbara—. Otra vez será.

—O no —resumió Bárbara con una sonrisa mientras arrastraba a Gica hacia la puerta.

## XIII

Gica abrió los ojos.

Estaba tumbado boca arriba en la arena fría y húmeda de una playa nocturna. Miró a su alrededor, pero sólo tenía el océano delante y el bosque a sus espaldas, con la colina y el viejo templo a su derecha.

Se concentró y vio que su cuerpo se elevaba unos centímetros por encima de la arena, pero tuvo que volver a concentrarse para no acabar en órbita.

Muy bien. Era oficial. Estaba en un sueño.

Ahora recordaba, además, que ese sueño era especialmente importante.

—Hemos decidido ponerte a prueba —le había dicho Daniel, donde ese plural debería, seguramente, ser un singular.

—¿Prueba de qué? —fue todo cuanto pudo preguntar Gica.

Bárbara estaba sentada con ellos a la mesa, pero se limitaba a sonreír mientras miraba a uno y a otro.

—Creo que va siendo hora de que te encargues tú solo de darle el empujoncito a alguien con problemas.

—Oh —respondió Gica, sin tener muy claro si eso era bueno o malo.

Gica avanzó en dirección al bosque, donde se suponía que debía estar la persona necesitada.

Se llamaba Sara, le explicó el doctor. Tenía 26 años y acababa de perder a su madre. Su padre murió siendo ella niña, y su madre se había dedicado a sobreprotegerla durante el resto de sus días. Pero ahora Sara estaba sola, asustada, y eso le causaba una gran ansiedad y depresión.

Era, sin duda, un caso que necesitaría ayuda profesional, médica, pero Sara no daría el primer paso si no lograban convencerla de que quería darlo.



Y ahí era donde entraba Gica.

Había visto a Bárbara hacerlo. No parecía difícil. La gente parecía tener la mente más abierta a los cambios cuando estaban soñando.

Esa fue una idea que le dio escalofríos, pero, después de todo, él sólo usaría sus poderes para hacer el bien.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que iba en pijama, y pensó que tal vez no sería la forma más adecuada de presentarse ante alguien cuya vida trataba de salvar. Así que se concentró y, de pronto, vestía un elegante traje.

—Qué guapo —pensó.

Pero, ¿por qué no ir un poco más allá?

Gica pensó que a la pobre Sara no le haría mal charlar con un tipo más guapo y apuesto de lo que era Gica, y un par de pequeños cambios serían más que suficientes...

Gica despertó, satisfecho, pero intranquilo.

Se sentó en la cama y miró el reloj. Aún no eran las cinco de la mañana, pero estaba eufórico, así que salió a la salita. Mari y Enrique charlaban de sus cosas cuando Gica entró dando voces.

—¡Lo he hecho! Creo...

—¿Le has dado el empujoncito a la muchacha? —preguntó Mari—. ¿Y ha funcionado?

—Creo que sí —respondió Gica—. Estaba en una cueva y la saqué de ahí. Creo que pronto sabemos si ha funcionado o si tengo que volver a intentarlo.

Desde la otra puerta, Bárbara hizo su entrada en la salita.

—¡Eh! —dijo saludando, algo adormilada.

—Hey, ¿qué pasa? —respondió Gica—. ¿Qué haces levantada?

—Me has despertado —contestó ella.

—Perdona.

—No, al despertarte. Me has sacado del sueño de Sara.

—¿Tú también estabas allí?

—Sí, sí. Pero sólo estaba vigilando para asegurarme de que todo iba bien.

—¿Y ha ido bien?

Bárbara asintió.

—Yo diría que sí.

—Os tendría que haber contado algo anoche —anunció el doctor, siendo muy poco tranquilizador—, pero no quería que os comierais la cabeza y eso afectara a vuestro sueño —añadió, siendo aún menos tranquilizador.

Cuando Gica y Bárbara se levantaron por segunda vez, ya poco antes de amanecer, el doctor estaba esperándoles con, aparentemente, malas noticias.

—¿Qué pasa, Daniel? —preguntó Bárbara.

—Malas noticias. El experimento ha sido cancelado.

Eso les pilló totalmente por sorpresa.

—¿Te refieres al experimento tapadera?

—Sí. Se ve que no está dando los resultados esperados en los otros grupos de estudio.

—¿“Tapadera”? —preguntó Gica.

—¿No se lo has explicado todo? —preguntó Bárbara, acusadora, al doctor.

Este parecía no tenerlo demasiado claro.

—Es posible que no se lo haya contado todo —dijo finalmente.

—Pues mira —dijo Gica—. Este es un buen momento.

—Bueno —comenzó a explicar el doctor—. El estudio sobre aprendizaje durante el sueño es real. Es un estudio llevado a cabo por dieciséis universidades de todo el mundo. Nosotros sólo nos sumamos al estudio para aprovecharlo como tapadera para realizar nuestras propias investigaciones y, bueno, para buscarte. Pero claro, hemos estado mandando informes no concluyentes de nuestras investigaciones. El problema es



que parece que todos los informes son iguales. Vamos, que realmente no se está consiguiendo ningún avance, así que se cancela el proyecto.

—Casi que me alegro —comentó Enrique—. No me entendáis mal, como trabajo no tengo queja, pero necesito recuperar un ritmo de vida normal.

—Entonces, si no tenemos acceso a esto —dijo Gica, señalando a su alrededor—, significa que...

—Exacto —dijo el doctor—. Eso dificultará nuestra labor.

—Bueno —contestó Gica—, me refería a que voy a tener que buscar un sitio para dormir.

El silencio se hizo con el control de la salita.

—Sí, bueno —admitió el doctor Arias—, eso también...

—Jo, tío, es una putada —comentaba Bárbara a Gica, apoyándole, mientras le acompañaba a la parada del autobús—. ¿Tienes idea de dónde vas a poder quedarte?

—Qué va —respondió él—. La verdad es que ni lo he pensado, ni he estado buscando nada durante el curso.

—Bueno, seguramente ahora en enero quede algo libre.

—Ya, pero a ver...

Siguieron caminando en silencio durante unos metros.

—Te invitaría a quedarte en mi casa —dijo Bárbara finalmente—. Pero no es plan, tío. Si viviera sola, a lo mejor.

—Ya, ya, tranquila, no te preocupes —dijo Gica—. Tus padres parecen majos, pero no quiero vivir con ellos —añadió riéndose.

Cuando llegaron a la parada de autobús, este parecía a punto de salir.

—Bueno, pues hasta esta noche, supongo —dijo Gica a modo de despedida.

—Ah, no, qué va. Yo esta noche no puedo ir —dijo Bárbara recordando de pronto.

—Ah, ¿y eso?

—Esta tarde salimos de viaje al pueblo de mi padre. Ya hasta después de las vacaciones.

—Ah, vale —dijo Gica—. Pues serán unas noches muy aburridas.

—Espero que sea así —respondió Bárbara con una sonrisa—. Odiaría perderme una buena aventura —añadió cerrándole la cremallera del abrigo a su amigo—. Bueno, pues que te lo pases muy bien —añadió dándole un abrazo y un beso en la mejilla—. Nos vemos el año que viene —añadió señalando con la cabeza la puerta del autobús que parecía estar a punto de salir.

Gica, con una cansada sonrisa, subió al autobús y pagó el billete antes de tomar asiento junto a una ventana. Pegó la frente al frío cristal de la ventana y vio que al otro lado Bárbara se despedía de él con la mano, esperando, seguramente, a la inminente partida del autobús.

Estuvieron más de dos minutos despidiéndose a través del vidrio.

Gica tuvo que admitir para sus adentros que su tía tenía razón. Y es que, aparte de que no le apetecía mucho aguantar a sus amigos, y mucho menos yendo borrachos perdidos como seguramente acababan más pronto que tarde, era el hecho de que quería ahorrar todo lo que pudiera, ya que aún no tenía piso más allá del que medio compartía con Diego y Álvaro. Y si estar con el par de primos no le apetecía esa noche, no tenía pinta de apetecerle lo que quedaba de corto.

Y no se pensaba gastar una media de diez mil pesetas en una noche de amargamiento cuando podía no gastar nada si último duro para pagarse el resto del vino.

—Pues es una pena, en verdad —comentaba la prima mayor de Gica, que con dos niños no tenía con qué para esa noche salvo, seguramente, cambiar algún pastel—. En la noche del milenio, Jorge, y te la vas a pasar durmiendo.





## XIV

—Pues me voy ya —anunció Andrés tras terminarse la copita de cava. Tanto él como todos sus primos estaban abandonado ya la fiesta familiar tras comer las uvas y se marchaban de fiesta. Sólo Gica y su hermana pequeña permanecían junto con padres, tíos y abuelos.

—¿Cómo es que no tienes planes para esta noche? —le preguntaron por decimocuarta vez esa noche. En esta ocasión fue una tía despidada.

—No tenía muchas ganas —respondió Gica por sexta vez, una vez se le acabaron las respuestas ingeniosas—. Mis amigos tienen planes que no me llamaban nada, así que nada, supongo que me acostaré temprano y no sé... mañana me tocará ver el concierto de año nuevo o algo...

—Bueno, haces muy bien —le dijo su tía—. Esas fiestas sólo sirven para gastarse un dineral y luego no pasarlo tan bien.

Gica tuvo que admitir para sus adentros que su tía tenía razón. Y es que, aparte de que no le apetecía mucho aguantar a sus amigos, y mucho menos yendo borrachos perdidos como seguramente acabarían más pronto que tarde, era el hecho de que quería ahorrar todo lo que pudiera, ya que aún no tenía piso más allá del que medio compartía con Diego y Álvaro. Y si estar con el par de primos no le apetecía esa noche, no tenía pinta de apetecerle lo que quedaba de curso.

Y no se pensaba gastar una media de diez mil pesetas en una noche de amargamiento cuando podía necesitar hasta el último duro para pagarse el resto del curso.

—Pues es una pena, en verdad —comentaba la prima mayor de Gica, que con dos niños no tenía otro plan para esa noche salvo, seguramente, cambiar algún pañal—. Es la noche del milenio, Jorge, ¿y te la vas a pasar durmiendo?



—Bueno, ya son las doce aquí, y los rusos no han empezado a tirar misiles, así que creo que mis previsiones de cara a celebrar otro fin de año de fiesta son más optimistas —respondió Gica con un ligero rastro de cinismo—. Sobreviviré.

Gica miró la hora, temiéndose que iba a ser el centro de todas las conversaciones que no le apetecía tener.

—Pues creo que me voy a ir a casa.

—¿Tú solo? —preguntó su madre—. ¿No te quedas un rato más?

—No. Me iré dando una vuelta, a ver cómo está el ambiente —dijo—. Me leeré algo en la cama calentito mientras mis amigos incuban gripazos.

—Muy bien, como quieras.

La noche era fría y húmeda como se espera que sea en el invierno en las ciudades costeras. El vaho salía de la boca y la nariz de Gica a cada aliento que expulsaba. La gente en la calle celebraba el cambio de siglo de distintas maneras. Algunos bebían en la calle, otros se dirigían a hacer rutas de pubs o bien iban a las macrofiestas de Nochevieja. A Gica no le apetecía nada más que dar un paseo hasta su casa, y luego ya vería.

Tenía que pensar qué haría ese año. No dejaba de darle vueltas, pero sabía que hasta que llegara a Cádiz no servía de nada. Tenía que buscar piso nada más llegar a la capital. Incluso si eso significaba perder clases.

Entonces se acordó de Iratxe. Sacó el teléfono móvil para enviarle un SMS para felicitarle el nuevo año, y fue entonces cuando vio que tenía uno en la bandeja de entrada.

Para su sorpresa, era de Mari.

“Feliz año. Creo que tengo solución para lo de tu piso. Llámame mañana. Besitos.”

Gica estaba descubriendo una oculta afición a la música clásica aquella mañana en la que se sentía triunfal mientras

imaginaba a sus amigos durmiendo borrachos, con la boca ácida, la cabeza hecha un amasijo de neuronas podridas y, tal y como daba por hecho, con un montón de virus haciéndose fuertes en sus debilitados organismos.

Parecía que el concierto en Viena y la idea de sus amigos sufriendo una agonía de mocos y fiebre era todo cuanto podía hacerle apartar sus pensamientos de la llamada de Mari. Le respondió al SMS diciéndole que le diera un toque cuando se levantara para que pudieran hablar y explicarle ese repentino milagro navideño.

Pero Mari debía seguir sumida en sus propios sueños, porque Gica seguía sin tener noticias de ella.

Recordó entonces que finalmente no le había enviado la felicitación de año nuevo a Iratxe, y pensó que mejor ese momento que otro, o al final se le juntaría con reyes y para eso mejor verla ya en clase.

Gica cogió su teléfono móvil y vio que tenía otro mensaje en la bandeja de entrada. Mientras pensaba que eso se estaba empezando a convertir en tradición, se sorprendió de estar tan metido en la música que salía de la tele que ni había escuchado el tono.

El SMS era de Bárbara.

“Feliz año nuevo, compi. Espero que este año se cumplan todos tus sueños ;)”

Gica estaba seguro de que esa alusión a sus sueños tenía, mínimo, un doble sentido.

Con una sonrisa, Gica se arrebujó en su manta y se acomodó en el sofá. Lo tenía todo para él solo y eso era una ocasión muy excepcional, y ese sofá era infinitamente más cómodo que el que Álvaro y Diego tenían en su piso.

La Marcha Radetzky le sorprendió en medio de su primer sueño.

Y sabía que estaba soñando. Desde el primer momento.



Estaba viajando en un barco velero que surcaba las nubes en un cálido viento veraniego.

Estaba solo. Solo en el mundo. Echaba de menos tener algo de compañía, pero entonces Bárbara apareció junto a él.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—¡Bárbara! Hola, no te esperaba.

Ella se limitó a sonreír.

—Ah, pensaba que... No eres tú, ¿verdad?

Bárbara no tenía modo de responder a eso. La imagen de Bárbara asintió, pero Gica sabía que no era ella.

—Bueno, algo es algo.

En ese momento, Gica despertó.

Su hermana se había tirado en el sofá aplastándole los pies.

—¡Dormilón! —le decía.

—Joder, Moco, qué susto me has dado.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella, inquisitiva.

—¿Algo de qué?

—A ti te pasa algo.

Gica sintió que iba a entrar en un bucle.

—¿Algo de qué?

—No sé, tío, te veo muy raro últimamente.

A Gica a veces se le olvidaba que su hermana ya tenía 13 años. Ya no era una niña y su mundo se iba expandiendo. Las cosas ajenas cada vez lo eran menos para ella, y puede que estuviera desarrollando una empatía que el mayor de sus hermanos nunca mostró hacia Gica.

—Es que soy muy raro —se limitó a contestar Gica con una sonrisa.

—Gica —dijo Moco con un tono más confidente—. ¿Qué tal te va en Cádiz? ¿Ya tienes novia o algo?

—¿¡Qué!?! ¡No!

Gica había vuelto a olvidar que su hermana era una adolescente.

—¿Ni un rollete ni nada? Qué soso. Yo pensaba que uno en la universidad estaba todo el tiempo ligando y de fiesta.

—Un día vamos a hablar tú y yo muy seriamente de las películas que ves, ¿eh?

—No es eso, imbécil —protestó Moco.

—Además, eres muy niña para pensar en esas cosas.

Gica optó por olvidar voluntariamente que su hermanita ya tenía 13 añazos.

—No, tío, vete a la mierda. Fijo que has ligado ya.

Gica miró tristemente a su hermana.

Ella supo en ese momento lo que pasaba por su cabeza, y abrazó tiernamente a su hermano.

Y no volvieron a hablar del tema.

A pesar del bajón de aquel momento, el humor de Gica empezó a elevarse cuando supo que al menos dos de sus amigos se habían levantado con mal cuerpo. Pero algo en las tripas le dijo que seguiría mejorando cuando, a medio día, el nombre de Mari apareció en la pantalla de su teléfono móvil mientras este empezaba a sonar.

—¡Feliz año, dormilón! —saludó Mari al otro lado de la línea.

—Hola, Mari —respondió Gica—. Feliz año, ¿qué tal?

—Ui, un desfase —rió Mari—. Eh, leíste lo que te dije anoche, ¿verdad?

—Sí, claro. Cuéntame.

—Bueno, pues resulta que este año nos queda un cuarto libre en mi piso. Lo he hablado con mi otra compañera, y, bueno, si te parece bien...

Gica no podía, así de primeras, encontrar un motivo por el que aquello no le fuera a parecer bien.

—Pues no pinta mal así de primeras.

—Te explico. Tenemos el piso cerca de la Plaza de España. Es muy apañadito, luminoso y chiquitito. Tres habitaciones. No fumas, así que por eso bien...



Mari empezó a soltarle los detalles mientras la sonrisa de Gica aumentaba y sus ojos se iluminaban. El año no podría estar empezando mejor.

Y de hecho siguió mejorando cuando se enteró a día 3, que cuatro de sus amigos habían enfermado durante la celebración del nuevo año. "11.000 pesetas para pagarse una gripe", pensaba Gica. "Hay que ser gilipollas".

El día de Reyes estuvo bien porque hubo regalos. Estuvo mal porque Gica seguramente dejaría todo lo que recibió en su casa familiar, salvo un pijama bien caliente y un par de libros.

El día de volver a Cádiz fue emocionante. Mari fue a buscarle a la estación de autobuses y juntos caminaron los escasos 150 metros que la separaban de su nuevo hogar.

—Hoy estamos solos —anunció Mari—. Eli, nuestra compañera, no llega hasta mañana. Y bueno, este es tu cuarto.

La nueva habitación de Gica era pequeña. Una cama individual, un minúsculo armario, una ventana, una pequeña mesa, estantería, silla y mesita de noche.

Austero y sencillo, era todo cuanto necesitaba.

—Parece un poco... monacal —comentó Mari—, pero bueno, no está mal, ¿verdad?

—Está muy bien.

—Sólo hay un baño, así que vamos a tener que discutir los pormenores. Cuando venga Eli ya podremos discutir horarios de limpieza y tal. Y... —. Mari hizo una pausa antes de continuar—. ¿Piensas traer a chicas a casa?

—No lo tenía pensado —respondió Gica encogiéndose de hombros—. ¿Hay algún problema con eso?

—En principio no —contestó Mari—, pero, por si acaso, mejor si nos avisas antes, ¿vale?

Gica asintió.

—¿Sabe algo Eli acerca de lo que estábamos haciendo en el laboratorio? —preguntó Gica—. Por si acaso, no quiero meter la pata...

—No, no, claro que no —respondió Mari—. No se lo podíamos contar a nadie, y tampoco somos tan amigas.

—Perfecto.

Eli llegó al día siguiente. No parecía tan simpática como Mari, pero Gica no le dio importancia. Parecía que la convivencia no iba a ser mala.

El nuevo piso era muy conveniente. Estaba cerca de todo lo que a Gica le interesaba tener a mano. Suponía que no era lo más barato que podría haber encontrado, pero tampoco podía quejarse. Mari se lo había encontrado y ella le caía muy bien, y no le apetecía nada convivir con perfectos desconocidos.

Y apenas se perdió de camino a la facultad el día de la vuelta a clase.

Cuando llegó a clase, Iratxe estaba charlando con unos compañeros, pero dejó lo que estaba haciendo para abrazar a Gica y darle dos besos y un fuerte abrazo.

—¡Pedazo de cabrón! —le decía—. ¿Qué tal estás? No sé nada de ti desde el año pasado.

—Sí, perdona. He estado a punto de mandarte un mensaje alguna vez... ¡Eh, espera! ¡Tú tampoco has hecho nada para ponerte en contacto conmigo!

—¡Hay que aprender a perdonar! —se defendió Iratxe mientras reía—. Estábamos hablando aquí de quedar un día a pegarle patadas a un balón. Tú jugabas al fútbol, ¿no?

—No. Bueno, pegarle patadas a un balón sí, pero ya sabes que soy muy nulo.

—Sí, ya decía yo que algo de eso me comentaste.

—¿Te apuntarías? —preguntó Marcos, uno de sus compañeros de clase—. Sólo para divertirnos y relajarnos después de la semana.

—Sí, claro —contestó Gica—. Puede estar bien.



El segundo tramo del curso empezó bien. Gica tenía la impresión de ser un estudiante común y corriente por primera vez desde que cruzara las puertas de la universidad. Cogía apuntes, tenía relación con varios de sus compañeros y a veces incluso salía. De Diego y Álvaro sabía lo justo. A veces coincidían en la calle o quedaban para verse un rato, pero no había mucha voluntad por ninguna de las partes de verse más a menudo. A veces preguntaban por Bárbara, pero Gica no era nada preciso al respecto.

De Bárbara precisamente recibió un SMS con lo que pudo decir que se trataba de una dirección de correo electrónico y un sucinto “escribeme algún día”, así que durante una hora libre se metió en la biblioteca y se sentó frente a uno de los viejos y muy currados ordenadores para tener una de sus primeras experiencias internáuticas.

Estuvo cerca de cinco minutos tratando de entrar en internet hasta que optó por preguntar a una alumna que pasaba por ahí cerca.

—Bueno, bueno —dijo para sí—. Ahora supongo que necesito una cuenta de correo...

Supuso que para eso podría entrar en la dirección que había detrás de la arroba. Eso sí lo sabía. Una vez ahí comenzó el proceso de hacerse una cuenta, que en principio parecía más fácil antes de ponerse a ello.

¿Para qué necesitaría nadie tantos datos?

—¿“Nombre de usuario”? Será la dirección... —susurró para sí mismo—. Mmm... Bueno, a lo fácil. “Gica@...”

Esperó unos segundos.

—¿“Nombre no disponible”? —se dijo a sí mismo—. ¿Quién coño iba a coger mi nombre?

Gica tardó un total de 20 minutos en hacerse una cuenta y que a la susodicha web le pareciera todo correcto.

—Bueno —susurró Gica—. Ya con esto puedo hacer de todo, ¿no...?

De pronto en la cabeza de Gica se abrió un universo de posibilidades, pero antes de nada tenía que escribirle a Bárbara.

Consultó su teléfono para mirar la dirección de correo electrónico de Bárbara y lo introdujo en la casilla correspondiente. Estuvo a punto de dejar en blanco la casilla de "Asunto", pero temía que eso significara volver a escribir todo desde el principio, cosa que, la verdad, no le apetecía lo más mínimo.

"Hola, Bárbara", empezó a escribir. "Recibí tu mensaje y quiero que sepas que tienes el honor de ser la receptora del primer cacharro de estos que envío. Abrirme la cuenta ha sido un pequeño infierno, pero supongo que cosas peores habrá en la vida."

Como saludo ya le parecía bien.

"¿Qué tal todo? ¿Sigues colándote en los sueños de la gente? Eso me recuerda que hace unas semanas soñé contigo. Pensé que eras tú de verdad, pero resultó ser sólo una proyección. No pasó nada cerdo, así que tranquila. ¿Y cómo te va lo demás? A ver si quedamos un día y nos vemos. Ya me escribirás cuando puedas."

A Gica no se le ocurría qué más escribir. A pesar de los intentos, nunca se le dio bien escribir cartas. Mucho menos enviarlas.

"Bueno, espero que todo te vaya bien. Un beso y hasta otra."

Gica"

—Sí —se dijo Gica—. Con eso bastará.

Tras darle a enviar, esperó unos minutos la respuesta de Bárbara. El tiempo que tardó en caer en que tal vez eso no funcionara así.





## XV

Gica era, por algún motivo, la única persona en la sala que no estaba bailando.

Seguramente se trataba de que no había música alguna que saliera de los enormes altavoces que pendían del techo y las paredes, o tal vez fuera, sencillamente, que no tenía ganas de bailar. Nunca.

O, bueno, ahora que lo pensaba, tal vez estuviera en un sueño.

—¡Gica! —escuchó que le llamaba una voz familiar.

Este se volvió y buscó con la vista a Bárbara, y la vio acercándose a él, esquivando a la gente que bailaba.

—¡Bárbara, hola! ¿Eres tú?

—Sí, soy yo, la de verdad.

—¿Dónde estás?

—¡Tío, estoy en Alcidia, durmiendo en mi cama! ¡No me puedo creer que haya llegado hasta aquí!

—Joder, yo ni de coña he llegado al sueño de alguien tan lejos! —contestó Gica con sincera admiración—. Vas a tener que ayudarme a hacerlo.

—Tío, yo practico mucho más que tú, así que aplícatelo.

—Así que eres una dormilona.

—Vete a la mierda, Gica. Por cierto, no contestaste a mi email.

—No me he conectado desde hace unos días.

—Bueno, pues quería quedar para tomar un gofre con chocolate contigo, pero como me haces el feo de no manifestarte, creo que te va a tocar invitar a ti. A no ser que tengas un plan mejor.

—No, la verdad es que no.

—¿En serio? Qué soso. Deberías estar llevando tías a tu pisito cada noche, cabrito, que para algo ya tienes cama—. Bárbara rió.



Gica se encogió de hombros.

—No hay ganas de llevar a nadie, la verdad.

—Ya veo —respondió Bárbara, cruzándose de brazos—.

Ven —añadió cogiéndole de la mano—. Te quiero llevar a un sitio.

Bárbara dio un tirón de la muñeca de Gica y de golpe se trasladaron a una extensión negra donde parecía no haber nada aparte de ellos dos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gica.

—Dímelo tú.

Gica pasó junto a Bárbara mientras avanzaba por la negrura, observándolo todo.

—¿Hemos estado aquí antes? —preguntó.

—Sí —respondió Bárbara—. No hace mucho.

—¿Y para qué hemos vuelto? —preguntó un Gica de catorce años.

—Para curarte.

—Bárbara —dijo él—. Esto... No quiero hacerlo.

—Ya lo sé —respondió ella—. Pero vas a tener que hacerlo en algún momento. Y quiero ayudarte. Lo necesitas.

Gica bajó la mirada, y la levantó de golpe cuando vio acercarse a Nuria.

—¿Qué historia tienes con ella? —preguntó Bárbara.

—Nuria fue mi primera novia —respondió Gica. Bárbara ya conocía esa parte de la historia, pero pensó que sería lo mejor para todos dejar hablar al muchacho—. Nos conocimos en el primer año en el instituto, y empezamos a salir enseguida.

La imagen de Nuria que se acercaba se detuvo y se arrojó en el suelo. Parecía estar examinando algo que evidentemente no estaba allí.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos años —respondió un Gica de dieciséis años, con la misma altura que tenía el que Bárbara ya conocía, y con bas-

tantes kilos menos, cuya voz empezaba a quebrarse—. Yo la quería, Bárbara, y ella me quería a mí.

Bárbara notó un nudo en la garganta, pero se lo tragó y siguió adelante. No podía dejar que la situación la quebrase. No a ella.

—¿Y qué pasó? —dijo ella, a pesar de sospechar cuál era la respuesta.

Gica se volvió mirando a Bárbara a los ojos. Él estaba llorando. Se encogió de hombros y miró al negro cielo. Sus ojos dejaban claro que la respuesta era tan evidente como dolorosa, y una triste sonrisa se formó en sus labios antes de separarse y dar una respuesta.

—Murió —dijo él.

A pesar de aquello no fue más que la confirmación de sus temores, Bárbara no supo en ese momento cómo continuar. Habría sido más fácil si Gica no supiera que estaba en un sueño.

—Yo la estaba esperando, pero ella no llegaba —dijo él—. No sabía por qué estaba tardando tanto. Estuve todo el rato pensando si le había podido decir algo que la hubiera molestado o cabreado. Seguramente porque le insistí tanto en quedar. Tenía muchas ganas de verla, y ella estaba cansada, pero yo insistí y... Si se hubiera quedado en casa en vez de salir... Llegué a casa un rato largo después, cabreado porque me dejó tirado. Pero...

Gica lloraba. Ahora tenía de nuevo dieciocho años y no era más que un llanto hecho carne, tirado en el suelo negro de aquella pesadilla.

—No fue tu culpa —dijo Bárbara.

—Eso es lo que me dicen todos desde entonces. Pero lo fue.

—¿Qué pasó?

—Cruzó un paso de peatones en rojo —dijo él—. Y... Bueno.



—Ya veo. Pero no fue tu culpa. No podías saber que le pasaría nada malo. Fue una desgracia, fue una mala suerte increíble. Pero fue un accidente, y no fue tu culpa.

—Podría haber quedado más tarde. Otro día.

—Y podría haber pasado cualquier otra cosa cualquier otro día, y lo mismo podría pasarle a ella o pasarte a ti.

—El mundo sería mejor si en vez de ella me hubiera ido yo.

—No mi mundo —respondió, tajante, Bárbara.

Gica se volvió y vio lágrimas luchando por huir de la furia que reflejaban los oscuros ojos de Bárbara.

—Si no me hubieras conocido, ni te habrías enterado. Tu vida sería tal y como es ahora. Mi vida no ha mejorado nada la de nadie. En cambio, Nuria...

—¡¡Vete a la mierda, Gica!! —gritó Bárbara—. ¡Claro que mi vida ha mejorado! ¡Tengo un amigo, un compañero, alguien con quien puedo compartir la única cosa en este puto mundo de mierda que me hace sentir viva y útil! ¡Y tú también eres útil! ¡Piensa en Sara, y en toda la gente que vas a empezar a ayudar a salir de su propia mierda personal!

Gica miró de nuevo a los ojos de Bárbara.

—¡Tú vas a ayudar a la gente a salir de su mierda, ¿te enteras?! ¡Y eso será incluso si yo te tengo que sacar a ti de la tuya!

Bárbara adelantó un paso y agarró a Gica por la pechera de la camiseta levantándolo del suelo con una fuerza sobrehumana.

—¡Levántate! —ordenó Bárbara con lágrimas en los ojos mientras le posaba en el suelo y le empujaba, haciéndole caer.

Gica intentó levantarse, pero Bárbara le volvió a agarrar primero, levantándolo por encima de su cabeza.

—No te atrevas a decir eso nunca más —dijo ella antes de lanzar a Gica por los aires, lejos de ella—. ¡¡Nunca más!!

Bárbara avanzó hacia un temeroso Gica que finalmente logró levantarse sobre sus pies, aunque permanecía encogi-

do, sin saber si huir o enfrentarse a Bárbara para ser severamente vapuleado.

Bárbara agarró la cara de Gica entre sus manos, y la acercó a la suya, tocando suavemente sus frentes. Las manos de Bárbara eran suaves y cálidas en las mejillas de Gica.

—Eres mi mejor amigo, pedazo de imbécil. Y esto me duele más que a ti. Pero si tengo que reventarte la cabeza para salvarte la vida, lo haré sin dudarlo. Porque ahí fuera hay vidas que necesitan ser salvadas. Que lo merecen. Pero antes tengo que salvarte a ti de tus propios demonios.

Gica temblaba, y no estaba seguro de por qué.

Cuando despertó, estaba temblando, hiperventilando y sudando, pero todo el ambiente era gélido. Sin embargo, se sentía extrañamente en paz.

Cuando su respiración se calmó y decidió que cubrirse con las mantas sería más sensato que quedarse destapado, cogió el teléfono de su mesita de noche y envió un mensaje a Bárbara.

“Gracias”, le decía. “No sé qué coño has hecho, pero me siento bien. No sé. Es raro. ¿Quedamos mañana?”

La respuesta de Bárbara no tardó ni un minuto en llegar.

“Claro. Invitas tú. Llámame cuando te levantes.”





## XVI

Gica llevaba cerca de diez minutos esperando cuando Bárbara entró por la puerta. Hacía semanas que no se veían, y no fue consciente hasta ese momento de las ganas que tenía de verla.

—¡Hola, idiota! —saludó ella con una sonrisa mientras se abrazaban.

—¿Qué? ¿Cómo estás? —dijo él—. Cuánto tiempo.

—Sí, tío. ¿Has pedido ya? —preguntó ella mientras se quitaba el abrigo y se sentaba.

—No, todavía no.

—¿Me pides un chocolate y un gofre con nata? —preguntó Bárbara—. Tengo que ir a hacer pipí —añadió en tono confidente.

—Sí, claro, claro, ve.

Bárbara entró en el servicio y se miró en el espejo. Se echó agua en la cara y se secó con una toallita de papel. Respiró hondo varias veces.

No tenía ni idea de qué le acababa de pasar.

Cerró los ojos y respiró hondo una vez más. Lentamente.

Abrió los ojos y se rió. Volvió a respirar hondo y miró con una sonrisa a su reflejo justo antes de salir del servicio.

Volvió a la mesa donde Gica le esperaba con una sonrisa.

—¿Ya has pedido?

—Sí. Chocolate y gofre con nata.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa—. Bueno, dime... ¿qué tal estás?

—Muy bien, muy bien —respondió él llevándose la mano al pecho—. Me noto... no sé. Más ligero.

Bárbara sonrió.

—Me alegro.

—Muchas gracias, Bárbara —dijo Gica—. Lo necesitaba. Joder, vaya si lo necesitaba.



—Fue bastante intenso —reconoció Bárbara—. Espero no haberme pasado.

—No, no, tranquila —dijo él—. No te voy a engañar. Me sigue doliendo recordar a Nuria, pero... No sé. Me has dado el empujón —añadió Gica con una triste sonrisa—. De verdad que lo necesitaba.

—Bueno —contestó Bárbara con una sonrisa—, ese es mi trabajo.

—Hablando de eso —dijo Gica—. ¿Sigues haciéndolo?

—Sí, cuando puedo. ¿Tú no?

—No sé —respondió Gica—. Solo no me atrevo.

—Bueno, con Sara lo hiciste muy bien.

—Sí, pero no sé... Debería intentarlo.

—Claro, ten cuidado. Sólo eso.

—Podríamos ir juntos —dijo Gica—. Puedes llegar hasta aquí soñando, ¿no?

—Sí, claro —dijo Bárbara—. Podríamos intentarlo alguna noche. Como en los viejos tiempos.

Ambos compartieron una sonrisa.

—¿Cómo está Mari? —preguntó Bárbara.

—Muy bien. Ah, me dijo que te mandaba recuerdos. Así que eso. Recuerdos de Mari.

—Qué maja es —dijo Bárbara—. Tengo que quedar con ella.

—Ahora está muy liada —dijo Gica—. Desde que se ha adaptado al nuevo horario se ha metido en mil proyectos, y además está buscando trabajo.

—Qué pena —dijo Bárbara, repentinamente melancólica—. Ojalá pudiéramos seguir en el laboratorio.

—Sí —admitió Gica—. El dinero no me venía mal.

—He estado hablando con Daniel sobre eso —dijo Bárbara—. Me preguntó si seguíamos dando empujoncitos.

—¿Tú sigues? —preguntó Gica—. Quiero decir, aparte de conmigo.

—Sí, a veces —respondió Bárbara—. No tanto, la verdad, pero sí. Algo de vez en cuando. Normalmente sólo viajo en-

tre sueños, o me pierdo en los míos, me dejo llevar... Pero a veces noto algo en alguna puerta, y tengo que entrar.

—Ya veo —dijo Gica—. Tendría que hacer algo yo también.

—Sí —dijo Bárbara tomando chocolate—. De hecho... me gustaría volver a meterme en tus sueños.

—¿Eh? ¿Por qué?

—No sé... Es para asegurarme de que todo va bien.

—¿Crees que no...? Bueno... ¿Que no terminaste de darme el empujón?

—Mm... No sé. Sólo para asegurarme. Nuestras cabezas no funcionan igual que las del resto de la gente. Supongo.

—Vale, pues cuando quieras —dijo Gica.

—¿Esta noche?

—Claro.

—Entonces tenemos una cita —dijo Bárbara con una sonrisa.

—¿Esta noche? —preguntó Gica.

—¿“Esta noche”? —repitió Bárbara—. Ya estamos en ello.

—¿Qué? —preguntó Gica, riendo, y mirando a su alrededor.

Debió haberse olido algo cuando se fijó en que el resto de la cafetería estaba lleno de robots tomando la merienda.

—Joder, sigue siendo la misma noche, ¿verdad? —dijo Gica.

—Sí. Perdona por usar ese truco rastrero contigo.

—Estaba convencido de... Hasta recuerdo haber llegado hace un rato y... Joder. Me lo he inventado todo, ¿verdad? —añadió soltando una risita.

—Sí, Gica, perdona, pero pensé que debía ponértelo lo más fácil que pudiera.

—Eres buena, Bárbara —dijo Gica—. Eres muy buena.

—Sí, gracias, lo sé —respondió ella guiñándole un ojo—. Pero si te sirve de consuelo, por un momento yo también olvidé que estábamos en un sueño.

—¿Por qué querías ponérmelo fácil? ¿El qué?



—Gica, esto es más jodido de lo que pensaba. Y puede ser peligroso, y necesito tu ayuda.

—Y ahora es cuando me asustas...

—No quiero asustarte, Gica —dijo Bárbara—. Pero es para asustarse. Hace un rato, cuando estábamos... Bueno, con lo de Nuria. Pues eso. Vi... algo.

—¿“Algo”?

—Una pesadilla.

—Sí, bueno, no es que fuera un sueño muy agradable, pero...

—No, Gica —interrumpió Bárbara—. Una *pesadilla*, una de esas mierdas amarillas. La vi por un momento. O creí verla. Dando una vuelta alrededor de tu cabeza, pero en ese momento estaba a unos pasos de ti y sólo fue un momento.

Gica se quedó helado en ese momento.

—¿Y qué crees que puede significar?

—No tengo ni idea —respondió Bárbara—. No lo he vuelto a ver, pero quería asegurarme de que esa cosa no sigue por ahí. Me preocupa que pudieras dejarlo dentro de la gente en la que te metas.

Gica en ese momento sólo podía pensar en un millón de preguntas que se confundían entre sí.

—Tú sabes más de esas cosas, ¿no?

—Daniel había escuchado antes hablar de ellas —contestó Bárbara—. Pero no te puedo contar más.

—¿A quién? —preguntó Gica—. Pensaba que no conocía a nadie más que a nosotros que pudiera entrar en los sueños ajenos.

Bárbara apartó la mirada.

—Prefiero no decírtelo.

—Bárbara...

—No es gente como nosotros. Son... Bueno, han sido varias personas, pero...

Gica esperaba que Bárbara siguiera hablando y dijera algo coherente.

—Es gente que no pertenece ya a este mundo.

Gica se apoyó en el respaldo de su silla.

—¿Quieres decir...?

—¿Tú qué crees?

Gica no supo contestar.

—Antes de conocerte y saber que podemos hacer lo que hacemos, la verdad es que creo que habría sido muy escéptico al respecto —respondió Gica—. Pero creo que ahora estoy más abierto a creer según qué cosas.

Bárbara sonrió.

—Bueno —dijo—. Todo lo que te puedo decir es poca cosa. Daniel lo ha estado investigando junto con otros de sus compañeros y no han sacado nada en claro, pero teorizan con que sean manifestaciones de pulsiones reprimidas que toman forma y, de alguna manera, hacen a la gente actuar de formas... peligrosas.

—Ya veo —dijo Gica, tratando de poner orden a sus ideas. Tenía la sensación de estar perdiéndose en el sueño. Si perdía el control, nada de lo que pasara a partir de ese momento dejaría de tener sentido, y seguramente olvidaría la mayor parte.

—Gica —dijo Bárbara, agarrándole la cara con las manos—. Concéntrate, ¿vale?

—Sí, sí, perdona —respondió él agarrándose a las muñecas de su amiga.

Gica respiró hondo, lentamente.

—¿Qué clase de compañeros? —preguntó Gica.

—¿Qué? —preguntó Bárbara.

—Los compañeros de Daniel. ¿Compañeros psicólogos, compañeros profesores o compañeros investigadores de cosas raras?

Bárbara sonrió al ver que Gica volvía a tomar el control de sí mismo.

—Compañeros investigadores de cosas raras.

Gica sonrió.



—Me lo imaginaba.

Bárbara sonrió otra vez.

—Vamos a tener que luchar contra esto juntos —dijo—. ¿Te animas?

—Claro que sí.

## XVII

Gica se despertó a las siete de la mañana.

Querría haberse quedado con Bárbara para poder seguir hablando del tema de las pelotas amarillas y cómo iban a hacer para buscarlas y sacralas de su cabeza, pero ambos tenían responsabilidades en el mundo real y tampoco podían pasar todo el día en la cama.

Se cayó sobre el colchón antes de despertarse. Se puso los calcetines y la bata abrió la persiana mientras Bárbara entraba por la puerta.

## PESADILLA

—¡Gica que...! —ella agarrándole del puño de la bata—. ¡No te echas atrás ahora!

Bárbara sacó a Gica de la imagen de su cuarto para aparecer de pronto en medio de un yermo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gica.

—¡En la jodida nada! —respondió ella—. ¡Espero que así al menos te quedes quieto a mi lado el tiempo suficiente!

Bárbara empujó a Gica y la vez que ella misma retrocedía un paso y le volvía la espalda.

—Perdona —se disculpó Gica—. Supongo que estoy menos seguro de esto de lo que pensaba.

Gica miró a su alrededor. Era de día y, aparentemente, hacía calor. Él seguía con bata y pijama.

—¿Cómo me has traído aquí?

—Lo he creado para ti —respondió ella—. Si tienes pensamiento de irte, quiero ponértelo lo más complicado posible.

—No hay puertas —dijo él—, pero podría crear una en cualquier momento.

—Hazlo y no estaremos en esto juntos —respondió ella—. Tendré que hacerlo yo sola. Pero no quiero hacerlo sola. Puede ser peligroso intentarlo sin ti —añadió mirando a



—Me lo imaginaba— dijo cuando se levantó.

Bárbara sonrió de la vez.

—Vámonos a tener que luchar contra esto juntos—dijo—. ¿Te animas?

—Claro que sí— dijo.

## PESADILLA

## XVII

Gica se despertó a las siete de la mañana.

Querría haberse quedado con Bárbara para poder seguir hablando del tema de las pelotas amarillas y cómo iban a hacer para buscarlas y sacarlas de su cabeza, pero ambos tenían responsabilidades en el mundo real y tampoco podían pasar todo el día en la cama.

Se estiró sobre el colchón antes de destaparse. Se puso los calcetines y la bata abrió la persiana mientras Bárbara entraba por la puerta de su cuarto.

—¡Creía que querías hacer esto! —protestaba ella agarrándole del puño de la bata—. ¡No te echas atrás ahora!

Bárbara sacó a Gica de la imagen de su cuarto para aparecer de pronto en medio de un yermo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gica.

—¡En la jodida nada! —respondió ella—. ¡Espero que así al menos te quedes quieto a mi lado el tiempo suficiente!

Bárbara empujó a Gica a la vez que ella misma retrocedía un paso y le volvía la espalda.

—Perdona —se disculpó Gica—. Supongo que estoy menos seguro de esto de lo que pensaba.

Gica miró a su alrededor. Era de día y, aparentemente, hacía calor. Él seguía con bata y pijama.

—¿Cómo me has traído aquí?

—Lo he creado para ti —respondió ella—. Si tienes pensamiento de irte, quiero ponértelo lo más complicado posible.

—No hay puertas —dijo él—, pero podría crear una en cualquier momento.

—Hazlo y no estaremos en esto juntos —respondió ella—. Tendré que hacerlo yo sola. Pero no quiero hacerlo sola. Puede ser peligroso intentarlo sin ti —añadió mirando a



Gica a los ojos—. Puede que hasta lo sea si lo hacemos juntos.

—¿Crees que esa cosa amarilla se te pueda pegar a ti?

Bárbara se encogió de hombros.

—Por ejemplo.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Gica—. ¿Cómo lo hiciste tú?

—Tuve que convencerme de mil maneras que tenía que hacerlo. Y convencerme de que lo estaba haciendo. Esa cosa tratará de engañarnos, Gica, pero tenemos que ser más listos.

—Todo esto suena muy chungo.

—Porque lo es —respondió Bárbara—. Seguramente más de lo que suena.

—Me estás empezando a asustar de verdad.

—Mejor. Te quiero centrado.

—Centrado.

—¿Sí?

—Vale —respondió Gica—. Lo intentaré.

Bárbara y Gica se miraron en silencio durante unos segundos.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó él.

—Supongo que tendremos que ir a buscar esa mierda.

—¿Dónde? —preguntó Gica.

Bárbara extendió sus brazos señalando los distintos puntos del horizonte.

—Tenemos donde elegir.

Sin decir nada más, Bárbara agarró la mano de Gica y de pronto estaban subiendo unas oscuras y sórdidas escaleras de un decadente edificio.

—¿A dónde vamos? —preguntó Gica.

—Arriba.

—¿Por qué?

—No sé —respondió ella—. Sólo me estoy dejando llevar.

—¿No tenías un plan?

—Sí, y mi plan de momento es dejarme llevar.

—¿Por qué?

—Si tus pesadillas andan por ahí, quiero darles una oportunidad de manejar la situación —respondió ella, intranquilizando a Gica—. Puede que así las veamos antes.

—No me parece una muy buena idea.

—Si tienes otra mejor, te escucho.

Gica no tenía otra mejor.

—¿Tienes idea de qué sitio es ese? —preguntó Bárbara.

—No —respondió Gica—. Parece un decorado de una película chungu.

—Eso era lo último que necesitaba escuchar.

Gica no tuvo nada mejor que hacer en ese momento que mirar por el hueco de la escalera hacia abajo.

—Bárbara.

—Dime.

—¿Es verdad eso de que si te mueres en un sueño, por ejemplo, cayendo de una altura muy grande, te mueres de verdad?

Bárbara miró a Gica como si estuviese mirando a un perro cantando bulerías.

—No creo que eso tenga sentido alg... Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

Junto a ellos pasó, bajando las escaleras, un chucho callejero cantando lo que Bárbara entendía que eran bulerías.

—¿Eso? —preguntó Gica señalando al perro.

—Ten cuidado con lo que piensas, ¿vale? La cosa está muy sensible por aquí.

Gica rió.

—Vale.

—¿Preguntas eso de morirse porque estamos muy alto?

—Muchísimo. ¿Lo has visto?

—No, pero te creo. No quiero mirar. Me da vértigo. Y odio soñar con escaleras. Nunca me llevan a ningún sitio.



—Siempre que sueño que tengo que ir a algún sitio —dijo Gica—, nunca llego. Si acaso me alejo más. Y siempre, siempre tengo prisa.

—¿Te agobias? —preguntó Bárbara.

—Sí.

—¿Por eso siempre tratas de llegar temprano a los sitios?

—Puede ser.

Bárbara se detuvo tras oír la respuesta de Gica.

—Estoy harta de subir escaleras —dijo—. Está claro que no vamos a llegar a ninguna parte.

—¿Y qué hacemos? No hay puertas.

Bárbara se asomó al hueco de la escalera, con exceso de cuidado.

—No sé —dijo ella—. Podemos sentarnos y esperar a que pase algo —dijo mientras tomaba asiento en un peldaño.

—¿Y de qué hablamos?

—No sé, tío —respondió Bárbara—. Háblame de ti. ¿Cómo te sientes?

—¿Eh?

—Desde que hablamos de Nuria el otro día.

—¿El otro día? ¿No ha sido hace un rato?

—Oh, mierda —respondió Bárbara—. Me estoy perdiendo.

—Vamos a tener que centrarnos, porque yo tampoco estoy muy seguro.

—Bueno, lo que sea —zanjó Bárbara—. ¿Cómo te sientes? ¿Mejor?

—Sí, creo que sí —respondió Gica—. No sé, vamos. Sigo estando... Notando esa pena dentro.

—Bueno, pero eso es normal, Gica —dijo ella—. Lo importante es que te decidas a dar un paso adelante y pedir ayuda si la necesitas.

—¿Y tú me quieres ayudar?

—Claro que sí, tío —dijo Bárbara posando su mano sobre el hombro de Gica—. Eres mi amigo.

Gica respiró hondo y miró a algún punto hacia arriba, por el hueco de la escalera.

—Todavía guardo sus cartas —dijo él.

—Bueno, eso es normal...

—No, a ver —dijo Gica—. Las cartas que le escribía. Después de que muriera.

—Oh.

—Sí.

—Bueno —dijo Bárbara—. Tampoco es raro. Que las guardes, que las escribas... No sé, la verdad —dijo finalmente.

Bárbara se quedó en silencio, meditando sobre las palabras de ambos.

—Yo nunca he pasado por eso —dijo finalmente—. Supongo que no puedo ni imaginar lo que sería. No quiero pasar por ello y, la verdad, entiendo que tú no quieras arriesgarte a que te vuelva a pasar.

Gica miraba a Bárbara en silencio.

—Sabes que es así —dijo ella, anticipándose a cualquier cosa que pudiera decir Gica—. No sé qué habría pasado entre tú e Iratxe si ella hubiera estado soltera y tú le hubieras molido, pero sí sé que te he propuesto acostarnos juntos y que te he dejado de caer que podríamos tener sexo sin compromiso y no es que me hayas rechazado, es que has rechazado la sola idea de arrimarte a mí o a otra persona. Y por eso creo que sigues pensando en Iratxe, porque sabes que con ella no vas a tener ocasión de tener nada.

Gica estaba muy sorprendido.

—¿Que me has dejado de caer qué?

Bárbara abrió mucho los ojos de golpe.

—No me hagas ni caso —dijo ella—. Me estoy empezando a perder un poco.

—¿En serio querías echar un polvo?

—¡Gica! ¡No quería echar un polvo! —respondió ella—. Sólo... Tanteaba el terreno.



—Vaya —dijo él—. Me halagas.

—Ya, claro —dijo ella—. Pues si te estás empezando a pensar cosas raras, que sepas que no estaba segura de si yo quería, pero ahora desde luego que no.

—Bueno, joder, tampoco te cabrees...

Durante unos segundos se quedaron sentados, mirando a direcciones opuestas, tratando de pensar en otra cosa.

—Pero tú sí querías —dijo Bárbara finalmente—. Y no lo niegues.

—¿Qué?

—Lo que oyes —respondió ella—. Por más que trates de ir de mártir célibe y toda esa mierda, en verdad me tenías ganas.

Gica estaba más asustado que sorprendido.

—Lo he visto —dijo ella—. En tus sueños.

Bárbara escondió la mitad de su rostro tras sus brazos cruzados.

—Y... no sé, tío. Sé que era un sueño y quiero pensar que no estabas controlándolo, o que no eras ni consciente, no sé. Pero... Hmm...

Gica no sabía si preguntar.

—¿Qué?

—Bueno... La yo del sueño...

—Perdona —dijo él—. No controlaba, no, pero sí que lo recuerdo. Sólo estaba soñando. De verdad.

—Ya, ya —dijo Bárbara evitando la mirada de Gica—. Pero esa era yo de verdad. Y, para ser sinceros... no pasó nada que yo no quisiera.

Gica miraba a Bárbara de reojo. Bárbara no miraba a Gica en absoluto.

—Todo esto es muy raro —dijo él finalmente—. Y muy incómodo...

—Lo único raro es que folláramos en sueños cuando eres incapaz de volver a relacionarte íntimamente con nadie en el mundo real —dijo Bárbara—. Y no me refiero sólo a relaciones

íntimas. Sé que no tienes una verdadera relación de amistad ni con tus antiguos compañeros de piso ni con nadie de Algeciras. Me atrevería a decir que ni con tus hermanos.

Gica escuchaba en silencio, con la vista fijada en un tramo de escaleras más abajo.

—Tienes miedo de la gente —siguió Bárbara—. Miedo de querer a nadie. De... implicarte con nadie. Porque tienes miedo de volver a perder a alguien y no poder superarlo. Ser incapaz de sobrevivir a otra pérdida.

Bárbara giró sus ojos hacia Gica. Él seguía con la vista perdida.

—Y sé que no eres mala persona. Te gusta ayudar a la gente. Pero, y sé que suena a tópico, pero no vas a poder seguir ayudando a nadie durante más tiempo si no eres capaz de ayudarte a ti mismo. O al menos dejar que yo te ayude.

Gica seguía en silencio.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó—. ¿Cómo encontramos a esa pesadilla?

—Si te sirve de algo —respondió Bárbara—. Tienes una de esas mierdas amarillas rondándote la cabeza.





## XVIII

—¿Está ahí? —preguntó Gica, poniéndose en pie de un salto—. ¿En serio? No puedo verla.

—Sí, pero tranquilo. Vamos a poder con ella.

—¿Pero cómo? ¡Bárbara! ¡Me estoy empezando a poner nervioso!

—Tranquilo, Gica —dijo ella extendiendo la mano y tomando la de su amigo—. Concéntrate, no pierdas el control y ten una cosa en mente: aquí mandamos nosotros.

—¿Y qué propones? —dijo Gica mirando a un lado y a otro.

Bárbara agarró a Gica de la otra muñeca y le clavó la mirada en los ojos con una sonrisa que no auguraba nada tranquilo.

—Que te prepares para lo que sea.

El mundo a los pies de Bárbara y Gica voló hacia abajo lejos de ellos mientras se abrían al enorme cielo amarillo que resultó ser un mar de arena en el que finalmente posaron los pies.

—Joder! —exclamó Gica—. ¿Y ahora qué? —añadió agitando sus manos alrededor de su cabeza—. ¿Siguen ahí?

—Sí, Gica. Pero tranquilo. Vamos a quitarte esa mierda.

—¿Cómo?

—Háblame de Nuria, rápido.

—¿Qué?

—Sí, tío. He notado cómo esas cosas han vibrado un poco con sólo mencionarla.

—¿Y eso es algo bueno o qué? —preguntó Gica girando la cabeza frenéticamente.

—Claro, tío, porque es ella y su recuerdo lo que mantiene a esas cosas pegadas a tu cabeza sorbiéndote el seso y haciendo a saber qué coño más.



Gica se detuvo. Dos segundos antes de volver a intentar sacudirse las pesadillas como si fueran bichos.

—Háblame de Nuria —obligó Bárbara, apretando las muñecas de Gica—. Háblame de ella, pero de las cosas buenas.

—Bueno... Nos conocimos en el instituto —respondió Gica nervioso—. Ella era la más lista de la clase, la más todo, joder, era una gran compañera y para mí era la cosa más bonita que había visto en la vida.

—Sigue, Gica. ¿Qué más?

—Bueno... Una mañana salí con mis amigos a las recreativas y me la encontré. Estaba jugando al *Golden Axe* y al verme me pidió que hiciera equipo con ella. No duré ni dos minutos, pero... pero fueron los mejores minutos de mi vida hasta entonces.

—Vale, muy bonito, sigue.

—Pues a ver... Después de eso me preguntó si siempre iba los domingos a echar unas monedas y le dije que sí. Me contó que ella había ido a comer con sus padres y unos amigos de ellos y se había acercado a jugar una partida porque se aburría, pero me dijo que si quería, podíamos vernos la semana siguiente. Yo entonces no me di cuenta de que me estaba pidiendo salir, y, según me dijo, ella tampoco.

Gica empezaba a llorar, pero aún así, sonreía. Bárbara notaba un nudo en el pecho.

—Sigue.

—Durante la semana siguiente, antes de quedar, empezamos a hablar más, a pasar juntos tiempo en el recreo... La primera vez que nos besamos fue en las gradas del campo de baloncesto, ese jueves, durante una hora libre que teníamos. Estábamos hablando y ella, de pronto, lo hizo. Me dijo que le apetecía mucho desde hacía meses, y que tenía que hacerlo en ese momento o explotaría—. Gica rió—. Fue el primero de muchos. Pero hace tanto tiempo ya...

—Sigue, Gica —pidió Bárbara, tensa—. Cuéntame más.

—Ella y yo teníamos mucho en común. Nos gustaban los mismos libros, las mismas pelis, los mismos juegos... Nos pasábamos música. Joder, antes escuchaba mucha música, desde que ella ya no está...

—¿Qué música? Dime algo que te recomendara ella.

—Le gustaban mucho los grupos antiguos de rock. Su grupo favorito era Deep Purple. Yo ni los había escuchado nunca. Bueno, en verdad sí, pero no sabía que fueran ellos, ya sabes...

—¿Qué pelis visteis juntos? ¿La llevabas mucho al cine?

—Sí, siempre nos gustaba ir al cine. Íbamos todas las semanas. Y si la peli era una mierda o ya la habíamos visto, nos enrollábamos —respondió Gica con una sonrisa.

Bárbara aflojó inconscientemente la presa que ejercía sobre las muñecas de Gica.

—Ese verano iba mucho a su casa con nuestros amigos. Tenía una piscinita y le encantaba tenernos ahí. A mí sobre todo. Una vez que no estaban sus padres me llevó a su cuarto y, bueno. Ya te puedes imaginar —. Gica sonrió apartando la mirada—. Fue horrible. Los dos estábamos cagados más que nada, y sin mucha idea de qué estábamos haciendo mal y qué estábamos haciendo bien, pero igualmente lo pasamos bien. Los dos estábamos deseándolo, y nos queríamos, estábamos enamorados...

—Aún la quieres, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Normal, Gica. Y eso es bueno. Eso está bien, y tienes que mantener su memoria fresca en tu mente. Pero no puedes seguir ahí. Y mucho menos torturarte por lo que pasó. Necesitas seguir adelante, no porque vayas a pasar solo toda tu vida. Porque no puedes negarte a tener una vida, porque, tarde o temprano, culparás a Nuria.

Gica respiró hondo, incapaz de retener las lágrimas.

Bárbara le abrazó fuertemente.



—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—. Creo.

—Esa cosa amarilla... No la veo más.

—¿Se ha ido?

—No lo creo —respondió Bárbara—. Está cerca. Lo presiento. En cualquier momento vendrá a atacar. Y quiero que estés preparado.

—¿“Atacar”? —preguntó Gica.

—No le hagas caso —escuchó Gica a una voz familiar.

—Oh, mierda, no —dijo Bárbara.

Se volvió lentamente y, tras ella, vio a una muchacha a la que nunca había visto antes. Tenía unos 16 años, pelo oscuro y ojos castaños. Su mirada era inteligente y desafiante.

—Gica —dijo Bárbara agarrando a su amigo de la pechera—. No es ella. No es Nuria.

—Nuria —dijo, totalmente fuera de sí, Gica.

—¡Te he dicho que no es ella! —gritó Bárbara agarrándose al pecho de su amigo, abrazándole con toda la fuerza que pudo imaginar para mantenerle quieto en su sitio.

—¡No la escuches, Gica! ¡Claro que soy yo!

—Sólo es una pesadilla, Gica —insistía Bárbara mientras su amigo intentaba alcanzar a la imagen de su novia, extendiendo su mano y tratando de avanzar.

—¡Bárbara, suéltame!

—¡¡Gica, joder, que no es ella!!

—¡Claro que soy yo! —dijo la imagen de Nuria—. ¿Quién voy a ser si no? ¡No la escuches! ¡Hazla callar! ¡Escúchame a mí!

—Pero...

Gica extendió la mano, y la imagen de Nuria hizo lo mismo.

Las puntas de sus dedos se tocaron, y se tomaron de las manos, entrelazando sus dedos.

—¡Gica! —gritaba Bárbara—. ¡Esa de ahí no es Nuria! ¡No puede ser ella! ¡¿Me escuchas?!

—Ya lo sé, Bárbara —dijo Gica—. Pero me gustaba pensar que sí.

Antes de que Bárbara pudiera darse cuenta, un montículo de arena surgió del suelo, rodeando a la imagen de Nuria por completo, salvo por la mano que seguía aferrando Gica.

Este apartó la mirada, cerró los ojos y soltó la mano, que seguía buscándole a ciegas cuando más arena la cubrió. El montículo se elevó conteniendo su carga, y se esfumó como si nunca hubiera existido.

Barbara seguía abrazada a Gica, mirando la nada donde segundos antes estaba la pesadilla, tratando de robar a su amigo.

—Vaya —dijo ella, casi sin aliento—. Eso ha estado muy bien.

Se volvió para mirar a su amigo. Estaba llorando. Pero tenía una leve sonrisa en los labios.

—Enhorabuena —dijo ella, soltándole lentamente—. Ya eres un cazador de sueños.

Gica miró los cansados y felices ojos de su amiga durante tres segundos, antes de que esta desapareciera.

Agotado, cayó de rodillas. Golpeó el suelo con el pecho, cerró los ojos, y todo el universo desapareció.





## XIX

Bárbara despertó. Estaba tan agotada que no podía dormir más. No, un momento. No podía estar más despierta y descansada. Miró el reloj en su mesita de noche. No eran ni las cinco de la mañana.

Sacó el cuaderno del cajón y empezó a anotar con letra rápida y temblorosa, a la luz de la lámpara de la mesita de noche, todo lo que había pasado esa noche.

Se preguntó si sería demasiado temprano para llamar a Gica, así que se limitó a mandarle un mensaje.

“Eh, ¿qué tal estás? ¿Despierto? ¿Todo bien?”

Una vez enviado el mensaje, se planteó levantarse ya, porque, total, ya no tenía nada de sueño. Pero decidió concederse cinco minutos más bajo las mantas antes de tomar una decisión demasiado apresurada.

Para entonces había vuelto a quedarse dormida.

Mientras, Gica estaba solo.

Había decidido que siempre estaría solo. Era la mejor forma de evitar el dolor, el sufrimiento. Así que decidió retirarse del mundo. Viajó a lo largo y ancho del globo hasta encontrar su retiro perfecto. Cuando entró al monasterio, los monjes le recibieron con los brazos abiertos. Ahí siempre recibían con los brazos abiertos a todo aquel que buscara alejarse del dolor y el sufrimiento que les causaba el mundo moderno.

A partir de ahora, los monjes se ocuparían de su bienestar, y él no debería preocuparse de nada más.

Le indicaron el camino a su retiro del mundo. Y Gica les siguió en silencio, con un hueco frío en el lugar en el que hacía siglos tenía un corazón.



Finalmente llegaron a la gruta. Un agujero excavado en la pared de roca. Debía entrar, subir los escalones, y tomar asiento allí arriba. Cerrar los ojos y olvidarse de todo. Desde ese momento, los monjes le mantendrían caliente, limpio y alimentado. Y él no debía hacer nada más que cerrar los ojos, respirar, y olvidar.

En la más profunda paz, con su mente orbitando su cuerpo, Gica pudo, poco a poco, abandonar el dolor que le consumía en el pasado, mientras en la fresca caverna dormitaba y respiraba mientras unos tímidos rastros de vegetación crecían sobre su cuerpo medio inerte cuajado de serenidad.

Y todo fue bien durante los primeros 218 años. Pero entonces, por primera vez, alguien entró sin ser invitado. Alguien que olía mejor que esos monjes. La luz hirió los ojos de Gica, y apenas pudo recordar la cara que le sonreía y la voz que le saludaba.

—Vamos, cariño —le decía—, ya es hora de que salgas de ahí.

A la mañana siguiente, Gica entraba en clase sonriente. Nadie podía entender por qué, y él mucho menos aún.

Pero estaba tranquilo. Notaba que se había sacado de dentro un peso que no era consiente de cargar. Por eso sus compañeros le miraron raro cuando entró en clase, erguido y dando pasos largos, saludando alegremente a sus amigos.

Pero le miraban muy raro.

—¿Qué pasa? —preguntó Gica, tanteándose la bragueta disimuladamente—. ¿Tengo algo?

—Algo tienes —respondió Iratxe, entrecerrando los ojos.

—Este ha follado —comentó Susana, una de los compañeros y nuevos amigos de Gica.

—Ah, será eso —concedió Iratxe, guiñándole un ojo a Gica—. ¿Qué tal está Bárbara?

—Está muy bien —respondió Gica, sentándose, tratando de ignorar el tono jocoso de su amiga—. Al menos anoche lo estaba.

—Oh, así que dormisteis juntos, ¿no?

—Sí —respondió Gica—. Podría decirse —añadió riendo.

—Bueno, bueno, bueno... —dijo Iratxe mientras su amigo se sentaba a su lado—. ¿Va en serio o qué?

—No, Iratxe, sólo somos amigos.

—Vale, vale —contestó Iratxe mientras entraba el profesor—. Pero amigos con derecho —terminó.

A Gica no le interesaba demasiado el fútbol. A pesar del origen de su apodo, ni le gustaba jugar ni, mucho menos, verlo.

Pero la posibilidad de quedar con sus compañeros de clase para pegarle patadas a una pelota colándose clandestinamente en un instituto no parecía tan mala idea.

—¡Gica, atento, que no llegas! —le reprendía Damián, uno de sus compañeros, sin que Gica tuviera muy claro a qué se refería.

—¡Perdona! —se disculpó Gica, sin tener muy claro por qué tendría que llegar a cualquier lado.

No, quedar con sus amigos a jugar al fútbol podía ser divertido. Una paliza, sí. Y una demostración pública de sus más que nulas dotes atléticas, sin dudarlo. Pero se divertiría.

Y sobre todo acababa tan destrozado que tras una ducha y una cenita, cogía la cama y no se levantaba hasta las tantas.

Le apetecía más sumergirse en sus sueños que salir de fiesta, aunque tal vez para el sábado podría ser persuadido para salir a tomarse unas cañas. Pero esa noche no. Estaba demasiado agotado.

Además, esperaba tener suerte y poder ver a Bárbara. No se habían vuelto a ver desde que se liberara de la pesadilla, aunque intercambiaron algunos mensajes y todo parecía ir bien.



En parte quería volver a verla y en parte no. No estaba seguro de cómo reaccionarían tras la conversación que mantuvieron en aquellas sórdidas escaleras sin fin.

Gica no había intentado llegar hasta los sueños de Bárbara, pero no tenía ni idea de cómo podría hacer para llegar tan lejos como ella. Y ella, hasta ese momento, no se había dejado de caer por los de él.

Solía entrar, eso sí, en los sueños de Eli, su otra compañera de piso, a cotillear un poco. Esa chica siempre parecía tensa, y encontró dentro de su psique que la solución sería dejar la carrera y dedicarse a la interpretación, que era lo que realmente le apasionaba. Gica había investigado y sabía que la universidad daba un taller de teatro clásico, así que decidió esperar a que acabaran los exámenes de febrero para sembrar esa loca idea en su cabecita.

Estuvo también un par de noches tonteando en sueños con una vecina del bloque, una mujer soltera de unos 30 años, pero dejó de hacerlo cuando ella empezó a saludarle de otra forma en la escalera. Convenció a un vecino adolescente de que dejara el tabaco y le dijera a una amiga lo que sentía por ella, y convenció a una vecina anciana de que fuera al médico a mirarse ese bulto que tenía en la espalda, que lo mismo era algo que no era nada, pero que en cualquier caso lo peor era no saberlo.

En general estaba haciendo las cosas bien, o eso pensaba. Bárbara parecía de acuerdo con eso, según le contaba cuando hablaban por teléfono o se intercambiaban mensajes.

Y físicamente también se sentía mejor. No tenía ni idea de lo hecho mierda que estaba hasta que empezó a caminar más, comer mejor y correr de un lado a otro persiguiendo una pelota que casi nunca llegaba a tocar.

Respecto a la comida, Mari y Eli decidieron ponerse serios con él en ese aspecto. Solían cocinar cuando tenían tiempo, en grandes cantidades, y siempre tenían la nevera llena de

tuppers. Y no sólo comía mejor, sino que sus compañeras le obligaron a aprender a cocinar también y colaborar en dicha tarea, en lugar de comprar tanta comida precocinada. Así que tuvo que aprender una cosa nueva que hacer en su vida. Y aunque al principio no tuvo tanta suerte, con el paso de las semanas logró hacer platos de los que sus compañeras pudieron hacer comentarios positivos sin poner cara de póquer.

—Pues ya sabes que me vas a tener que hacer algo de comer cualquier día —comentó Bárbara una tarde de jueves mientras charlaban por teléfono.

—No me tengas tanta fe, ¿eh? —respondió Gica—. Si acaso te puedo llevar un tupper.

Bárbara rió al otro lado de la línea.

—Oye, ¿te quedas en Cádiz este fin de semana?

—Sí.

—Vente a Alcidia, anda, *saborío*. Te invito a comer yo.

—¿Vas a cocinar para mí?

—Jaja, ni loca. Tengo tuppers para alimentar a las víctimas de una catástrofe. Ya sabes lo exagerada que es mi madre cuando se van al campo.

—Mmm, pues venga. ¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Sales esta noche?

—No, pero mañana tengo dos clases.

—¿Sólo? Vaya lujo. Anda, pues vente mañana después de clase, si no tienes otro plan.

Gica recordó que habían quedado para pegarle patadas a una pelota, pero la verdad es que tenía ganas de ver a Bárbara después de tanto tiempo.

—Venga, vale —dijo él—. ¿A qué hora te viene bien?

—¿A las dos podrías estar aquí ya?

—Claro, sí.

—Pues te espero a las dos en la parada del bus donde te dejé la otra vez.

—Pues allí estaré. Si el autobús no me falla.



—Jaja, entonces estarás a las tres —rió Bárbara—. Tú por si acaso espérame a las dos. No, mira, tú dame un toque cuando cojas el puente y ya te bajo a buscar.

El puente que salía de Cádiz y llegaba a la isla que era Alcídía, clavada en medio de la Bahía, era bastante largo, pero Gica no se confió y le dio el toque a Bárbara nada más entrar en él.

Tenía ganas de ver a Bárbara. No habían vuelto a verse desde que lucharon contra la pesadilla de Gica, y de eso hacía ya casi un mes.

“Tampoco es tanto”, pensó Gica. Pero la verdad es que echaba de menos a su amiga.

En el fondo sabía que sí era tanto.

Y al parecer a ella le pasaba lo mismo, ya que recibió a Gica con un fuerte abrazo.

—¡Eh, estás más flaco! —dijo ella tras rodear la cintura de su amigo con los brazos—. ¿Mari te hace pasar hambre o es que estás dejando de comer mierda?

—Las dos cosas —respondió Gica con una risa.

—¿Cómo está la compi? —preguntó ella echando a andar.

—Muy liada —respondió Gica—. Está intentando terminar la carrera ya este año. Y Ahora está liada con otros trabajos de la universidad. Gana poca cosa, pero le llega para todo, y tiene mejor horario que antes.

—Normal.

—Te manda recuerdos, por cierto.

—Guay. Un día de estos tengo que quedar con ella.

—Y eso, ¿qué tal tú?

—Hasta las narices de estudiar. Quiero que llegue marzo ya y que se me lleve por delante si lo tiene que hacer, pero estoy de un estrés que no te lo crees.

—Pues no lo aparentas.

—No lo aparento porque este fin de semana lo voy a pasar con mi amigo, nos vamos a ir de juerga y nos vamos a olvidar de toda la mierda de nuestras respectivas vidas.

—¿Me vas a secuestrar el fin de semana?  
—No —respondió Bárbara—. Te voy a secuestrar hoy. A partir de esta noche el Síndrome de Estocolmo hará el resto.

—¿Y tú qué? —preguntó Gica a Bárbara ya de vuelta en casa, tras pasar toda la tarde fuera.

—Oh, aburridísima —respondió ella sirviendo la cena—. Estudiando mucho. No he ido casi ni a clase.

—¿Y de sueños?

—Pues no he hecho gran cosa. Bueno, a un niño del barrio le he echado una mano. En clase unos matones abusaban de él y le comí el coco para que se lo contara a alguien. Espero que ayude. El pobre estaba muy asustado.

—Ya verás como sí —dijo Gica.

—¿Y qué quieres hacer esta noche? —preguntó Bárbara.

—No sé. ¿Qué tienes en mente?

—Pues a ver. Podemos salir, tomar unas cañas y tal, o quedarnos en casa, ver una peli, o cotillear y... tomar unas cañas.

—El tema cañas me gusta —respondió Gica, riendo—. No sé. ¿A ti qué te parece mejor?

Bárbara pensó la respuesta unos minutos.

—Llevamos todo el día fuera —respondió—. ¿Y si nos quedamos y nos ponemos una peli?

—O cotilleamos.

—Eso depende de lo mala que sea la película.

La película era bastante mala y los dos la habían visto ya, así que pasaron de ella y se dedicaron a charlar.

—¿Y qué hay de tu vida? —preguntó Gica después de contarle a Bárbara acerca de sus últimos 18 años de vida, aproximadamente.

—No sé, tío. ¿Qué te cuento? —preguntó Bárbara antes de tomar el último trago de su botellín de cerveza.

—Dime intimidades. Yo te solté todo lo mío antes.



—Pfff, sí, vamos. Tú lo que quieres es que te dé detalles de mi vida íntima por motivos muy oscuros, y eso no va a pasar —dijo Bárbara mirando su botellín de cerveza vacío—. No al menos hasta que me tome otra cer... —se interrumpió al ver que Gica le ofrecía otro botellín—. Vaya, gracias.

—En verdad no me tienes que contar nada guarro —dijo Gica—. Sólo quiero saber de ti. Ahora mismo eres mi mejor amiga en el mundo y tú lo sabes más o menos todo sobre mí. O todo lo que es interesante, que tampoco es mucho. También sabes mucho de lo que no es nada interesante, así que anda, venga, larga por esa boquita.

—Pues no se me ocurre nada que contarte.

—¿Cómo es que no tienes novio?

—¡Pom, la primera en la cara! —exclamó Bárbara riendo.

—¿Qué pasa?

—Ahí te has parecido a mi abuela.

—Anda, dime.

—No sé, tío. No he conocido a nadie que me interese tanto.

—¿Has tenido alguna vez?

—No. Novio-novio, no.

—¿Ni ganas?

—Mira, Gica, si me vas a pedir salir hazlo directamente para que te pueda dar calabazas de una vez.

Gica casi se atraganta de la risa por la respuesta de Bárbara.

—No quiero salir contigo ni de coña. De amigos sí, pero nada más.

—¿Qué pasa? ¿Sigues sin estar preparado para una relación? —dijo Bárbara demasiado rápido como para darse cuenta de que la podría haber cagado mucho.

—No, es que no sé. No tengo ganas.

- Pero un rollete sí tendrías, ¿no?
- Puede. Depende. Ahora tampoco tengo interés en nadie como para salir. Y un rollete, pues a lo mejor.
- De esos sí he tenido alguno.
- Anda, cuéntame.
- Nah, paso.
- ¿Pero has estado con muchos?
- No. Tampoco tantos —respondió ella—. En sueños sí. Bastantes.
- Gica rió.
- Sí, eso me suena.
- ¿Alguna vez te has liado en sueños, sin saber que estabas soñando, con alguien que no te gustara?
- Sí —respondió Gica—. Demasiadas veces.
- ¿Y cómo te has sentido al despertar?
- Bastante confundido.
- Bárbara rió.
- Sí, ya —dijo—. Eso me suena.
- ¿Y bien? —preguntó Gica.
- Sólo cuatro.
- Bueno, no está mal.
- Te gano por tres —dijo Bárbara y los dos rieron.
- ¿Es una competición?
- No, mejor no.
- Se miraron mutuamente en silencio, con sendas sonrisas levemente etílicas.
- ¿Y a mí no me cuentas? —preguntó Bárbara.
- ¿Que te cuente qué?
- Si no me cuentas entre las que te has liado.
- Ah —dijo él—. Pero eso fue en sueños.
- ¿No cuenta entonces?
- Supongo que no...
- Bárbara se encogió de hombros.
- Entonces sólo te gano de dos.



El silencio cayó de pronto sobre los dos. Gica estaba repentinamente incómodo.

Tenía que decir algo rápido, y soltó lo primero que se le ocurrió, demasiado rápido como para darse cuenta de que era una cagada enorme.

—Oye, estaba pensando, ¿dónde voy a dormir?

—En mi cama, está claro —respondió Bárbara.

Gica no sabía cómo tomarse eso.

—Pero tranquilo, que yo dormiré en la de mis padres.

—Ah, claro.

—Si te parece bien.

—Eh, sí. Claro.

—Lo que no tengo es pijama.

—Me tendría que haber traído alguno.

—De todas formas mi cama es muy caliente.

—Sí, no lo dudo.

Los dos se quedaron mirándose en silencio, un poco incómodo.

—Oye —dijo Bárbara—, esto está empezando a ponerse raro.

—Un poco.

—Pero ya no salen más autobuses, así que te has quedado atrapado en mi casa.

—Y tampoco iba a ir hasta Cádiz sólo a recoger un pijama.

—No, claro —dijo ella—. Pero si quieres, podemos salir mañana a comprarte algo de ropa interior, porque digo yo que querrás ducharte estos días, ¿no?

—Pues estaría bien, sí.

—Debí haberte avisado de mis planes, ¿verdad?

Gica negó con la cabeza.

—No —respondió—, así está bien.

Un rato después, Gica se metía en la cama de Bárbara.

Olía bien y era calentita. Su cuarto no era muy diferente al suyo propio. Salvo que estaba mucho más ordenado y olía

mucho mejor. Gica pensó que tal vez eso se debiera a que esperaba visita.

Todo aquello resultaba bastante raro. Era la primera vez que Gica dormía en el cuarto de una chica. Al menos, sin la chica en cuestión. Y sin contar el hecho de que la habitación donde ahora dormía en Cádiz perteneció antes a una muchacha.

Los párpados empezaron a pesarle de pronto. Se cubrió con la manta hasta la nariz. Olía bien y estaba calentita. Bárbara también olía bien, y Gica no pudo evitar preguntarse si también estaría calentita...

El primer sueño que tuvo Gica tenía lugar en un viejo colegio, sórdido y decadente como solía serlo todo en sus sueños. Tenía la impresión de estar buscando o esperando a alguien que no aparecía. Se despertó tranquilo, a pesar de ello.

En el segundo sueño, le estaba esperando Bárbara.

—Eh —le dijo—. Espabila, vamos a hacer algo.

—Hola, Bárbara.

—Hola. Esto es un sueño, ¿lo sabes?

—¿Sí? ¿Qué hora será?

—No sé. Temprano aún. La hora que tú quieres que sea.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó él, aún confundido.

—No lo sé. Algo nuevo y divertido.

Gica no tenía ni idea de qué tenía Bárbara en mente, pero, igualmente, se dejó llevar.

—Vamos allá...

Bárbara agarró a Gica por las muñecas y de pronto aparecieron en la grada de un circo. Estaban rodeado de familias disfrutando del espectáculo.

—Mira, los payasos —anunció Bárbara.

—Nunca me gustaron los payasos.

—A mí tampoco, pero aquí estamos —dijo Bárbara estrellándole una tarta a Gica en la cara. Este fingió que lloraba con gran despliegue de histrionismo.



—¿Por qué somos ahora nosotros los payasos? —preguntó él mientras intentaba golpear a Bárbara con un gigantesco martillo de goma, y fallando a conciencia.

—¿Y por qué no? ¿Preferirías estar aquí arriba? —preguntó Bárbara en el mismo momento en el que se soltaba de su trapecio para que Gica la agarrara al vuelo.

—¡Mierda, Bárbara! —gritó Gica, agarrándola a lo justo—. Esto tampoco me gusta demasiado.

—¿Y esto? —preguntó ella justo cuando un cuchillo arrojado se clavaba en la madera a escasos milímetros de una oreja de Gica, luego de otra, y luego de sus genitales.

—¡¡Creo que tenemos los puestos cambiados!! ¡Y no me está gustando nada este circo!

—Entonces mejor damos un paseo —dijo Bárbara conduciendo un descapotable clásico a lo largo de la carretera junto al mar.

—Esto —dijo Gica, recuperando el aliento—, esto está mucho mejor.

—Perdona si he estado algo intensa.

—Tranquila, no pasa nada.

Bárbara rió, incrédula de las palabras de su amigo.

Llegaron a una ciudad. Bárbara condujo por el paseo marítimo, entre el océano y una serie interminable de gigantes cas esculturas.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—No sé —respondió Gica, riendo—. ¿Dónde se supone que estamos?

—Ni idea. Estuve aquí hace años. Una vez que no estaba controlando ni nada. Me gustó. Cuando desperté quise volver, y suelo venir a veces a ver las esculturas. Nunca son las mismas. Pero en fin, me encanta este sitio y quise enseñártelo, y aquí estamos.

—Entonces sigue enseñándomelo —dijo Gica—. Tú eres la que conoce este sitio.

Bárbara miró a Gica con una sonrisa, ignorando completamente el hecho de que estaba al volante de un coche de casi cincuenta años.

Tampoco había de qué preocuparse ahí.

Pronto llegaron al final de la avenida. Bárbara paró el coche y salió sin abrir la puerta, saltando sobre ella. Gica le siguió en su camino hacia la playa.

Bárbara se sentó en la arena y observó el sol ponerse en el horizonte. Los dos iban vestidos, se dio cuenta Gica, como en una película de los años 50. Ella con un pañuelo rojo en la cabeza y vestido corto, y él con un traje gris claro.

—Te sienta bien esa ropa —dijo ella.

—Gracias —respondió Gica—. Se lo diré a mi sastra.

Bárbara rió, apartando la vista.

—Es la segunda vez que te veo con traje —dijo Bárbara—. La primera no me viste, pero fue en el sueño de Sara.

—Sí, es verdad. Por cierto, ¿me estabas controlando?

—No. Sólo estaba ahí como medida de precaución —respondió ella—. Por si algo salía mal.

—Pues muy bien.

—¿No te molesta?

—No, claro que no —respondió Gica con una sonrisa—. Pero habría estado más tranquilo de saber que andabas por allí.

—También cambiaste tu aspecto en el sueño de Sara —dijo Bárbara.

—Sí. Pensé que si era más guapo, podría convencerla mejor. No sé.

—Puede ser que ayudara —dijo ella—. ¿Por qué no has vuelto a hacerlo?

—¿Te parezco feo? —preguntó Gica, riendo.

—¡No, claro que no! —respondió Bárbara, uniéndose a sus risas—. Pero no sé. Yo al principio siempre lo hacía.

—¿Por qué?



—Siempre quise ser más guapa. Más delgada. Tener los hombros menos anchos y la cara más fina.

—Tonterías —dijo Gica, mirando al horizonte—. Te lo digo como tu amigo que no quiere nada contigo por más que te le insinúes —añadió recibiendo un puñado de arena de parte de Bárbara—. Creo que eres guapísima.

—Hombre, muchas gracias por recalcar tanto lo de que no quieres nada conmigo.

—Ya, bueno, no te lo tomes a mal...

—Entiendo, no pasa nada —dijo Bárbara—. Todavía no te sientes preparado, ¿no?

Gica negó con la cabeza.

—No. Pero aún así, estoy mejor que antes.

—Me alegro —dijo Bárbara, sonriendo.

Ambos volvieron a mirar al horizonte.

—Y, para que quede claro —dijo Bárbara—, yo tampoco busco nada contigo, ¿eh?

—Claro, y yo me lo creo.

—Eres un capullo.

El océano estaba tranquilo, inmenso, y la arena era cálida y suave. Y no se pegaba a la piel ni se enganchaba a la ropa.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque quiero proponerte algo, y no quería hacerlo en un sitio que no fuera así de bonito.

A Gica le pareció medianamente sensato. Claro que estaba en un sueño y a veces se le iba la olla.

—¿Qué es? —preguntó.

—Últimamente he notado que hay más pesadillas que nunca.

—¿En serio?

—¿Tú no?

—Te refieres a pesadillas... esas cosas amarillas?

—Eso mismo —respondió Bárbara.

—Pues la verdad es que no —dijo Gica—. No llevo tanto tiempo en esto como tú.

—Pues está pasando. Se lo he comentado a Daniel y le preocupa. Últimamente están pasando cosas raras —dijo Bárbara—. Bueno, la verdad es que vienen pasando cosas raras aquí desde que tengo memoria, pero ahora creo que me empiezan a afectar.

Gica escuchaba atentamente, temiendo que más pronto que tarde iba a caer la bomba.

—Y tenemos que hacer algo con eso.

—¿Ir cabeza por cabeza eliminando todas las pesadillas?

—O averiguar de dónde vienen todas y acabar con ellas.

—¿Y eso cómo lo hacemos?

Bárbara se encogió de hombros mientras el sol comenzaba a brillar con más fuerza cada vez.

—No tengo ni idea.

Gica se sintió repentinamente sacado del sueño de Bárbara, y de pronto despertó en su cama, un poco taquicárdico.

Se dio la vuelta, añorando los días, o las noches, para ser más exactos, en las que podía dormir con tranquilidad y olvidarse de todos sus problemas.

Entonces escuchó la puerta de su cuarto, o del cuarto de Bárbara, abrirse.

—¿Gica? —llamó ella en voz baja.

—¿Sí? —respondió él, girándose y encendiendo la luz de la mesita de noche.

Pero la que estaba allí no era Bárbara. Era Iratxe.

—Hey —saludó él, sorprendido—. ¿Qué haces...?

—Shhhh... —mandó a callar Iratxe, poniendo su dedo índice sobre los labios de Gica—. ¿No querías verme?

—Sí, claro, pero...

Iratxe se subió a la cama, atrapando a Gica entre sus rodillas. Vestía sólo una camiseta blanca de mangas cortas y unas bragas negras.

Esa ropa le resultaba conocida.



Pero no pudo recordar dónde las había visto antes de que ella empezara a besarle y a quitarle la poca ropa que llevaba.

—Vaya, vaya, vaya —escuchó a la voz de Bárbara desde la puerta.

Gica se asustó tanto que casi tira a Iratxe al suelo.

—Te parecerá precioso —dijo, muy enfadada, dirigiéndose a Gica—. Ahí, tan ricamente, folleteando en mi cama, en mi casa, en mi sueño...

—¿Es... esto... qué? —trató de preguntar Gica, profundamente confundido.

De pronto, no había rastro de Iratxe por ningún lado.

—Estoy pensando en que deberíamos seguir un protocolo o algo a la hora de entrar en los sueños del otro —dijo Gica, más avergonzado que enfadado.

—Muy bien —convino Bárbara—. Mucha suerte tratando de colgar una bufanda en el pomo de la puerta —añadió señalando la puerta de su habitación.

Gica volvió a despertar, con sudores y las pulsaciones demasiado altas.

Miró a su alrededor. Se pellizcó la cara. Trató de flotar.

Nada. Eso sí era real.

Sólo esperaba que la Bárbara de su sueño no lo fuera.

## XX

Gica se levantó a la mañana siguiente tan rápido que se mareó.

Se quedó dormido después de despertar tras el sueño con Iratxe y Bárbara, pero no recordaba haber soñado nada.

Se despertó al escuchar música y ruido en la cocina y decidió que sería mejor levantarse y averiguar si Bárbara estuvo allí la noche anterior.

Cuando llegó a la cocina, vio que Bárbara estaba canturreando canciones horteras que salían de la radio mientras preparaba tortitas. Bailoteaba de espaldas a Gica, que no hizo nada por evitar en fijarse cómo su amiga bailaba ajena a él. Estaba seguro de que de otra manera no podría disfrutar de semejante espectáculo. Y también sabía que lo que estaba a punto de hacer significaría su perdición. Pero le dio igual.

—Mírala cómo meneas el culito —dijo Gica.

Bárbara se volvió, con los ojos muy abiertos. Y le tiró un trapo.

—Pervertido —dijo ella.

—¿A qué se debe tal honor? —preguntó Gica acercándose al fuego.

—¿Qué dices? Esto lo hago por mí —respondió Bárbara—. Sólo da la casualidad de que he hecho demasiado para mí sola, así que puedes considerarte más que afortunado.

—Me parece bien —dijo Gica—. Pero cuando vayas a Cádiz te invito a gofres. Insisto.

—No hace falta que insistas mucho —dijo Bárbara dándole la vuelta magistralmente a una tortita—. No me pienso resistir.

Gica miraba a Bárbara y recordaba lo que decía de sí misma en su sueño la noche anterior. Aún con la bata puesta, Gica



pensaba que ella no necesitaba desear ser más delgada, ni tener los hombros más estrechos, ni no sabía qué mierda más.

—¿Cómo has dormido? —preguntó Bárbara.

—Muy bien —dijo Gica—. Tu cama es mucho más cómoda que la que tengo ahora en el piso.

—Me alegro —dijo ella—. Pero lo lamento por la que te pienses llevar al catre.

—Cabrona.

Bárbara puso la última tortita, más pequeña que las demás, en un plato.

—Ea, ya está —dijo mientras iba hacia la mesa—. Calentitas para mi compi.

—Qué lujazo.

—¿Has visto? —dijo ella sirviendo café en dos tazas—. Espero como mínimo la misma deferencia por tu parte si me quedo a dormir en tu cubil.

—Mucha fe tienes tú —dijo él, olfateando las tortitas.

—Y bueno —dijo Bárbara, poniéndole a Gica una taza delante—. ¿Recuerdas lo que soñamos anoche?

—¿Lo de la playa? —preguntó Gica, esperando que se refiriera exactamente a lo de la playa y no a cualquier otra cosa.

—¿A qué si no?

—Claro —dijo Gica, disimulando con la vieja técnica de meterse media tortita en la boca.

—¿Y qué piensas?

—Que no sé cómo lo haremos —respondió Gica tras casi ahogarse—. Pero, si tenemos que hacerlo, qué remedio.

—¡Ese es el espíritu!

Gica y Bárbara tomaron un sorbo de café en perfecta sincronía.

—¿Pero cómo lo vamos a hacer? —preguntó Gica.

—Pues poco a poco, imagino —contestó Bárbara.

—Maravilloso —dijo él mientras su móvil avisaba de la llegada de un SMS.

—¿Quién es? —preguntó Bárbara.

—Es de Iratxe.

—Oh, ¿qué cuenta?

—Pregunta si estoy vivo —contestó Gica—. Ayer habíamos quedado para pegarle patadas a la pelota los de clase, pero al final no fui por venir. Creo que no la avisé.

—Uiiii... ¿le has dicho que estás aquí en mi casa conmigo?

—Emm... no —respondió Gica—. No he hablado con ella desde ayer por la mañana. No le he contado nada de mis planes.

—Pues lo mismo está celosa —dijo Bárbara poniendo una sonrisa pícaro.

—Y eso te encantaría, ¿verdad?

—Sólo si fuera una persona perversa.

—Eso es exactamente lo que eres.

—¿Sigue con ese tal Sergio?

—No sé —contestó Gica—. Supongo que sí...

—Vaya, qué mal... —añadió Bárbara, perdiendo la mirada en el fondo de su taza de café.

Gica trató de descifrar qué significaba eso.

—Me parece mucha casualidad.

—¿El qué?

—Que te mande SMSs justo cuando acabas de soñar que te la follabas en mi cama.

Gica se atragantó con un trozo de tortita mientras Bárbara rompía a reír.

—Bueno —comenzó Bárbara tras acabar con el postre—, como hemos perdido ya medio día, será mejor que nos pongamos a preparar algo parecido a una estrategia.

Gica no consideraba salir a comprarse ropa interior y comer como una pérdida de tiempo, pero no iba a discutir con Bárbara, porque todo el rato de después, hablando de sus



experiencias navegando por los sueños, ciertamente sí fue un poco pérdida de tiempo.

Afortunadamente para Gica, Bárbara no volvió a mencionar el sueño con Iratxe.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Gica—. No sabemos dónde encontrar esa supuesta fuente de pesadillas, ni si existe. Ni los mayores expertos que conocemos, de los cuales tampoco me fiaría demasiado, saben nada del tema. ¿Por qué íbamos a poder hacer algo nosotros?

A Gica todo eso le parecía cada vez peor idea.

—Evidentemente —respondió Bárbara—, porque nadie más que nosotros puede.

A Gica le pudo el peso de la evidencia expuesta por Bárbara.

—Muy bien —dijo él—. ¿Se te ocurre algo mejor que ir de cabeza en cabeza buscando pesadillas, arreglándole la vida a la gente y, puede ser, tal vez, en una de estas, dar con el colgado que esté alimentando con sus pesadillas toda esta mierda?

—¿Qué es esa teoría? —preguntó Bárbara.

—No sé, se me acaba de ocurrir —respondió Gica—. Y, sinceramente, me parece una estupidez.

Bárbara entornó los ojos.

—Bueno —dijo—. Como veas. El caso es que no podemos hacer nada hasta esta noche. No podemos tomar somníferos porque eso puede alterar y alterará nuestro rendimiento onírico. Así que lo único que se me ocurre que podemos hacer mientras es cansarnos mucho.

—¿Y se te ocurre cómo? —preguntó Gica.

—Algo se me ocurre —respondió Bárbara—. Pero no te has traído ropa para hacer deporte, ¿verdad?

—No he traído ropa en absoluto y lo sabes perfectamente —respondió Gica—. He dormido en calzoncillos reciclados y aún así he tenido que comprarme otros nuevos esta mañana.

—Lo sé, lo sé —respondió Bárbara trazando en sus labios una sonrisa picarona—. Estaba allí.

—Y eso no mejora las cosas.

—¿Qué hacemos entonces? —dijo Bárbara—. ¿Vamos a Cádiz? ¿Andando?

—¿Qué?! ¿Por qué íbamos a ir andando?

—¡Para llegar reventados! Nada más llegar a tu piso nos quedaremos sobados perdidos. Y seguramente estemos dormidos hasta las cuatro de la tarde de mañana.

—¡Pero si el puente no es peatonal! —gritó Gica.

—Ya, eso es lo mejor —respondió Bárbara, emocionándose—. Cogemos el puente a San Fernando, y de ahí vamos andando junto a la autovía hasta Cádiz. El plan perfecto.

—¡Pero eso son como mil kilómetros!

—Eres un exagerado. No serán ni 20 kilómetros. Si salimos ahora, llegaremos antes de que se haga de noche.

—¡Eso lo dudo mucho!

—¿¡Prefieres la alternativa!?

—¿¡Qué alternativa!?

—¡Follar como monos hasta caer muertos!

Gica y Bárbara llevaban caminando cerca de una hora y Gica todavía no había abierto la boca.

—¿Sigues cabreado?

Gica gruñó.

Bárbara rió.

—Muy bien, pero espero que se te pase de aquí a esta noche.

Cuando Bárbara le presentó a Gica la alternativa a caminar más de 20 kilómetros bajo el cielo invernal de la Bahía de Cádiz, a este le pareció una idea terrible, así que Bárbara aprovechó su estupor para coger la mochila que había preparado mientras Gica dormía antes de agarrarle de la mano y obligarle a salir.



Gica esperaba que en algún momento Bárbara dijera que era una broma de mal gusto y parasen a coger el autobús, pero ya estaban cruzando el puente que unía Alcidia con San Fernando y eso aún no había pasado.

—¿Me odias mucho? —preguntó Bárbara mientras abrazaba a un más que arisco Gica.

—Lo justo.

—Vamos, hombre, no te pongas así.

Gica se puso así y peor.

—Si hasta te di alternativas —insistió Bárbara, riendo.

—Eres lo peor.

—Pero igualmente te caigo bien.

—Pero menos que antes.

Bárbara suavizó su sonrisa.

—Gica, ¿tú me odias o algo?

—Sí.

—No, lo digo en serio.

Gica miró a Bárbara de reojo.

—Claro que no.

Bárbara besó a su amigo en la mejilla.

—Gica, tú me caes muy bien. Me gustas. Como persona, ¿eh?, como amigo, ya sabes. Me gusta estar contigo.

—Y a mí contigo —admitió Gica en voz baja.

—¿Y te sigue jodiendo que te haga bromas con lo de follar?

Gica gruñó.

—Un poco.

Bárbara siguió caminando agarrando el brazo de Gica.

—Mira, somos amigos, y entre nosotros ha pasado algo... raro. Dejémoslo ahí. Pero somos amigos y no quiero que jodamos eso. Tú y yo somos en cierto sentido únicos. Y nos necesitamos. Necesitamos estar juntos y permanecer unidos, porque los dos sabemos algo que no podemos compartir con nadie. ¿Vale?

Gica miró a Bárbara, confundido.

—¿Y eso qué tiene que ver con tus bromas de follar?

Bárbara sonrió.

—Absolutamente nada —respondió—. Pero me gusta tocar-te las narices.

Gica sonrió.

—Y también, quién sabe. Puede que esté tanteando el terreno. Puede que algún día superes tu dolor. Y si ese día te apetece y me apetece...

Ambos caminaron en silencio durante unos pasos. Gica trataba de hacer que no estaba escuchando eso, y deseaba en lo más hondo que Bárbara no siguiera con esa frase.

—Pues bueno —dijo Bárbara finalmente—. Quién sabe.

—¿Lo dices en serio?

—No. No lo digo en serio. Perdona. Olvídalo todo, ¿vale?

Volvieron a guardar silencio. No intercambiaron una palabra hasta que llevaban un rato atravesando las calles de la ciudad en dirección a la salida por la autovía.

—Es sólo que me siento muy a gusto contigo —dijo Bárbara finalmente—. Porque tú y yo compartimos la mierda esta. Y eso me hace sentirte muy cercano. Y nunca he sentido esta complicidad con ninguno de mis... bueno, de mis cosas.

—Ya.

—Pero te quiero, tío. Eres un buen colega y es o se nota.

—Ahá.

—Y odio que ahora te estés cabreando conmigo por ser así de imbécil —dijo ella, agarrando suavemente el codo de Gica con sus dos manos. Él se detuvo y ella apoyó su frente sobre la espalda de su amigo.

—Vale, vale —respondió Gica—. No pasa nada.

Se giró para dedicarle una sonrisa a Bárbara, y vio que ella le devolvía una triste mirada.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dijo ella de repente, echando a andar, seguida de Gica—. Que no te tendría que pedir disculpas sólo por decirte lo que siento, ¿no?



—Cuando te refieres a lo que sientes, ¿te refieres a lo de que soy tu colega o tal o lo de que tienes unas ganas tremendas de echar un polvo?

—¡Joder, no lo digas así! —protestó Bárbara—. ¡Voy a parecer una desesperada!

Gica no pudo contestar a eso.

—Supongo que nunca he tenido un amigo como tú.

—Pero yo no... No te gusto ni nada, ¿no?

—No, no. Claro que no —respondió Bárbara—. Pero me gusta estar contigo. Y además creo que tú eres el que tiene aquí más ganas de meneo.

Gica tuvo que reír.

—Pero tú no me lo vas a dar —dijo.

—¿Preguntas o afirmas? —preguntó Bárbara.

Y ambos rieron.

—¿Cuánto hace que no lo haces? —preguntó Gica al cabo de un rato.

—Pues desde julio.

—Con todo el calor, ¿eh?

—Sí, tío, la verdad es que sí. Pero apetecía.

—¿Un reincidente?

—Sí. Todos han reincidentido —respondió Bárbara—. ¿Por qué será...?

—¿Y quién era? ¿Un amigo?

—Sí —respondió Bárbara—. Algo así.

—¿Y cómo es que llevas todo este tiempo sin? No creo que te sea difícil encontrar voluntarios.

—Lo difícil no es encontrar voluntarios —respondió Bárbara—. Lo difícil es que estos merezcan la pena.

Gica rió.

—Buena respuesta.

—Y tampoco he tenido ganas... No sé. No lo echo tanto de menos.

—¿En serio? —dijo Gica—. Yo lo echo mucho de menos.

- Imagino. Dos años, ¿no?
- Sí —respondió Gica, sintiéndose repentinamente abatido.
- Bueno, pero estamos superando eso, ¿no? —preguntó Bárbara—. Creo que eso es una buena señal.
- ¿Tú crees?
- No del todo —respondió Bárbara—. No hasta que intentes follarme fuera de un sueño —añadió riendo.
- Petarda...
- A veces pienso que te meto mucha presión con ese tema.
- ¿Sólo a veces?
- Pero es porque te quiero y quiero que sigas adelante —dijo Bárbara abrazando a Gica—. Y sé que tú también quieres, y eso es bueno, y estás progresando, ¿verdad?
- Sí, claro —respondió Gica—. Desde que cazamos esa pesadilla me he notado más... animado.
- Sí, ya me comentaste lo de tu vecina, ¿no?
- Sí, aquello fue una prueba. Pero tuve que dejarlo.
- Ya, eso es que avanzas —dijo Bárbara—, pero todavía te queda algo. Con calma ahí, ¿eh?
- Claro.
- Pero fijo que Iratxe lo deja con el novio y ahí estás tú para lamerle las heridas —dijo, y ambos empezaron a reír.
- ¿Has hablado con ella? —preguntó Bárbara.
- Le dije que me quedé contigo esta noche, pero no he vuelto a saber nada de ella.
- Tras responder a la pregunta de Bárbara, llegaron a un punto crítico en su viaje.
- ¿Estás cansado? —preguntó Bárbara.
- Sí.
- ¿Pero muy muy cansado?
- Bastante.
- Pues tengo malas noticias.
- Tú siempre tienes malas noticias.



—Eso es mentira. Pero ahora sí las tengo.

—Me imagino por dónde vas.

Gica y Bárbara miraban lo que tenían delante. La autovía salía de la ciudad para adentrarse en el océano hasta llegar a su destino en la península que se dirigía impasible al horizonte. El istmo tenía el ancho justo para que cupiera la vía del tren, los cuatro carriles de asfalto y una envidiable línea de playa.

—Por favor, Bárbara —dijo Gica—. Dime que estamos soñando.

—Nada me gustaría más.

—Podemos coger el autobús. Aún estamos a tiempo.

Bárbara miró al cielo.

—Mejor echamos a andar antes de que se haga de noche.

## XXI

—Me cago en tu vida, Gica —protestaba Bárbara—. ¿No podías haber alquilado algo con ascensor?

—¡Ja! —rió Gica con su penúltimo aliento—. ¡Encima qué-jate!

Gica tenía aún la fuerza justa para meter la llave y abrir la puerta.

—Anda, parece que no hay nadie —anunció.

—Mejor —dijo Bárbara apartando a su amigo de su paso y dejándose caer en el sofá.

—Pasa —dijo Gica—. Ponte cómoda...

Gica murió un momento al caer sobre el sofá, junto a Bárbara.

—¿Estás cansado? —preguntó ella.

—Mucho.

—Muy bien —rió Bárbara—. Vamos a dormir como benditos.

—Yo ni pienso cenar —dijo Gica—. Pillo la cama en cuanto me duche.

—¡Anda! —dijo Bárbara—. Creo que te has dejado los calzoncillos en mi casa.

—Ah. Vaya —respondió Gica.

Ambos se quedaron en silencio, sin ánimo de hablar, hasta que Bárbara abrió la boca.

—¿Quieres que volvamos a buscarlos?

Y rieron un buen rato.

Gica estaba tirado en la cama cuando Bárbara entró en su cuarto.

—¿Se puede? —preguntó.

—Claro, claro —respondió él—. Pasa.



Ella entró y cerró la puerta detrás de sí.

—¿Estás tan muerto como yo? —preguntó Bárbara sentándose a su lado.

Acababa de salir de la ducha. Aún tenía el pelo húmedo, pero olía muy bien.

—No, yo sí que estoy muerto. Tú hueles a vida.

—Hace una hora tú también olías a vida —dijo Bárbara, riendo—. A una vida de mucho sufrimiento.

Se miraron en silencio durante unos segundos.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó ella.

Gica asintió.

—¿Y tú?

—Claro que sí —dijo ella, quitándose el pantalón del pijama y metiéndose en la cama.

Gica sintió ruborizarse en ese momento. Así que apagó la luz.

—Perdona —dijo Bárbara—, pero creo que vamos a pasar calor.

—Ya, ya lo creo —respondió él mientras Bárbara se tumbaba a su lado dándole la espalda.

Eso parecía más fácil en los planos.

—¿Estás cómodo? —preguntó ella al notar que Gica no sabía cómo colocarse.

—Eso creo. Ya veré de aquí a un rato.

—Al menos vamos subiendo de categoría —dijo Bárbara—. Primero en un sofá y ahora en una cama individual. Espero que la próxima vez que nos acostemos juntos al menos sea en una cama doble —añadió riendo.

—¿Crees que va a haber una tercera vez?

—Oh, estoy muy segura de eso.

Bárbara se encogió un poco, adoptando una posición casi fetal. Gica la imitó, tratando de no tocarla demasiado.

No tenía ni idea de qué hacer con sus brazos, así que los cruzó delante de su pecho.

—De pronto no tengo sueño —dijo Bárbara—. ¿Y tú?

—No sé —contestó él—. Menos de lo que creía.

—¿Estaremos soñando ya?

—No lo creo.

—Ya —dijo Bárbara—. Yo tampoco.

Ambos se quedaron en silencio, mirando la oscuridad que reinaba en la habitación de Gica.

—Abrázame —dijo Bárbara.

—¿Eh? ¿Por qué?

—¡Porque me estás poniendo nerviosa con ese baile de brazos que te traes! —respondió ella levantando la cabeza para que Gica le pusiera el brazo debajo del cuello.

Él lo hizo así, y ella se pegó mucho más a él.

—Oh, vaya —dijo ella—, perdona —se disculpó, con una risita, mientras apartaba las caderas de su amigo.

—No, no —dijo él, azorado—. Perdona tú —dijo él mientras movía las caderas en sentido opuesto al que lo hizo Bárbara.

Ninguno de los dos se atrevió a decir una palabra en los siguientes cinco minutos.

—¿Sigues despierto? —preguntó Bárbara.

Gica no contestó.

—Vale —dijo Bárbara—. Sólo quería decir que me lo paso muy bien contigo, y que, si al menos no logramos encontrar esa fuente de mal rollo o lo que sea, me encanta salir a cazar sueños contigo. Aunque no ayudemos a tanta gente como nos gustaría. Pero me gustaría, aunque fuera un día, pasear contigo por esos sueños, sin preocupaciones, tranquilamente. Como cuando te llevé en coche por la playa, ¿recuerdas? Porque me encanta el tiempo que paso contigo.

Bárbara guardó silencio, esperando por si Gica tenía algo que decir en caso de seguir despierto.

Entonces pudo escuchar su respiración, lenta y profunda. Le hacía cosquillas en la nuca cuando su aliento movía sus propios cabellos.



Bárbara rió con suavidad, y se acurrucó para estar lo más pegado posible a su amigo.

—También quiero decirte que eres la primera persona con la que he dormido dos veces y aún no he tenido sexo.

Gica hizo todo lo posible por seguir fingiendo que dormía.

Aquella noche, a pesar de todo, fue una noche de sueños plácidos para Gica. Lo peor de todo es que no recordaba nada de lo que soñó. La noche fue una completa pérdida de tiempo. Se levantó de la cama pensando en qué le iba a decir Bárbara. Se sentó en la cama, que estaba situada en un podio de metal frío en medio de un desierto bajo el luminoso sol de medio día y se estiró, pensando en tomar unos mejillones para desayunar.

—Eh, buenos días —dijo Bárbara a su espalda.

Gica se volvió y vio a su amiga, vestida para la batalla.

—Hey, hola —respondió él—. ¿Qué tal has dormido?

Bárbara se encogió de hombros, como si todo aquello a su alrededor fuera respuesta suficiente.

—Perdona —se disculpó Gica—. Anoche dormí y punto. No recuerdo ni haber soñado nada —dijo él poniéndose una gabardina gris sobre el traje negro—. La noche ha sido una pérdida de tiempo.

—¿Me vas a decir que ni siquiera has disfrutado dormir conmigo? —preguntó Bárbara.

Gica rió.

—Perdona —dijo—. Siempre es agradable dormir contigo.

—¿Y bañarte conmigo?

—Eso también.

—¿Cuánto hace que no nos duchamos juntos? —preguntó Bárbara.

—No sé. Una semana o así —respondió él. Bárbara le respondió riendo.

—Anda —dijo ella—. Vamos allá.

—Allá a dónde —preguntó Gica.

—¡Vamos a cazar sueños, Gica!

—¿Qué? ¡Ah, joder! —exclamó él—. ¡Estamos dentro!

—¡Claro, tío! —digo Bárbara sin poder parar de reír

—¡Me vacilas como quieres, tía!

—¡Y lo que me divierte!

Bárbara y Gica caminaron durante unos metros y, de pronto, se encontraron en medio de una mansión. Rezumaba decadencia. Era una sensación más de abandono que otra cosa.

—Este sueño es tuyo sin duda alguna —dijo Bárbara—. ¿No sabes soñar con sitios monos?

—¿Quieres sitios monos? —preguntó Gica—. Eso está así precisamente desde que sus dueños lo abandonaron y los animales del zoo tomaron posesión de él.

—¿De qué zoo? —preguntó Bárbara, sinceramente interesada.

—Hay un zoo en esta casa. Los animales se han hecho con el terreno. Mira, ahí están las panteras comiéndose a los loros.

Era cierto, y Bárbara tenía que admitir que era bastante sórdido. Una pantera pasaba por su lado con un loro entre sus fauces. Tanto el morro del felino como la totalidad del ave estaban teñidos del rojo sangre del pobre pájaro.

—A veces das grima, Gica.

—¿Y por qué estamos aquí? —preguntó él—. Yo ya me libré de mis mierdas amarillas.

—No sé —dijo ella—. Me apetecía ver qué se cocía por tus sueños. ¿Quieres ir a otro lado?

—¿Vamos a buscar pesadillas? —propuso Gica.

—Vale, muy bien —dijo Bárbara, señalando y dirigiéndose a una puerta—. Supongo que por eso vinimos aquí.



—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Gica mientras su amiga abría una puerta.

—Busquemos puertas que den realmente mal rollo.

Bárbara cruzó la puerta seguida por Gica y de pronto se encontraban caminando del brazo por una calle estrecha de una bulliciosa ciudad. Aquello tenía pinta de ser a principios de siglo, o finales del XIX.

—¿Este sueño es tuyo? —preguntó Gica.

—Sí. Hace poco vi una película de la época. Parece que me impactó más de lo que pensaba.

—Pues estás muy guapa —dijo Gica observando la elegante ropa de época de su amiga.

—Lo mismo digo. Mira, esa puerta —dijo Bárbara señalando un húmedo e inhóspito callejón.

—¿Qué puerta?

—Aquella de allí, la que lleva a un sótano —respondió Bárbara tirando de Gica hacia el callejón. Allí una pequeña escalera bajaba por debajo del nivel de la calle hacia una portezuela de madera gastada. A Gica le dio la impresión de que vibraba con una fuerza oscura.

—Muy malrollera —dijo él.

—Pues adentro.

Bárbara abrió la puerta antes de llegar al último peldaño y agarró la mano de Gica antes de entrar, y de pronto estaban en una mazmorra lóbrega y hedionda.

El techo era bajo y el ambiente estaba cargado de miedo y dolor.

—¿Dónde cojones estamos? —preguntó Gica.

—Yo diría que en el medievo —respondió Bárbara—. Y creo que ya sé quién está soñando esto —añadió señalando el lugar del que provenían unos gritos y llantos infantiles—. Y será mejor que nos demos prisa.

Bárbara corrió a través del lugar siguiendo los gritos durante más tiempo del que esperaba.

—¿Cómo de grande es esta mierda? —preguntó Gica, que la seguía de cerca.

—No podemos estar lejos —respondió Bárbara volviéndose y viendo la sorpresa de Gica al ver que ella flotaba a varios centímetros del suelo—. A veces olvido que podemos hacer lo que queramos.

En ese momento, llegaron a una sala donde un niño de unos ocho años estaba atado a un potro de tortura. El verdugo accionaba la vil maquinaria, separando los miembros del chaval, cuyos brazos y piernas debían medir ya cerca de dos metros.

—Parece que alguien ha quedado impresionado por algo que ha visto —dijo Bárbara mientras Gica se lanzaba sobre el verdugo.

Lo tiró al suelo, fuera del alcance de la vista del niño, y se concentró todo lo que pudo para hacerlo desaparecer mientras Bárbara llegaba junto al niño y destruía sus cadenas sin esfuerzo. Simuló que golpeaba el cuerpo del verdugo, asegurándose de que el chaval le veía.

—¡Sufre, maldito! —gritaba Gica, sobreactuando un poco—. ¡No le harás más daño!

—Eh, pequeño —le dijo Bárbara al niño, mientras le abrazaba, tranquilizándole—. Ya pasó, no pasa nada, ¿vale? ¡Mira, estás bien! —le decía, mostrándole cómo su cuerpo volvía a la normalidad.

El llanto del pobre niño parecía remitir.

—¿Estás bien? —preguntó Bárbara, mientras Gica miraba a su alrededor en busca de algo que pudiera ser una pesadilla.

El niño asintió.

—No tienes que tener miedo de nada —dijo Bárbara con una sonrisa—. Es sólo una pesadilla. ¿Vale?

El chaval asintió, mientras luchaba por retener las últimas lágrimas.

—No tengas miedo —añadió Bárbara abrazándole y besándole la frente—. No hay nada que temer. Y ahora, despierta.



El niño cerró los ojos y, lentamente, con una sonrisa en los labios se esfumó en el aire.

—¡Gica! —llamó Bárbara—. ¡Vámonos!

Ella agarró la muñeca de su amigo y, volando tan rápido como podía, se dirigió hacia la puerta por la que entraron mientras el mundo a su alrededor comenzaba a diluirse.

Salieron a lo justo, disparados por la puerta, y rodaron por el suelo de arena seca de una calle flanqueada por castigados edificios de madera.

—¡Anda! —exclamó Gica—. ¡Ahora estamos en el salvaje oeste!

—Vaya, aquí no es por donde entramos —observó Bárbara, ligeramente mareada.

—¿Estás bien?

—Sí. Eso ha sido intenso.

—¿Quieres sentarte un momento? —preguntó Gica.

—Yo no —respondió Bárbara—. ¿Y tú?

—Mmm... Yo sí.

Gica se dejó caer en el suelo y se dedicó a mirarse a sí mismo y a Bárbara.

—No es justo —dijo él—. ¿Por qué vas tú de pistolera y yo de... de lo que vaya?

Bárbara rió. Desde luego, Gica parecía el típico señorito de bien llegado desde el este para vete a saber tú qué. Convertirse en el más chungo de la peli. O morir, con más seguridad.

—Venga, vamos. Levántate —ordenó Bárbara, tendiendo la mano—. Vamos a buscar un sitio para tomar una zarzaparrilla o algo —añadió riendo, y señalando al saloon—. Y que conste que creo que vas muy guapo.

Gica y Bárbara caminaron durante unos metros y se detuvieron justo ante la puerta del saloon.

—Espera un momento —dijo ella—. Si entramos por ahí, apareceremos en otro sueño.

—Sí, bueno, aquí parece que no pasa nada raro, ¿no?

—Sí —contestó Bárbara—. Y eso es lo raro.

—¿Me explicas eso?

—Aquí no hay nadie —respondió Bárbara—. No veo a nadie, no se escucha jaleo dentro —añadió asomándose al interior del saloon—. No veo ni al soñador.

—Pues por algún lado tiene que estar —dijo Gica—. ¿No?

—Claro —dijo ella—. Y el no verle, ni oírle, ni nada, es lo que me mosquea.

—¿Por qué?

—Porque puede que se esté despertando.

—Joder, qué oportuno! —exclamó Gica al tiempo que el saloon ante ellos se desvanecía en el aire dejando un agujero negro de nada.

—¡Mierda, cuánto odio tener razón! —dijo Bárbara mientras salía volando como un cohete arrastrando a Gica tras de sí, en dirección a la puerta más cercana en el mismo momento en el que esta desaparecía.

—¡Esa de ahí! —dijo Gica tirando de Bárbara hacia otra puerta.

—¡No, espera! —gritó Bárbara. Pero no sirvió de nada.

Gica se soltó del impulso y atravesó la puerta en el mismo momento en el que esta se convertía en una nada negra e impenetrable.





## XXII

Gica se vio flotando en medio de la nada durante unos minutos antes de poder tomar un mínimo de consciencia de lo que estaba pasando.

Hasta entonces estuvo, simplemente, ahí. Flotando en medio de la nada, mirando al vacío sin hacer nada más, ni pensar, ni gritar, ni siquiera darse cuenta de que estaba perdido en la más completa vacuidad que podría haber llegado a imaginar.

Ahí, flotando en la nada como una mota de polvo en medio del cosmos, Gica no supo qué hacer aparte de patear y agitar los brazos con la remota esperanza de que todo aquel meneo pudiera servir de algo.

—¡¡¡BÁRBARA!!! —gritó con todas sus fuerzas. Sin embargo, no fue capaz de escuchar el sonido de su propia voz.

No era ya capaz ni de calcular el paso del tiempo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero le daba la impresión de que fueran años. Sin ver nada ni oír nada. Si no fuera porque podía verse claramente su propio cuerpo, pensaría que estaba totalmente ciego.

En cuanto al sonido, nada de lo que él emitiese llegaba hasta sus oídos. Gritó llamando desesperado a Bárbara. Tocó las palmas tan fuerte como pudo. Gritó hasta desgastarse la garganta, pero nada. No podía hacer nada.

Eso le recordó a un sueño que tuvo de niño. Acababa de ver *Moonraker*, y quedó impactado por la escena en la que el astronauta quedaba flotando en la ingravidez del espacio cuando la nave del villano capturaba la nave espacial.

Pensándolo fríamente, seguramente el astronauta estuviera muerto en menos de un minuto, pero para la imaginación de Gica el pobre desgraciado habría pasado años ahí, perdido, sin posibilidad de rescate.



Tal y como se veía ahora a sí mismo.

Estuvo días a la deriva en lo negro. No podía dejar de pensar en lo que pasó en el pueblo del oeste. ¿Qué habría sido de Bárbara? ¿Logró quedar fuera de la nada? ¿Estaba atrapada ella ahora en un universo de vacío como él? Durante semanas no pudo dejar de darle vueltas. ¿Estaría bien? ¿Y qué pasaría con él? Calculaba que llevaba meses durmiendo. Posiblemente... ¡posiblemente estuviera muerto!

—...

¿Qué fue eso?

—...

Parecía un rumor. Una voz lejana. La Muerte, sin duda alguna.

—...ca...

Eso casi parecía una palabra.

—...gica...

—¿Bárbara?

—¡Gica!

La voz de Bárbara retumbaba por todo el infinito como una tormenta tropical.

Y entonces, Gica quedó cegado con una explosión de luz. Apareció ante él una especie de portal, y de su interior surgió un brazo gigantesco, el brazo de Bárbara en dimensiones colosales, agarrándolo y arrastrándolo hacia la luz.

Gica vio a Bárbara, un gigante del tamaño de un rascacielos, luchando como un titán por arrancarlo de las sombras.

Y lo sacó de ahí.

Gica cayó sobre Bárbara, que ya tenía un tamaño normal. Ambos estaban agotados, jadeando, la respiración muy acelerada.

Se miraron con una sonrisa.

—Me has salvado la vida —dijo Gica.

Bárbara rió.

—No exageres. ¿He tardado mucho?

—Meses.

Bárbara volvió a reír

Puso su mano sobre la mejilla de Gica, y ambos intercambiaron una sonrisa.

Bárbara se acercó más, decidida como un ejército ante la batalla, pero cuando sus labios estuvieron a punto de tocar los de Gica, este se desvaneció en el aire.

Bárbara se rió, mirando al azul cielo, y negó con la cabeza.

Gica despertó.

Estaba en su cama, en su cuarto en el piso que compartía con Mari y Eli. Y Bárbara estaba a su lado.

Pero ella también estaba despertando.

Se miraron en la penumbra e intercambiaron una sonrisa.

—Buenos días —saludó ella.

Gica asintió.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Me muero de hambre.

Gica se asomó al pasillo. Había ruido en la cocina.

—Espera un minutito —le pidió a Bárbara.

Ella permanecía sentada de rodillas en la cama, asintiendo monísima.

A Gica le dio un cosquilleo que le bajaba desde el estómago, pero decidió quitarse esa idea de donde fuera que estuviera.

Avanzó hacia la cocina cerrándose a conciencia la bata. A ver si por una vez podía tener suerte y estaban las dos.

Bingo.

—¡Hola! —saludó a Eli y Mari. Ambas pudieron notar que estaba algo nervioso.

—¡Hola, Gica! —saludó Eli.

—¡Buenos días! —saludó Mari—. ¿Qué tal? Anoche te acostaste muy temprano, ¿eh?



—Y eso tras andar todo el día desaparecido.

—Sí, lo que sea —interrumpió Gica—. Quería comentaros algo. Sé, o me parece, que hay una especie de protocolo al respecto de traer gente a pasar la noche, y algo me comentasteis por encima, pero tampoco os hice mucho caso porque tampoco contaba con que nada de eso fuera a pasar, pero resulta que...

—¡¡Hola!! —exclamó Bárbara detrás de Gica, haciendo que a su amigo casi le diera un infarto.

—¡Barbara! —gritó Mari avanzando hacia su amiga con los brazos extendidos.

—¡Hola, bonita! —respondió Bárbara, abrazando a Mari.

—¡No me llamas nunca, zorrupia! —protestó Mari—. ¡Y mira dónde te encuentro!

—¡Sí, tía! ¡En tu puta cocina! —respondió Bárbara, y ambas rieron.

—Bueno, al menos a Mari no le molesta —dijo Gica.

—Ah, Bárbara, esta es Eli —dijo Mari, presentando a su compañera.

—Encantada —dijo Eli, saludando a Bárbara con dos besos—. ¿La novia de Gica?

El resto de mujeres de la cocina rieron a la vez. Gica no.

—No, sólo somos amigos —dijo Bárbara—. Pero no te cortes, piensa lo que quieras, total...

—¿Y has pasado la noche aquí?

—Sí, bueno. Gica se quedó al final ayer en mi casa y bueno... ya sabes. Hoy hemos repetido, sólo que aquí —respondió Bárbara, esperando que Mari entendiera aquello a lo que en verdad se refería.

—Ah, ya veo —dijo Mari—. Volviendo a los viejos tiempos, ¿eh? ¿Café?

—Pues algo así. Y sí, gracias.

—Bueno, ya me pondréis al día.

—Claro —dijo Bárbara—. Te llamo y quedamos.

Y las dos rieron.

—Así que algo así como la fuente de todas las pesadillas —dijo Mari—. Suena raro, pero trabajando con esta gente, lo raro es normal.

Un rato después de desayunar, Eli salió a tomarse unas cañas con sus amigos mientras Bárbara y Mari se ponían al día sentadas en el sofá tomando una segunda taza de café. En cuanto Bárbara le contó a Mari lo que había estado haciendo con Gica las últimas dos noches, ella no pareció sorprendida ni decepcionada, aunque los detalles de sus aventuras nocturnas sí le resultaron bastante interesantes.

—¿Y cómo has llegado a esa teoría? —preguntó Mari.

—Si te soy sincera —respondió Bárbara—, lo soñé.

—Perfecto —respondió Gica sarcástico, mientras pasaba la fregona por el salón.

—¿Y lo has hablado con Daniel? —preguntó Mari.

—Se lo comenté el otro día, y me dijo que puede que esté en lo cierto. No podemos descartar ninguna teoría.

—Viva el método científico —susurró Gica de camino a hacer el baño.

Mari le miró mientras avanzaba por el pasillo y entraba en el cuarto de baño.

—¡¡Tenéis demasiado pelo!! —se escuchó quejarse a Gica desde el baño.

—Bueno, y cuéntame —le dijo Mari a Bárbara en tono más íntimo—. ¿Tú y Gica estáis...?

—¿Follando?

—¡No, burra! ¡Saliendo!

—No, no estamos saliendo.

—Ah, vale —aceptó Mari—. ¿Estáis follando entonces?

—Por supuesto que no.

—¿Y por qué dormís juntos?



—Porque mientras más cerca estemos, mejor funcionaremos como equipo dentro de los sueños.

—¿En serio?

—Bueno —dijo Bárbara—. Es una teoría... —añadió escondiendo la cara tras la taza para dar un sorbo.

—¡Jaja, lo sabía! —exclamó Mari—. ¿En serio te mola Gica?

—¿Pero qué coño dices?

—Te mola Gica, tía. Te gusta meterte en su cama muy pegaditos mientras sueñas que... ¡a saber qué soñarás con él!

Mari encontraba eso mucho más divertido que Bárbara.

—Capulla —protestó Bárbara.

—No, a ver, no pasa nada. El chaval es mono. Y se está poniendo más mono cada vez. Desde que hace deporte y come mejor se le ve más feliz y contento.

—No sé qué es la causa y qué es el efecto ahí, ¿eh? —respondió Bárbara.

—¿Cómo es eso?

—Verás —empezó Bárbara, asegurándose de hablar al volumen justo para que sólo Mari la oyera—. Gica arrastra... Algo. Problemas.

—¿La novia que tenía que murió?

—Joder, a mí tardó la vida en contármelo, el hijo de puta.

—Bueno, nos has allanado el camino. Me lo contó hace unas semanas. Desde entonces no había levantado cabeza. Hasta ahora.

—Bueno, pues el caso es que eso le apartaba de todo lo que venía siendo lo mejor para él, pero parece que está dando pasos adelante.

—Y esos pasos —dijo Mari, misteriosa—, ¿llevan hacia ti?

—Te odio.

—Jaja.

—No, tía —dijo ella—. Me siento a gusto con él. Pero no quiero liarme con él.

—Bueno, como quieras —dijo Mari—. Estoy hasta el chirri de hablar de tíos. ¿Te examinas este febrero?

—Sí, tía, a ver si acabo ya —respondió Bárbara—. Por eso quería acabar con todo este tema de las pesadillas cuanto antes —añadió—. Para quedarme tranquila.

—¿Y qué vas a hacer cuando acabes? —quiso saber Mari.

—Bueno, quería salir de aquí. Viajar. Tengo un curro medio apalabrado, pero en Madrid.

—Vaya, qué lejos.

—Sí. Es un asco. Pero en cuanto sea posible vente a visitarme.

—Claro, cuenta con eso.

Las dos tomaron un sorbo y guardaron silencio durante unos segundos.

—¿Y se lo has dicho? —preguntó Mari, señalando con la cabeza el pasillo.

—No.

—¿Y por qué no? —preguntó Mari.

—¿Y por qué sí? —preguntó Bárbara, molesta, evitando mirar a su amiga.

—¿Y cuándo nos volvemos a ver? —le preguntó Bárbara a Gica en la parada del autobús.

—Pues a ver, tengo exámenes hasta el 19, que es miércoles, y luego me bajo a Algeciras el 21. Pero puedes venir cuando quieras.

—Hmm, tengo el último examen el 21.

—Qué putada.

—Pues bueno, hablamos. Procuraré visitarte de noche —agregó Bárbara guiñando un ojo—. Si puedo me escaqueo un día y me invitas a gofres. Y si no, a la vuelta ya quedaremos en Carnaval, ¿vale?

—¡Claro que sí!



—Lo vamos a pasar muy bien —dijo ella colgándose de los hombros de Gica—. Nos vemos pronto —añadió antes de subir al autobús.

Entró y se giró antes de pagar el billete al conductor para dedicar un último gesto de despedida a Gica.

—¡Mucha fuerza para los exámenes, y duerme mucho!

—Capa —alludó Bárbara. —Capa, cuenta con eso.

—¿Y es lo que has dicho? —preguntó Bárbara. —¿Y es lo que has dicho?

—No sé qué es la capa y más al es que es —dijo Bárbara.

—¿Y por qué no? —preguntó Bárbara. —¿Y por qué no?

—Algo. Problemas.

—¿Y cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Bárbara.

—Pues a ver, tengo exámenes hasta el 12, que es igual.

—¿Y luego nos vemos a las vacaciones? —preguntó Bárbara.

—Hasta ahora.

—¿Y cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Bárbara.

—¿Y cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Bárbara.

## XXIII

—¡Hola! —exclamó Gica entrando por la puerta de su casa.  
—¡Mira a quién me he encontrado! —dijo su padre entrando detrás de él—. Me lo encontré tirado en la estación de autobuses y me dio penita.

La madre de Gica rió la ocurrencia de su marido mientras achuchaba a su hijo entre sus brazos.

—¡Estás más flaco! —dijo, entre sorprendida y un poco enfadada—. ¿Qué pasa, que esas dos compañeras tuyas no te alimentan de porquería?

—¡Míralo el cabrón! —saludó su hermano Andrés desde el salón—. Viviendo con dos tías, ¿eh? ¡A saber lo que haces para estar tan flaco!

—Pues hoy tienes garbanzos con chorizo —anunció su madre.

—Pues se acabó el Gica flaco —dijo su segundo hijo—. Voy a dejar esto —añadió señalando su equipaje.

Gica avanzó por el pasillo, cruzándose con su hermana a la que revolvió el pelo.

—Hola, Moco.

—Estás más flaco.

—Y tú más espabilada —respondió Gica. “Y más alta”, pensó.

Gica entró en el cuarto que durante unos días volvería a compartir con su hermano. Los dos meses que llevaba viviendo en su propio cuarto se convertían de pronto en toda una vida de paz e intimidad que ahora se volvían a perder en el correr del pasado. Pero sólo sería una semana.

Abrió el cajón de su ropa. Rebuscó y sacó una caja fuerte con un candado con combinación. Puso la combinación 2-1-3, la fecha del cumpleaños de Nuria, y el candado sal-



tó. Dentro había un buen fajo de papeles primorosamente cerrados.

Cogió una de las hojas al azar y empezó a leer.

“Mi querida Nuria:

Hace ya casi un año que te fuiste, pero la cosa no mejora demasiado. Es verdad que estoy más animado, pero no dejo de...”

Gica se detuvo ahí. No había necesidad de forzarlo.

Volvió a guardar la carta en la caja y la caja, cerrada con candado, en el cajón.

Al día siguiente, Gica había quedado con Álvaro para dar una vuelta y tomar algo mientras se ponían al día. Desde que Gica encontró piso nuevo después de navidad, apenas se habían visto, y siempre con prisas y sin tiempo para charlar un rato.

—¿Y qué tal los exámenes? —preguntó Álvaro.

—Bien, tío —respondió Gica—. Creo. A ver. Ya te diré las notas. Iratxe me irá avisando a medida que salgan.

—Pues yo creo que me van a follar duro y sin silicona.

—Sin vaselina.

—Qué bien te lo sabes, ¿eh? —rió Álvaro, dando un sorbo a su cerveza.

—¿Y Diego qué tal? ¿Cómo le va?

—Ah, ¿no te lo dije? Dejó la carrera.

—¿Ya? —se extrañó Gica.

—Sí. Mucha gente lo está dejando. Es una putada. Y parece que es normal.

—Hay gente que entra a estudiar a la universidad sin tenerlo muy claro y claro...

—Claro.

—Claro...

Los dos rieron.

—¿No lo has notado en tu clase?

—No sé, tío. Sólo tengo contacto con unos 10 ó 12 compañeros. Y de momento todos siguen.

—Bueno, es una mejora respecto al primer trimestre.

—Sí.

—¿Y qué tal con Bárbara?

—¿Qué pasa con ella?

—¿La sigues viendo?

—Sí, de vez en cuando. Pero no estamos saliendo ni nada de eso.

—Vale, vale.

—Te lo digo porque todo el mundo piensa que estamos juntos y no es así.

—Ya, ya. Pero te acuestas con ella, ¿no?

A Gica se le escapó una risita.

—Podría decirse que sí.

—¿Y qué tal?

—No te pienso contar eso.

Ambos rieron.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Gica—. ¿Vas a buscar otro compañero?

—Eso estaba pensando.

—Yo iría contigo —respondió Gica, no del todo seguro de que eso pudiera ser verdad en algún caso—. Pero la verdad es que estoy muy bien con Mari y Eli.

—Te has montado un harén guapo, ¿eh?

—¿Sabes? Creo que no necesitas pensar tanto en sexo.

Álvaro soltó una risita poco alegre.

—Lo que necesito es hacerlo.

—Eres un salido.

—Qué fácil es hablar...

—¿Vamos a echar unas monedas al recreativo? —preguntó Gica, tratando de cambiar de tema.

—Ni de coña —respondió Álvaro—. Fui ayer a ver si seguía habiendo alguna máquina de las nuestras, pero pura mier-



da. Han puesto máquinas nuevas, de 20 duros la partida. Y son juegos que te duran dos segundos la partida, con juegos mierderos y muy chorras. Máquinas de estas brutísimas, que son motos, o coches, o máquinas de puñetazos o yo qué sé qué mierdas. Muy espectacular, pero...

—Pero no es lo mismo, ¿no? —terminó Gica.

—Exacto. El fin de una era —dijo Álvaro, terminándose su bebida—. ¿Vamos a dar una vuelta?

—Venga.

Gica y Álvaro pagaron y salieron del bar, echando a andar por las calles de la ciudad.

—¿Cómo ves Algeciras desde que vives fuera? —preguntó Gica.

—Igual —respondió su amigo—. Pero... no sé. Puede que me guste menos. ¿Y tú?

—No sé —respondió Gica—. La verdad es que la noto un poco... decadente.

—¿Cómo decadente?

—No sé. No me entiendas mal. Sigue siendo mi ciudad y me gusta volver, pero... No sé, hasta hace unos meses era prácticamente todo lo que conocía. No había vivido en otra ciudad, así que... Es como si ahora la apreciara de otro modo, sólo que ahora sale perdiendo.

—Esta ciudad se te queda chica, ¿eh?

—No es eso —dijo Gica—. Más que nada porque Cádiz es mucho más chica, pero no sé. Es otro rollo. No me siento igual aquí. No sé si es la gente, el ambiente, el mar...

—Aquí tenemos mar.

—Pero está más lejos. El caso es... ¿Tú qué tal duermes?

—¿Yo? Fatal. ¿Por qué?

—Tengo la impresión de que aquí duermo peor que en Cádiz.

—Para ti al final todo tiene que ver con dormir, ¿eh? Anda que no echarás de menos el trabajo aquel que tenías...

Gica rió.

—Sí, la verdad es que sí.

—Oye, Gica —dijo de pronto Álvaro, mirando a algún punto al otro lado de Gica, con los ojos muy abiertos—. No mires allí.

Gica, por supuesto, miró allí.

Y abrió tanto los ojos por la persona a quien vio que casi se le salen los ojos. Ella también le miraba, con la misma sorpresa y con menos susto que él.

Pero Gica se relajó enseguida, y una sonrisa enorme apareció en su cara.

—¿Susi? —preguntó Gica a la chica que la miraba con una gran sorpresa.

—¡Gica! —exclamó ella, dirigiéndose hacia él, y dándole un abrazo y dos besos.

—¡Pero qué grande estás! —exclamó Gica—. ¡Cuánto tiempo!

—Sí, tío, ¿cómo estás? —respondió ella abrazando fuertemente a Gica.

—Muy bien. En Cádiz, estudiando.

—Anda, qué bien.

—¿Y tú?

—Bien. Este año empecé en el instituto.

Gica sonrió con una gran tristeza, pero pronto esta fue vencida por la ilusión.

—Espero que te vaya muy bien. Pero estudia mucho, ¿eh?

—Claro.

—Eh, Susana —llamó una de las tres chavalas que la acompañaban.

—Ah, sí, perdonad —se disculpó Susi, mientras sacaba su teléfono móvil y se lo daba a Gica—. Mete tu número de móvil —le dijo—. Este es Gica. Era el novio de mi hermana mayor.

—Hola —saludó Gica sin hacer caso a las amigas de su cuñada e introducía su número de teléfono en la memoria del móvil de Susi.



- Las amigas de Susi no parecían impresionadas.
- Ahí lo tienes —le dijo Gica a Susi devolviéndole el móvil.
- Te llamo cualquier día. ¿Cuándo te vuelves a Cádiz? —preguntó Susi dándole un toque a Gica.
- Pasado mañana —dijo este, escuchando el tono de su teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta.
- Mierda, entonces... Hablamos y quedamos la próxima vez que vengas, ¿vale?
- Claro —respondió Gica, recibiendo dos besos de Susi.
- Bueno, nos vemos. Me ha alegrado mucho verte. ¡Hasta otra! —se despidió, alejándose con sus amigas.
- ¿Esa era la hermana de Nuria? —preguntó Álvaro, alucinado.
- Sí, era ella —respondió Gica, con una sonrisa—. Es clavadita a su hermana a esa edad.
- Joder —dijo Álvaro, mirando alternativamente a Gica y a la dirección por la que se alejó Susi—. Flipo.
- Gica vio que Álvaro le miraba muy fijamente.
- ¡Ni se te ocurra pensar en eso! —exclamó Gica.

## XXIV

Gica abrió los ojos. Estaba en una playa, tumbado. Era de noche y la luna llena era inmensa, reflejando una línea ondulante en el mar en calma. Estaba en una bahía, y pudo ver tras de sí una ciudad. Justo enfrente veía una calle que subía en una cuesta impresionante. Y más cerca de él, los restos destrozados de una bicicleta.

Gica se levantó, dolorido. Miró a su alrededor. No había nadie más que él. Se acercó a la bicicleta y, de pronto, lo recordó todo. Bajaba por esa cuesta a una velocidad de locura. La bicicleta chocó contra el pretil del paseo marítimo y Gica voló por los aires, riendo de pánico, y cayó en la arena. Había alguien más, pero era de día y tenía el sol sobre ella, por lo que no pudo verle bien la cara.

Se frotó la nuca, y echó a andar hacia la ciudad.

Esta parecía estar desierta. No como si llevara años deshabitada, o como si hubiera sido evacuada. Era más bien como si toda la población de la ciudad se hubiera evaporado de repente.

Gica entró sin problemas en establecimientos, hogares y edificios públicos. Ninguna puerta estaba cerrada, pero en ninguna había rastro de nada que explicara qué había pasado.

No fue hasta entonces cuando comprendió que estaba en un sueño.

Caminó lentamente por la ciudad, admirando la belleza que, de alguna manera, había diseñado su mente dormida, y paseó sin rumbo hasta que llegó a la plaza.

Para entonces entendió, con gran conmoción, que todo aquello fue un sueño. Fue un sueño cuando salió despedido en la bicicleta, y desde entonces no había parado de soñar.



No había otra explicación. Sus últimas semanas de trabajo, las navidades, Eli, Sergio, Susana...

Y Bárbara.

Se dejó caer en una silla de la terraza de un café mientras trataba de asimilar que su vida los últimos meses no fue más que un sueño dentro de un sueño.

—¿Qué va a tomar? —escuchó una voz que, con un sobresalto, le sacó de sus pensamientos.

Era Bárbara.

—¿Bárbara?

—Sí —respondió ella.

—¿Eres tú de verdad?

Bárbara se miró a sí misma en su uniforme de camarera.

—Sí, tengo pinta de ser yo.

—Bárbara —dijo Gica—, acabo de tener una paranoia muy gorda.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella sentándose.

—Emm... ¿Eres un sueño?

—¿Tú qué crees? —preguntó Bárbara—. Concéntrate un poco antes de contestar.

—Hmm... A ver. Esto es un sueño, eso está claro.

—Ahá.

—Pero... Joder, ahora dudo de que exista alguna Bárbara en algún lugar fuera de mis sueños.

—Oh, me halagas —respondió ella, divertida.

—A ver, no. Estoy en Cádiz. Sí. Volví a casa después de los exámenes. Pero estoy otra vez aquí, porque ya tengo clase. Y... no. No, joder, qué susto. Sí, Bárbara, joder —añadió, golpeando la mesa con el puño—. Eres real, y eres tú, y estás en mi sueño —dijo Gica apresuradamente dejándose caer sobre la mesa y cogiendo a Bárbara de las manos.

—Supongo que eso me tranquiliza —dijo ella, riendo—. ¿Qué tal? ¿Me echaste de menos?

—Sí, claro —respondió él.

—Vale —dijo ella—. Yo a ti también, así que despierta.

Gica despertó. Estaba en una cama. Una cama doble, y no estaba solo.

A su lado, mirándole, el codo clavado en el colchón, la cabeza apoyada en la mano, estaba Bárbara.

—Hola, dormilón —dijo ella. Fuera, a través de una ventana que ocupaba toda la pared, una lluvia de estrellas púrpuras iluminaba el cielo nocturno.

—Por un momento —dijo Gica, mirando hacia la noche con una sonrisa—, pensé que esto era real.

—Ya, bueno —dijo Bárbara—. Ahora no están las cosas para que nos metamos en la cama. Tal vez en el futuro —bromeó.

—Ya, claro —dijo Gica, pasando de las provocaciones de su amiga—. ¿Qué tal todo?

—Bien, acabé los exámenes. De aquí a unas semanas sabré si ya soy pre-profe o algo, jaja. Luego a opositar. Me voy a morir de asco, pero bueno.

—Pues ya me contarás.

—Claro, pero antes de eso quiero que hagamos algo juntos.

Gica miró a Bárbara. Luego miró a la cama. Cuando volvió a mirar a Bárbara, esta le miraba con cara de muy pocos amigos.

—Eso no, pedazo de cerdo.

—¿Entonces qué?

—¿Recuerdas lo de la caza de pesadillas?

—¿Quieres volver a intentarlo?

—Bueno, es algo más... complicado. Pero de pronto me siento muy cansada —dijo Bárbara, tumbándose y mirando muy fijamente a Gica—. Creo que me voy a despertar pronto. ¿Te llamo mañana y quedamos para un gofre?

—Claro.

Bárbara sonrió.



—Pues hasta luego... Mejor que salgas de aquí antes de que despierte.

Gica despertó en su cama. Tal vez pudiera haber cogido la puerta, pero era más seguro y rápido de esa forma.

Miró el reloj de la mesilla. Aún eran las seis y cuarto. Pero parecía una buena hora para levantarse.

Se vistió antes de salir, lo que no fue del todo buena idea, pues su pijama, en combinación con la bata, estaba más calentito que los fríos vaqueros y las camisetas, pero así se iría despejando antes.

Eli y Mari parecían seguir durmiendo, así que procuró ir al baño y a la cocina haciendo el menor ruido posible.

Sentado con una taza de café y un par de magdalenas, Gica se vio en condiciones para empezar a preguntarse qué idea tenía Bárbara respecto a lo de cazar pesadillas de nuevo. La última vez que lo hicieron no fue nada excepcional. Bueno, parece ser que ayudaron a un chavalín con unos malos sueños, pero nada relacionado con una fuente de todas las pesadillas. ¿Existiría acaso tal cosa?

Gica bebió un poco de café mientras recordaba, con un escalofrío, cómo quedó abandonado en una eternidad de absolutamente nada.

No quería que eso le pasara otra vez.

Cuando Gica salió a la calle para ir a clase cayó en que aún era muy temprano. El sol empezaba insinuarse más allá del muelle del puerto, por el horizonte, y aún quedaba más de hora y media para que empezara la jornada en la facultad, así que no se le ocurrió otra cosa que ir hasta la Caleta.

La arena de la pequeña playa estaba húmeda y fría en la madrugada invernal.

El mes de febrero tocaba a su fin, y tras él venía marzo, con su imprevisibles días de frío o calor, según le diera. Y carnavales. Algo tardío. El primero que pasaba en Cádiz.

Recordó que le prometió a Bárbara que saldrían por Carnaval, y se preguntó si necesitaría disfrazarse.

Parecía evidente que sí, si quería pasar desapercibido...

Cuando llevaba un rato sentado en la arena, el culo se le puso tan frío que ni se lo sentía, así que miró el reloj y decidió que era un momento más que bueno para levantarse y echar a andar antes de que le tomaran por loco o algo peor.

Estuvo dando un paseo y llegó a la facultad un poco después de las ocho. Entró y se dirigió a su aula.

Fue el primero en llegar. Se quitó el abrigo, lo dobló de cualquier maneja, lo puso sobre la mesa y hundió la cara en él mientras respiraba profundamente, repentinamente somnoliento.

No estaba seguro de cuánto tiempo estuvo así antes de notar un dedo clavársele en el cuello mientras una voz, familiar, femenina, le hablaba.

—Eh, bello durmiente —le decía la voz.

Gica gruñó, tratando de espantar el dedo que le molestaba con ciegos manotazos.

—Eehhhhh... —insistió.

—¡Iratxe, joder ya! —exclamó Gica, sacando la cara de dentro del abrigo.

Vio entonces la burlona sonrisa de Bárbara cachondeándose de él.

—Lamento decepcionarte, pero no.

—¡Joder, Bárbara! —exclamó Gica—. ¿Qué haces aquí?

Gica miró a su alrededor.

—¿Es esto real?

Bárbara se sentó sobre la mesa, enfrente de Gica, rodeándole con sus piernas, y se inclinó hacia él, acercando mucho su cara a la de su amigo.

—Bésame y compruébalo.

A Gica eso no le hizo demasiada gracia.

—¿Bárbara? —preguntó una voz desde la puerta. Gica comprobó que esta vez sí era Iratxe.



—Gracias —le decía Gica a Bárbara—. Creo que no será necesario.

Bárbara rió y se volvió a mirar a Iratxe.

—Hola, niña, ¿qué tal estás?

—Bien, bien. Cuánto tiempo.

—Sí, tía. ¿Qué tal todo?

—Tirando —respondió Iratxe, sin acercarse más a los dos amigos.

—Yo ya me iba —dijo Bárbara pasando una pierna por encima de la cabeza de Gica y girándose del todo para salir de entre las largas hileras de pupitres—. Oye, a ver si nos vemos un día los cuatro, ¿te parece?

—Oh, bueno —respondió Iratxe—. Ya veremos.

—Pues nada, estaré por ahí. Os espero a la salida, que tengo que seguir hablando con el petardo este —añadió Bárbara señalando a Gica—. ¡Hasta luego!

—Adiós —se despidió Iratxe viendo salir a Bárbara—. Oh, parece que esto va en serio, ¿no? —preguntó con picardía a Gica.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gica.

—¿Por qué ha venido si no?

Gica se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea.

Hora y media después, Gica e Iratxe salían de clase. Iratxe señaló a su amigo que Bárbara estaba sentada en un banco frente a la puerta, con un libro abierto y mirando fijamente la puerta por la que salía su compañero de aventuras.

—Cabrones —se quejó Bárbara—. Podríais haber avisado que la clase era de hora y media.

—También es verdad —dijo Gica—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Vine a buscarte —respondió Bárbara—. Quería hablar contigo.

—Buff —intervino Iratxe—. Eso suena fatal.

—Tranquila, guapa —dijo Bárbara—. No es nada de eso.  
¿Tienes un rato? —añadió dirigiéndose a Gica.

—Sí, claro.

—Pues vente conmigo. Iratxe, te lo robo.

—Quédatelo. Yo no lo quiero para nada.

Bárbara agarró a Gica de la correa de la mochila y le arrastró tras ella. Él la siguió resignado.

—¿Qué querías? —preguntó Gica—. ¿Y qué haces por aquí?  
¿O es que tantas ganas tenías de verme?

—Claro que no, idiota. Bueno, sí. Sólo quería darte las buenas noticias.

—Joder, es verdad! ¿Ya sabes las notas?

Bárbara se detuvo, se giró y miró a Gica con una sonrisa en los labios.

—¡Hoy empieza para mí la apasionante vida del opositor!

—Joder, felicidades! —exclamó Gica, entusiasmado, abrazando a su amiga.

Ella respondió quedándose tensa durante un segundo, para luego corresponderle y abrazarle con cariño.

—Muchas gracias, Gica.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó él, apartándose un poco pero sin soltar su cintura.

—¿La verdad? No tengo ni idea —respondió Bárbara—. ¿Quién sabe qué va a hacer después de la carrera? Es más, ¿quién cuenta con que haya vida más allá?

—Joder, qué mal me lo pintas.

—Eres joven e ingenuo, mi querido estudiante de primer año —dijo ella mientras tomaba a Gica del cuello y le besaba en la mejilla.

Durante un segundo, Gica pensó que le iba a besar en los labios. No podría imaginar que por la cabeza de Bárbara se cruzó el mismo pensamiento.

—¡Y bueno! —dijo Bárbara.

—¿Y bueno qué?



—¿Qué tal anoche?

—¿Anoche? —Gica tuvo que hacer un esfuerzo para recordar la noche anterior—. ¡Ah, joder, sí!

—¿Qué pasó? —preguntó Bárbara llevando a Gica de la mano hacia un sitio más íntimo.

—Me quedé a medio camino desde un sueño. Emparanoiado. Por un rato pensé que todo lo que ha pasado durante los últimos meses desde que te conocí fue sólo un sueño.

—Oh, me halagas.

—Tonta. Y eso creo que ya lo has dicho.

—Tú sí que eres tonto —dijo Bárbara, riendo—. Tenía ganas de verte —dijo—. Pero de verdad, no de verte en sueños. ¿Tienes clase ahora?

—Emm... ¿Sí?

—¿Y piensas ir?

—O eso o comerme un gofre contigo.

Bárbara sonrió.

—Pues vamos allá.

## XXV

—Vaya —reaccionó Bárbara, con un trozo de gofre a medio camino hasta la boca, tras escuchar la historia de Gica—. Qué fuerte, ¿no?

—Sí —respondió Gica—. Por un segundo pensé que estaba mirando a Nuria. Joder, su hermana es clavada a ella cuando tenía su edad.

—Cuando la conociste, ¿no?

—Sí.

—Imagino que no se te habrá pasado por la cabeza...

—¡No, nada de eso! —protestó Gica—. ¿Por qué a todo el mundo se le pasa eso por la cabeza?

—¿A quién más?

—Álvaro.

—Oh, tu amigo.

—Sí.

—¿Sigue pensando que follamos?

Gica sonrió.

—¿Tú se lo has aclarado? —preguntó Bárbara.

—Yo no, ¿y tú?

—¡Por supuesto que no!

—¡Pues entonces!

—¡Pero yo no le he vuelto a ver! —respondió Bárbara mientras ambos reían.

Callaron unos segundos mientras daban cuenta de su segundo desayuno.

—¿Te das cuenta de que pasamos todo el rato hablando de sexo? —preguntó Bárbara sin levantar la mirada del plato.

—No es verdad.

—Bueno, no —concedió Bárbara, levantando la mirada—. Pero hablamos bastante.



Volvieron a comer y callar.

Gica no estaba seguro de querer seguir por ahí.

—¿Sabes cuánto llevo sin echar un polvo? —preguntó Bárbara en voz baja.

—Menos que yo.

—Imbécil.

—Eh, aquí la víctima debería ser yo.

Bárbara pareció a punto de decir algo, pero se mordió la lengua.

—Perdona —dijeron los dos a la vez.

Se miraron a los ojos y dejaron ir una risita.

—Vale —dijo Bárbara—. Dejando de lado el hecho, que respeto, que no te sientes preparado para volver a tener relaciones...

Bárbara dejó la cosa ahí, flotando. Gica la miró esperando que continuara de alguna manera.

Cualquier cosa menos dejar las cosas en el aire.

—¿Es por cuando echamos un quiqui en el sueño? —preguntó Gica, ruborizado.

—No sé —dijo ella—. A lo mejor. O no, no sé. Yo también tenía algo de ganas.

—¿De jincar?

—De jincar contigo.

Gica se atragantó con su propia saliva.

—Bárbara...

—Mira, perdona, lo siento, pero en parte es culpa tuya. ¿No tenías a nadie más a quien llevarte al catre en ese sueño?

¿Tenía que ser yo?

—No es eso.

—¿Que no es qué?

—Yo no estaba controlando. Al principio pensaba que era real. Me di cuenta de que era un sueño... ya estando en faena.

Bárbara se quedó muda.

—¿Entonces de verdad me tenías ganas?

- ¡No sé! ¡Puede que sí!
- Volvieron a quedarse en silencio.
- ¿Tienes plan para este fin de semana? —preguntó Bárbara.
- Pensaba que íbamos a quedar —dijo él, no muy seguro.
- Ya, claro, digo... Si quieres.
- El viernes vamos a ver la final en casa —dijo Gica—. Vamos, Eli y Mari, van a traer a algunos amigos. Viene Enrique. Me dijo Mari que... bueno, que te invitara. Veremos el concurso, charlaremos y picaremos. Nada fuera de lo normal.
- ¿Y el sábado? —preguntó Bárbara—. ¿Has pensado algo?
- En salir contigo —respondió Gica.
- Bárbara sonrió.
- ¿Tienes disfraz? —preguntó.
- No.
- Ya te encuentro algo.
- Bárbara se terminó el gofre.
- ¿Y me piensas invitar a ver la final?
- Me encantaría.
- Bárbara volvió a sonreír.
- Entonces contad conmigo el viernes —dijo—. Me quedo a dormir contigo, ¿vale?
- Gica se encogió de hombros.
- Claro, como quieras.
- Gica se miró al espejo.
- Estaba siendo un fin de semana muy intenso, desde luego. El sol de domingo ya asomaba por el horizonte cuando llegaron a su piso Bárbara y él. Mari se recogió temprano, y Eli volvió algo más tarde, y acompañada.
- Bárbara y Gica acababan de llegar. Gica se miró al espejo y contempló su penosa estampa. Tenía las ojeras muy marcadas, los labios rojos de sangre, la cara pálida y las arrugas muy marcadas. Su ropa estaba destrozada y llena de manchas rojas.



Intentaba mantenerse despierto el tiempo suficiente para quitarse el disfraz de zombi que Bárbara le consiguió.

Estaba en esos pensamientos cuando Bárbara entró al diminuto baño, asustándole por sus pintas.

—Me muero —dijo, más que metida en su papel de muerta viviente.

Totalmente ignorando la presencia de Gica, levantó la tapa del váter y se sentó a orinar ante un más que escandalizado Gica, el cual trató de evitar mirar a su amiga.

Ella, muerta de cansancio, apoyó la frente en la espalda de Gica.

—¿Te importa si me pego una ducha antes de meterme en la cama? —preguntó ella—. No puedo con mi alma, pero quiero quitarme toda esta mugre de encima.

—Sí, claro —respondió Gica, tratando de concentrarse en su imagen en el espejo—. Creo que yo haré lo mismo.

—Sí, gracias —respondió Bárbara, levantándose.

Miró a Gica en el espejo, y se rió de la tensión en el ambiente.

—A veces soy muy mala contigo —dijo mientras empezaba a desnudarse.

Gica se agarraba con tanta fuerza al lavabo que este parecía a punto de reventar en cualquier momento.

Bárbara estaba en bragas y camiseta cuando se detuvo. Gica seguía quieto y rígido como un monumento al muerto viviente.

—¿Te piensas quedar aquí? —preguntó ella—. Anda, hazme un favor y tráeme la mochila.

Cuando Gica entró en su cuarto tras ducharse, Bárbara estaba ya acostada, ocupando la mitad de su pequeña cama individual.

—Me prometiste una cama doble —dijo ella, más dormida que despierta.

—Creo que eso no fue así.

—Pues deberías —se quejó Bárbara.

Gica se tumbó junto a ella y se cubrió con las mantas. Mientras le colocaba la manta bien a Bárbara tras destaparle el hombro, ella agarró su mano y se cubrió el cuello con el brazo de su amigo.

—Estoy muerta —dijo Bárbara.

—¿No vas a querer ir a cazar pesadillas entonces?

—No, no tengo ganas —protestó Bárbara—. Solamente quiero dormir contigo, descansar, y olvidarme de todas nuestras responsabilidades.

Bárbara bostezó.

—Quiero soñar sin más —añadió—. No quiero saber, no quiero controlar. Sólo quiero soñar y dejarme llevar. Si quieres puedes entrar a soñar conmigo, pero, si me encuentras, tú sólo sígueme el rollo.

Ni Gica ni Bárbara recordaron al despertar qué soñaron. Y, para sí, ambos pensaron que tal vez sería lo mejor.

A la tarde siguiente, Gica despertó solo en su cama.

Dio por hecho que Bárbara se fue sin despedirse por algún motivo, pero supuso que ya hablaría con ella más adelante. No le dio mayor importancia. Bueno, un poco sí.

Volvió a tumbarse de cara a la pared y a cubrirse con las mantas, y cerró los ojos, pensando en que tal vez podría ser que soñara algo.

Entonces, escuchó la puerta de su cuarto abrirse y cerrarse, unos pasos acercarse y a Bárbara meterse en la cama, pegando su cuerpo repentinamente frío al de Gica.

Ella le abrazó, entrando rápidamente en calor.

Y le besó tiernamente el cuello desnudo.



—¿Qué me quieres decir, que no te acuerdas de lo que me contaste?  
—Pues ¿cómo se acuerda uno de lo que le cuentan?  
—¿Cómo me puedes contar lo que me contaste?  
—Nunca le contaste a nadie lo que me contaste?  
—El hombre le contó a todos, y a todos le contó lo que  
dijo de su amigo.

—¿Qué me quieres decir, que no te acuerdas de lo que me contaste?  
—Pues ¿cómo se acuerda uno de lo que le cuentan?  
—¿Cómo me puedes contar lo que me contaste?  
—Nunca le contaste a nadie lo que me contaste?  
—El hombre le contó a todos, y a todos le contó lo que  
dijo de su amigo.

—¿Qué me quieres decir, que no te acuerdas de lo que me contaste?  
—Pues ¿cómo se acuerda uno de lo que le cuentan?  
—¿Cómo me puedes contar lo que me contaste?  
—Nunca le contaste a nadie lo que me contaste?  
—El hombre le contó a todos, y a todos le contó lo que  
dijo de su amigo.

—¿Qué me quieres decir, que no te acuerdas de lo que me contaste?  
—Pues ¿cómo se acuerda uno de lo que le cuentan?  
—¿Cómo me puedes contar lo que me contaste?  
—Nunca le contaste a nadie lo que me contaste?  
—El hombre le contó a todos, y a todos le contó lo que  
dijo de su amigo.

—¿Qué me quieres decir, que no te acuerdas de lo que me contaste?  
—Pues ¿cómo se acuerda uno de lo que le cuentan?  
—¿Cómo me puedes contar lo que me contaste?  
—Nunca le contaste a nadie lo que me contaste?  
—El hombre le contó a todos, y a todos le contó lo que  
dijo de su amigo.

## XXVI

El primer lunes después del primer fin de semana de Carnaval fue bastante raro. La facultad parecía un yermo desolado. De hecho, cuando Gica salió a uno de los patios interiores, se vio en lo que no podría haber descrito de mejor manera que como un decorado de la segunda peli de *Mad Max*.

—Estoy aquí.

Gica se giró y vio a Bárbara. Vestida para la caza.

—¿Querías verme? —preguntó Gica sin saber muy bien por qué.

Bárbara sonrió.

—Sí —respondió.

Bajó del promontorio sobre el que estaba subida y se acercó a su amigo.

—¿Quieres ir de caza?

—¿Quieres ir a cazar pesadillas ahora? —preguntó Gica.

—¿Y por qué no?

—¡Porque tengo clases!

Bárbara rió.

—¿Qué pasa?

—Anda, ven —dijo Bárbara agarrando a Gica y tirando de su brazo.

—Ah, mierda, claro —dijo Gica al darse cuenta de dónde estaban.

—Eres tan mono cuando la lías...

Se dirigieron a una chabola que resistía de puro milagro en pie en medio del desierto. Bárbara apartó la chapa de ura-lita que hacía de puerta y entró al larguísimo pasillo flanqueado por un millar de puertas.

—Anda, qué conveniente —comentó Gica.

—¿Alguna te da mal rollo? —preguntó Bárbara avanzando.



—Todas ellas —respondió Gica.

—Pues elige una.

—Esta misma —dijo él señalando a la que tenía más cerca. Bárbara la abrió mientras reía.

—Pues no sé yo si esta da tan mal rollo —dijo ella observando que se encontraban en una muy acogedora habitación.

No tenía nada que ver con el cuarto que Gica tenía en el pequeño piso gaditano, desde luego. El suelo era de cálida madera oscura, y sólo la chimenea iluminaba una enorme cama.

—¡Mira, Gica! —dijo Bárbara saltando sobre la cama—. Parece que al fin has cumplido tu promesa, ¿eh?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Gica—. Ni que este fuera mi sueño.

—Bueno —dijo Bárbara, tumbándose boca arriba—, tú elegiste la puerta.

—Ya eso... ¿pero qué llevas puesto!?

—¿No te gusta? —preguntó Bárbara, arrodillándose sobre el colchón y señalando el vestido que de pronto llevaba, un conjunto extravagantemente sexy, rojo y negro, consistente en un corpiño muy ajustado, una falda demasiado corta y unas medias de rejilla.

—Sí, joder, me gusta... Pero no sé...

Gica no supo seguir, así que se volvió a mirar la chimenea.

—Haz lo que quieras... —añadió.

La chimenea no emitía nada de calor. Igualmente Gica sentía en ese momento de todo menos frío.

—Ven conmigo —dijo Bárbara.

Gica la miró, y se había vuelto a cambiar de ropa. Ahora llevaba un aún más sexy pijama de seda roja. Nada parecía indicar que llevara nada más.

—Bárbara... ¿me has traído aquí a cazar pesadillas o qué?

—Pero idiota... Tú eres la única caza que busco hoy.

Gica permanecía clavado en el mismo sitio.

—Bárbara, no puedes estar diciendo eso en serio.

—¿Por qué no? —dijo ella, retozando sobre la cama—. ¿Es que no te gusto?

—Joder, claro que sí —confesó Gica—. Pero...

Se quedó callado. Bárbara no decía nada.

—Por un segundo me lo creí —dijo Gica, volviéndose—. Tú no te rindes, ¿eh?

Gica se giró y vio sobre la cama a Nuria clavándole una mirada de ira.

—Oh bueno —añadió Gica—. No sé si “tú” es una forma correcta de dirigirme a lo que seas. No eres una persona. Y no creo que seas un ente.

—No lo es —dijo una voz desde la puerta. Bárbara había entrado. Estaba muy enfadada—. Pensé que esta noche no íbamos a hacerlo.

—No estoy aquí por gusto, eso seguro —dijo Gica.

—Lo que tú digas —dijo Bárbara—. ¿Otra vez? —preguntó señalando a la perfecta imagen de Nuria—. ¿No nos la habíamos quitado de encima ya?

—Tranquila —dijo Gica—. Esta vez la tengo controlada.

Nuria, o su imagen, seguía en pie, inmóvil, con los pies clavados en el colchón.

—No te atrevas a ignorarme. ¡No me ignores! ¡¿Es que te has olvidado de mí?!

De pronto, un coche apareció atravesando la pared de la habitación, arrojándose contra la imagen de Nuria. A punto de arrollarla.

Bárbara se volvió hacia Gica en el mismo momento en que el automóvil iba a impactar contra ella, pero Gica no miraba. Tenía los ojos cerrados, la mirada dirigida hacia un punto en el suelo entre él y Bárbara.

Y el coche estaba congelado en el tiempo, así como la imagen de Nuria.



Gica abrió los ojos mientras mantenía los labios apretados. Poco a poco se fue relajando. Abrió la puerta del coche, una máquina que no habría desentonado en una exposición de coches clásicos, y alargó la mano hacia Bárbara mientras sonreía a su amiga.

—¿Quieres que vayamos a buscar a la Gran Pelota Amarilla? —dijo Gica—. Esta vez conduzco yo.

Bárbara no pudo más que reír

—No sé si me gustas más cuando te pones chulito o me gustas menos.

—¿Por qué no subes y lo comprobamos?

—Ya no hace falta —respondió ella sentándose con una sonrisa en el asiento del copiloto—. Así me gustas menos.

## XXVII

El coche avanzaba por una carretera nocturna iluminada tan sólo por las feroces luces de un coche de cuyo motor surgía como un demonio una música de motores rabiosos.

—¿Y a dónde me llevas, machote? —preguntó Bárbara con una cantidad de sarcasmo capaz de romperle la espalda a su amigo—. No veo puertas por aquí.

—Ya encontraremos alguna —respondió Gica—. En cuanto quieras, podrás ver una.

—No sé —dijo ella—. Me gusta esto. Es como cuando te llevé a mi playa, sólo que más oscuro y tal.

—Si quieres más luz —respondió Gica—, sólo tienes que desearlo.

Bárbara se mordió el labio. Gica la miró de reojo, sin saber cómo interpretar eso.

—¿Qué pasa?

Bárbara, por toda respuesta, se sentó encima de Gica, frente a él, presionando sus pechos contra el cuello de su amigo.

—¡Bárbara, que nos vamos a matar!

—¡Claro! —dijo ella—. ¡Como si eso fuera posible!

El coche se estrelló contra nada que pudieran ver y salió volando por los aires mientras se desintegraba. Gica gritaba y Bárbara, sin soltarle de la mano, reía como loca.

Ambos cayeron de pie. Era de día y estaban en un anfiteatro ruinoso.

En el escenario, dos hombres mantenían una intensa lucha de esgrima armados con negros paraguas.

—¿Y dónde estamos? —preguntó Gica.

—En el sueño de uno de esos dos —respondió Bárbara, señalando a los esgrimistas—. No parecen muy atribulados.



—La experiencia me dice que es mejor no meterse en luchas de paraguas ajenas —añadió Gica—. Ahí hay una puerta.

—Es un vomitorio —corrigió Bárbara—. Pero supongo que valdrá

—Lo que sea —respondió Gica—. El caso es que es la puerta más malrollera que he visto nunca.

El paso a través del vomitorio estaba cerrado por una puerta negra, decorada con relieves que mostraban a demonios llevando a cabo las más abyectas acciones contra todo aquello que se le pusiera por delante.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó Bárbara—. Parece hecho así a conciencia —añadió extendiendo la mano hacia la puerta, pero deteniéndola con un sobresalto a unos quince centímetros.

—¿Qué pasa, Bárbara? —preguntó Gica.

—No sé qué hay ahí detrás —respondió ella—. Pero lo que está claro es que no va a ser bonito ni agradable.

Gica se estremeció.

—¿Una pesadilla? —preguntó—. ¿De las de con mayúsculas? ¿La madre de todas las pelotas amarillas?

Bárbara se encogió de hombros.

—Puede ser —respondió—. ¿Nos atrevemos a entrar?

Gica fue quien se encogió entonces de hombros.

—Hemos venido a eso, ¿verdad?

Bárbara agarró la mano de Gica.

Este sonrió.

—Tranquila —dijo—. No me separaré de ti.

—Muchas gracias —respondió Bárbara—. Pero era yo quien trataba de confortarte a ti.

—Ah, pues bien.

—Genial.

Los dos se quedaron quietos ante la puerta.

La puerta seguía emitiendo cada vez más mal rollo.

—¿Vamos o qué? —preguntó Bárbara.

—Dale —respondió Gica, no demasiado seguro.

Bárbara soltó una risita.

Y abrió la puerta.

—Bueno, parece que me voy a arrepentir antes de lo previsto —dijo ella.

Ante Bárbara y Gica no había nada que pudieran ver, pero mucho que pudieran sentir.

Estaban en un túnel hecho de sombras que les hacían sentir un frío que le llegaba hasta los huesos. En la negrura sólo podían verse ellos dos, pero podían oír

Habrían preferido no escuchar nada, pero, junto el constante goteo de un grifo mal cerrado, les llegaban ecos de llantos ahogados y suspiros entrecortados.

—No sé si estamos donde se supone que tenemos que estar —susurró Bárbara—, pero desde luego, algo chungo sí que hay por...

Una explosión de luz de abrió ante ellos.

Tras una milésima de segundo cegados, Bárbara y Gica comprobaron que se encontraban en un campo gris y frío, donde pequeñas briznas de hierba asomaban débiles y desgastadas entre las grandes rocas que dominaban el paisaje. El cielo estaba claro, pero no había rastro del sol.

—... aquí —terminó Bárbara.

—Iba a preguntar que dónde estamos —dijo Gica—, pero para qué.

—Te apuesto lo que quieras a que es un sueño de ese tío —dijo Bárbara señalando a un joven que estaba de pie ante ellos, vestido con un abrigo de plumas y mirando a lo que parecían ser un montón de cadáveres.

—Vaya nohecita está teniendo este.

Gica y Bárbara se acercaron con cautela al supuesto soñador, que seguía con la mirada perdida en los ojos de uno de los cadáveres.

Un cadáver que, por supuesto, tenía la misma cara del soñador.



—Hola, buenas —saludó Gica—. ¿Qué tal?

—El soñador volvió la mirada, sorprendiéndose de ver a más gente allí.

—Eh, hola —saludó este, poco convencido.

—¿Eres tú? —preguntó Bárbara señalando al cadáver.

—Sí, soy yo —respondió el cadáver.

—Oh, vaya.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el soñador.

—Mi amigo y yo salimos a dar un paseo —respondió Bárbara—, y parece que nos hemos perdido. No sé si tú también, pero tienes pinta. ¿Quieres que busquemos juntos algún sitio para refugiarnos? Tiene pinta de que va a llover pronto. O algo peor.

—Ah, claro —respondió el cadáver.

Gica y Bárbara miraron al cadáver.

Gica y Bárbara miraron a la versión viva del soñador.

Gica y Bárbara se miraron entre ellos.

—¿Venís los dos o...? —preguntó Bárbara, señalándolos a los dos alternativamente.

—No, yo, yo —dijo la versión viva echando a andar.

—Eso es un consuelo —respondió Bárbara, siguiéndole.

El soñador caminó por un camino entre dos filas de piedra. La hierba empezaba a aparecer con más frecuencia, al igual que más gente. Gente que cargaba cadáveres y los arrojaba a una pira.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Bárbara, curiosa.

—Alfredo —respondió el soñador.

—Yo soy Bárbara, y mi amigo es Jorge.

—Ah, hola.

—¿"Jorge"? —preguntó Gica en voz baja.

—Es más fácil así —respondió Bárbara.

Gica pensó que eso había de tener algún sentido, pero ya lo buscaría más tarde.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Bárbara.

—Aquí venimos a morir —respondió Alfredo.

—Qué mal rollo —comentó Gica.

La pira de cadáveres formaba una columna de humo negro que se perdía en el cielo gris y frío.

—¿Es la peste? —preguntó Gica, adivinando.

El soñador se encogió de hombros.

—Sí —respondió.

Alfredo siguió andando y Gica y Bárbara le siguieron.

—¿Por qué le preguntas nada? —abroncó Bárbara a Gica.

—No sé —respondió Gica, excusándose—. Se me ocurrió...

Alfredo se detuvo ante otro dantesco espectáculo y Bárbara y Gica le imitaron.

Los cazadores observaron con la indiferencia típica de un soñador cómo unos siervos medievales, remotamente reconocibles como humanos, cargaban las cenizas de los cadáveres quemados en unas cestas y las cargaban durante unos metros, donde los amontonaban con otros cientos de cadáveres quemados. Bárbara se acercó a la pila de cenizas, seguida por Gica. Los cadáveres reducidos a ceniza clavaban sus ojos exageradamente abiertos en los dos amigos.

—Espera un momento —dijo Bárbara sacudiendo la cabeza—. Esta peña no está cremada. Sólo están...

—¿Cubiertos de ceniza? —terminó Gica por ella.

—Sí, eso. O ni eso. Es como si los hubieran pintado de gris y punto.

—Es verdad. Al principio no me di cuenta.

—¡Sois las peores cenizas del mundo! —gritó Bárbara a los montones de supuestas cenizas.

Estos se limitaban a mirarla sin hablar.

—¡Gica, nos estamos perdiendo! —dijo ella.

—¿Y qué hacemos?

—Está claro que sólo podemos hacer una cosa —contestó Bárbara justo antes de desaparecer.



—¿¡Qué!?! ¡Bárbara! —llamó Gica desesperadamente en el momento exacto en el que sintió un golpe en la mejilla y despertó de repente en su cama. Bárbara estaba recostada un poco encima de él. Todavía tenía la posición en la que se quedó tras abofetear a Gica. Su pelo rubio oscuro caía a pocos centímetros de la cara de Gica.

A los dos les pareció que llevaban así una eternidad. Y a ninguno de los dos le parecía mal.

—Ay —protestó bajito Gica bastante tarde—. ¿No había otra forma de despertarme?

—Puede —dijo Bárbara—. Pero no había tiempo.

—Apuesto a que sí lo había. Pero da igual.

—Perdóname —dijo Bárbara.

Eso pilló a Gica desprevenido.

—Bueno... Tampoco me ha dolido tanto.

—No es por... Bueno, es igual —añadió apartándose un poco de Gica y tumbándose a su lado.

A Gica le pareció por un momento que la respiración de Bárbara se había acelerado y vuelto a estabilizar.

Y lo sabía porque su pecho subía y bajaba apretando el suyo propio.

—Hemos estado a punto de liarla en la cabeza de ese tío, ¿eh? —dijo ella.

—¿Es porque le pregunté lo de la peste?

Bárbara asintió con la cabeza.

—No le metas ideas a la gente durante sus sueños a no ser que sea para ayudarles —dijo Bárbara—. Deberías saberlo.

—Supongo que hay muchas cosas que debería saber.

Bárbara le miró fijamente a los ojos. A pesar de la oscuridad reinante, la escasa luz que les acompañaba a esas horas era más que suficiente para que Gica supiera que algo pasaba por la cabeza de su amiga.

—No sé si son cosas que deberías saber —dijo Bárbara—. Pero hay cosas que quiero que sepas de mí.

—Ah, ¿y eso?

—Porque eres importante para mí —dijo ella—. Y quiero serlo también para ti.

—Y... y lo eres, Bárbara —respondió Gica, confuso, pensando si estaban en un sueño.

Y no, no lo estaban.

—Pero yo... yo sé cosas de ti. Sé de tu pasado, de aquello contra lo que has luchado, lo que has sufrido... Para mí ahora mismo eres la persona más importante del mundo. Eres mi amigo, mi colega, mi compañero y... joder, estoy metida en tu cama. Y no sabes nada de mí. Para ti no soy más que... No sé. Quiero ser una persona importante de tu vida. Dejar alguna marca en tu memoria. Y no seguir ni un día más pensando que el día en el que salgas de mi vida tardes nada en dejar de pensar en mí como tu amiga, tu colega... Y bueno, ya sabes.

Gica estaba muy confundido. Lo único que tenía claro en ese momento es que ni eran horas ni él estaba en condiciones de tener esa conversación en ese preciso momento.

—¿Qué sabes de mí? ¿Qué sabes de mi pasado?

—No... no sé. Lo que me has contado.

—Eso es un poco obvio, ¿no? —dijo ella apoyando la cabeza contra el pecho de Gica.

Por un segundo, eso le dio algo de paz.

—Quiero... Quiero saber cosas de ti, Bárbara —contestó él—. Quiero conocerte mejor. Eres... bueno, como mínimo, mi mejor amiga. Y no había caído en que en verdad no sé tanto de ti como tú de mí ni de lejos. Y cuando quieras contarme cosas de ti, estaré allí deseando escuchar. Puede... no sé, ahora a lo mejor no es plan de que me detalles tu vida y obra, pero, poco a poco...

Bárbara sonrió.

—Cuéntame algo, mira, aprovecha mientras pillamos el sueño.

—¿Qué te cuento?



—No sé... ¿Cuál es tu sueño?

Bárbara rió.

—Te pasas el tiempo metido en mis sueños, ¿y me tienes que preguntar eso?

—Vete al peo, Bárbara.

Ella no pudo evitar reír.

—Te estaba vacilando —dijo—. No lo sé, tío. Quiero viajar, conocer otros pueblos y culturas, ya sabes, lo típico. Quiero hablar una docena de idiomas y entrar en los sueños de gente de todo el planeta para conocerles mejor.

—Yo pensaba que “lo típico” era formar una familia y esa mierda.

—Ah, sí, puede —concedió Bárbara—. Pero eso no. Eso no me interesa tanto.

—¿Es porque...? ¿Por qué?

—No sé. Ya sabes que nunca he sido de parejas en serio. Pero no sé qué es la causa y qué el efecto ahí. O si tienen algo que ver, la verdad.

—No sé —añadió Gica sin añadir nada—. Tampoco importa, ¿no?

—No sé —repitió Bárbara—. Supongo que algún día lo tendré claro, o cambiaré de idea, para posiblemente volver a cambiar más adelante.

—Pero vamos, que no es algo que te quite el sueño, ¿no?

—No, que os jodan a los tíos —rió Bárbara, abrazando a Gica—. Me apetece más vivir mi vida plenamente que hacerlo a medias con alguien que me lastre.

—Eso está bien.

—Gracias.

—¿Por qué no aguantas mucho con tus...? Bueno, con tus rollos. ¿Son ellos o eres tú?

—Los dos. No sé, en los dos casos anteriores... ya sabes. Sales con alguien un par de veces, te lías, o te lías y luego sales un par de veces. Dejáis de veros y de quedar un tiempo,

y luego os volvéis a ver y les das una oportunidad... pero no. No cuaja.

—Y ahí se queda la cosa, ¿no?

Bárbara bostezó.

—Eres el tío con el que he durado más tiempo.

Gica se quedó sin respuesta a eso.

—Bueno, suponiendo que estuviéramos saliendo.

—Claro claro.

—Pero bueno. Quedamos para merendar, y pasamos muchas noches juntos...

La voz de Bárbara se fue apagando poco a poco. Gica dio por sentado que se había dormido.

—La verdad es que eres el único con el que he dormido —dijo Bárbara finalmente.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—Pues en la montaña de cristal de las noches frías —respondió él.

Bárbara rió. Gica no pudo evitar reírse también.

—Estabas en la cama. Te dormiste mucho antes que yo. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No mucho. ¿Qué es eso de la montaña esa?

—No sé. Se me ha ido la cabeza un momento. Pensaba que de verdad había estado en lo que fuera esa.

—Ya, ya —respondió Bárbara—. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que Gica la miraba de forma rara.

—Te veo... diferente. Pero no sé qué es.

Bárbara rió.

—¿En serio, tío? —preguntó ella.

—Eh... ¿Eh en voz?

—¿Qué le pasa a mi voz?

—¿Por qué de repente hablas en susurros?

—No sé. Me apetece. ¿Es lo único que me ves diferente?

—Creo... Creo que no.



on o sea, habiéndole ya enseñado a volar y a volar se volará.

— Bárbara, no.

— Te pases el tiempo mirando el cielo y pensando en volar.

que preguntar eso?

— Este es el tipo de que he durado más tiempo.

— Ella no pudo evitar eso.

— Te enseñaré a volar.

conocer otros países y volar y volar y volar.

— Esto parece el mundo para volar y volar y volar.

de todo el mundo para conocerlos mejor.

oír que el mundo es un teatro y que el teatro es un mundo.

— obispo y el mundo es un teatro y el teatro es un mundo.

me interesa tanto.

— ¿Es porque?

— No sé. Ya sabes que nunca he sido de parecer en nada.

Pero no sé qué es la causa y qué es el efecto ahí. O si dicen que

que ver la verdad.

— No sé — añadió Bárbara — Tampoco.

ta, ¿no?

— No sé — repitió Bárbara — Supongo que algún día lo

dré claro, o cambiaré de idea, para posiblemente volar.

cambiar más adelante.

— Pero vamos, qué no es algo que te quite el sueño.

— No, que te joden a los dos — dijo Bárbara, abrazándose.

Gica. — Me apetece más vivir mi vida plenamente que hacer

a medias con alguien que me lastre.

— Eso está bien.

— Gracias.

— Por qué no aguantas mucho con tus? Buena, con

rollos. ¿Son ellos o eres tú?

— Los dos. No sé, en los dos casos anteriores.

Salas con alguien un par de veces, te lías, o te lías y luego

sales un par de veces. Dejáis de veros y de quedar un tiempo.

## XXVIII

Cuando Gica abrió los ojos, Bárbara estaba de pie dándole la espalda, y mirando la eterna inmensidad del océano celeste que se abría ante ellos.

—Eh, Bárbara —llamó Gica.

Su amiga se volvió, le miró de arriba a abajo y sonrió.

—Estás desnudo —dijo ella.

Y era verdad.

—También tú —dijo él.

—No es verdad —respondió Bárbara.

Y tenía razón. O la tenía en ese momento.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—Pues en la montaña de cristal de las noches frías —respondió él.

Bárbara rió. Gica no pudo evitar reírse también.

—Estaba en la cama. Te dormiste mucho antes que yo. ¿Llevas mucho rato esperando?

—No mucho. ¿Qué es eso de la montaña esa?

—No sé. Se me ha ido la cabeza un momento. Pensaba que de verdad había estado en lo que fuera eso.

—Ya, ya —respondió Bárbara—. ¿Qué pasa? —preguntó al ver que Gica la miraba de forma rara.

—Te veo... diferente. Pero no sé qué es.

Bárbara rió.

—¿En serio, tío? —preguntó ella.

—Es... ¿Es tu voz?

—¿Qué le pasa a mi voz?

—¿Por qué de repente hablas en susurros?

—No sé. Me apetece. ¿Es lo único que me ves diferente?

—Creo... Creo que no.



—Tengo el pelo negro, Gica —contestó ella—. Eso te debió dar una pista.

—¡Ah, coño!

—¡Y mi cara y todo, joder, Gica! ¡Soy completamente otra persona por fuera!

Ahora que Gica empezaba a agarrarse a la verdad en la que estaba, empezaba a ser consciente de lo que le decía Bárbara. Aparte del pelo negro, tenía la nariz respingona, los ojos más oscuros y la piel más morena. Aunque mantenía la misma altura, sus hombros y su cintura eran más estrechos.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó Gica.

—Ahí hay una puerta —contestó Bárbara señalando al inmenso océano—. Y tenemos que entrar por ella.

—¿Allí? ¿Cómo lo sabes? ¿Y por qué tenemos que entrar?

—¿Y por qué con estas pintas? Porque la persona que hay tras esa puerta nos conoce.

Gica abrió mucho los ojos.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién, pedazo de imbécil? ¡Es Iratxe!

—¿Cómo sabes eso?

—¡Lo sé y punto! ¡Está ahí abajo, y tiene un mal rollo del cagarse!

—¿Y qué hacemos!?

—¡Bajamos ahí y salvamos a tu amiga, ¿qué vamos a hacer si no?! —contestó Bárbara agarrando el océano por el borde y levantándolo como si fuera una manta—. Anda, entra y vamos a buscar esa puñetera puerta.

Gica se encogió de hombros y se arrastró bajo el océano.

—Eh, eh —le interrumpió Bárbara—. Pero antes, cámbiate un poco —añadió señalándose a sí mismo.

Para cuando Bárbara se dio cuenta, Gica era un tipo pálido de casi dos metros y pelo largo y ondulado bastante más guapo que su yo real.

—Vale —aprobó Bárbara con una sonrisa—. Eso servirá.

Bárbara fue levantando el océano sobre su cabeza mientras Gica le seguía haciendo lo propio.

—Nunca había estado en el fondo del océano —dijo Gica—. Bueno, sí, ya sabes, pero no de esta forma.

—Ya, yo tampoco —respondió Bárbara.

Se hizo el silencio.

—¿Pasa algo? —preguntó Gica.

—¿Eh? ¿Por qué lo preguntas?

—No sé —respondió Gica—. Antes... antes me dio la impresión de que me querías decir algo.

—¿Antes cuándo?

—Antes fuera —respondió Gica—. En la cama.

—Ah, eso. No es nada.

Bárbara se volvió sonriendo. Aunque ya no era la chica de pelo rubio y facciones más duras de antes, seguía siendo ella.

—Me parecía que pasaba algo —añadió Gica.

—Pues no, no —insistió Bárbara—. Todo está bien. ¿No?

—Sí, por mí sí —respondió Gica—. Por mí no hay queja.

—Vale, perfecto.

—Perfecto.

Sin embargo, Gica permanecía con la duda, y Bárbara no podía culparle por ello.

Siguieron caminando por el fondo del océano durante un millón de kilómetros hasta que Bárbara se detuvo.

—Aquí estamos —dijo señalando el suelo ante sus pies.

Gica se asomó sobre el hombro de su amiga y vio una escotilla negra que emanaba una oscuridad que podían notar en sus gargantas.

—Ahí está Iratxe —dijo Bárbara, y Gica sintió miedo—. Y ahora es tu momento de ser su héroe.

—No el mío —respondió Gica—. Los dos, ¿vale?

Bárbara asintió con una sonrisa.

—Aguanta el cielo un rato.

—El océano.



—Eso.

Bárbara se arrodilló y abrió la escotilla, saltando en su interior. Apenas un par de metros abajo, alcanzó el suelo y se incorporó mientras Gica caía a su lado. Ambos miraron a su alrededor. Estaban en una inmensidad negra sin nada más a su alrededor.

—Bueno, aquí estamos otra vez —dijo Bárbara—. Solos en la oscuridad.

—¿Esto es la cabeza de Iratxe? —preguntó Gica—. Tiene peor pinta de lo que pensaba.

—Esta chavala está mal, tío —dijo Bárbara—. Pero vamos a ayudarla, ¿vale? —añadió tomando la mano de su amigo.

Gica la miró. Estaba sonriendo. Pero no estaba feliz.

Él no pudo evitar abrazarla en ese momento.

Estuvieron así como cinco segundos o siete años.

—¿Y eso? —preguntó Bárbara.

—No sé —respondió Gica—. ¿Vamos?

—Vamos.

Bárbara empezó a caminar hacia la oscuridad.

—¿Dónde está Iratxe? —preguntó Gica—. O lo que sea. Aquí no se ve nada.

—Está cerca —respondió Bárbara—. Tranquilo, que la encontraremos.

Estaba terminando Bárbara de hablar cuando sobre ellos cayó un foco de luz que iluminaba todo a unos 10 metros a su alrededor.

Aunque “todo” fuera solo un par de figuras. Una de ellas gigantesca, y la otra diminuta a su lado.

Bárbara y Gica tragaron saliva al ver a un Sergio de unos 5 metros sentado en silencio en un trono de piedra, mirándoles en silencio, la mirada de hielo y la mandíbula de cemento. A sus pies, encogida, desnuda, con una correa al cuello sostenida con puño de acero por su gigantesco novio, Iratxe era un ovillo encogido y sollozante.

—¿Pero qué mierda es esto? —preguntó Gica.

—Ya te decía que este cabrón me daba mal rollo.

Bárbara se acercó hacia las dos figuras, y Gica la siguió tras dudar un segundo.

—¿Qué es esto? —preguntó Gica.

—Esta es la relación mierdosa de estos dos, Gica —respondió Bárbara.

—¿Es que Sergio...? Bueno, ¿le hace esto a Iratxe?

—Metafóricamente al menos, sí.

Sergio seguía con la mirada a los dos amigos, sin reaccionar de ninguna manera.

—Este mierda es un tío posesivo, celoso, e Iratxe no sabe cómo librarse de esta relación de mierda —susurró Bárbara al oído de Gica—. Pero puede hacerlo. Puede librarse de este cabrón.

Bárbara apretó los puños. Gica podía sentir la ira aflorando en cada uno de sus poros.

—¿¡Pero qué coño es esto!? —gritó Bárbara.

Iratxe saltó, y, al ver a los dos desconocidos, corrió a esconderse tras el trono de piedra. El Sergio gigantesco, por su parte, no reaccionó de modo alguno.

—¡Iratxe, explícame esto!

—¡Vete! —gritó Iratxe desde su escondite—. ¡Los dos! ¡Dejadme sola!

—¡Y una mierda! —protestó Bárbara corriendo hacia donde estaba Iratxe—. ¡Sal de ahí y habla conmigo!

—¡Dejadme en paz, joder! —protestaba Iratxe, tratando de evitar a Bárbara y dando la vuelta completa al trono, hasta que la tensión de la correa evitó que pudiera seguir haciéndolo.

—¡Y una mierda! —repitió Bárbara—. ¡Escúchame!

—¿No te estás pasando un poquito, Bárbara? —preguntó Gica.

Bárbara respiró hondo, mirando los aterrados ojos de Iratxe.

Entonces se arrodilló y abrazó a la pobre chica.



—Perdona, cariño —dijo en un tono mucho más suave—. No debí gritarte así.

Bárbara clavó sus nuevos ojos en los enormes y llorosos ojos marrones de Iratxe.

Se quitó la larga chaqueta que vestía y la usó para cubrir el cuerpo desnudo de la soñadora.

—Perdóname —repitió—. Pero... No he podido evitarlo —continuó—. Me da rabia ver... esto —añadió señalando al inmóvil Sergio, que seguía el desarrollo de los acontecimientos en silencio—. Este... monstruo.

Bárbara respiró hondo.

—Sé cómo es. Sé cómo te trata. He visto sus sueños. Y sé cómo acaba todo. Si no haces algo.

—¿Y qué puedo hacer?

—¡Pues le dejas! —contestó Bárbara.

—¡No puedo hacerlo!

—¡Claro que puedes! ¡Coges el teléfono, marcas su número y le mandas a la mierda! ¡Iratxe, eres una tía guapa, majísima, inteligente, con toda la puta vida delante y todo el mundo para hacerte feliz! ¡No vas a verte encerrada en un futuro de mierda con un tío que te va a joder la vida cuando no tienes más que mandarle a freír puñetas! —. Bárbara daba la impresión de que fuera a romper a llorar en cualquier momento—. ¡Sólo tú puedes salir de esta!

—Bárbara —llamó Gica, tratando de calmar a su amiga.

—¡Sólo tú puedes hacerlo! ¡Y lo vas a hacer por ti! ¡Sabes que es lo que deseas! ¡Y no tienes que tener miedo de nada! ¡Tienes a tu familia, a tus amigos, a gente que va a estar a tu lado! ¡Tienes que salir de aquí cuanto antes, porque cuanto más tardes más te va a costar!

—¡Bárbara!

—¡No, Gica! ¡Déjame! —. Bárbara respiró profundamente. Parecía que se fuera a desmayar en cualquier momento—. Sé cómo va esto. Y sé cómo acaba...

La cazadora se desmayó de pronto en los brazos de Gica, que la agarró en el momento exacto en el que veían una pelota amarilla formarse alrededor de la cabeza de Iratxe.

Con un esfuerzo sobrehumano, Bárbara extendió la mano hacia Iratxe a la vez que su disfraz y el de Gica empezaban a desvanecerse. Iratxe, por su parte, tomó la mano de Bárbara mientras rompía a llorar.

—Sabes qué es lo que quieres hacer. Y sabes que tengo razón. Tú puedes hacerlo —añadió completamente agotada—. Puedes hacerlo. Nadie más que tú puede y lo sabes.

Bárbara respiró hondo.

—Afortunadamente para ti, nos tienes a nosotros para ayudarte...

Bárbara levantó la mirada y miró a Gica con ojos agotados.

—No puedo conmigo —añadió—. A partir de aquí te lo dejo a ti.

Y desapareció.

Gica se quedó contemplando el espacio vacío que segundos antes había ocupado Bárbara, y luego dirigió la mirada a Iratxe.

—Ella tiene razón —dijo Gica, comprendiendo.

Iratxe no podía más que sollozar.

—Iratxe, puede que sea un imbécil, un idiota y un tonto del culo que no sabe nada de nada, pero sí sé dos cosas —continuó, improvisando, tratando de ganarse la confianza de Iratxe—. La primera es que soy tu amigo. Posiblemente el único capaz de aguantarte cualquier día a cualquier hora.

Iratxe soltó una risita entre las lágrimas.

—Y la segunda es que me tendrás a tu lado para apoyarte siempre. Y a Bárbara, y a nuestros amigos de clase. No te vamos a dejar sola. Te vamos a apoyar en todo. Podrás contar conmigo para lo que sea. Quiero ayudarte. No sé cómo lo haré, pero haré todo lo que pueda. Pero el primer paso lo tienes que dar tú.



La pelota amarilla cayó inerte sobre la palma de la mano de Gica.

—Yo te estaré esperando al otro lado.

Iratxe abrazó fuertemente a Gica, y le dirigió una mirada llena de agradecimiento.

—Eres un idiota —dijo ella—. Supongo que por eso te quiero tanto.

Poco a poco, la imagen de Iratxe se fue desvaneciendo. Gica entonces se dio cuenta de dos cosas. La primera era que el Sergio gigante hacía rato que había desaparecido. Y eso era bueno. La otra era que Iratxe estaba despertando y él seguía en su sueño. Y eso no era tan bueno.

Barbará abrió los ojos. Tranquila, descansada, llena de paz. A su lado, Gica respiraba pausadamente, en calma, con una sonrisa en los labios. Bárbara tuvo por un momento la idea de hacer algo con esos labios. Algo que normalmente no haría.

Pero algo llamó poderosamente su atención.

Lo primero fue ver que Gica se había quedado repentinamente congelado en el tiempo, como una estatua de carne que ya no respiraba ni realizaba ningún otro movimiento.

La otra era una presencia opresiva en el ambiente. Quería apartar la mirada de Gica para ver qué era, pero ya sabía qué era, y tal vez por eso no era capaz de moverse.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantar la mirada y comprobar que, en efecto, tres formas la esperaban en la oscuridad de la habitación.

Tres esferas amarillas.

Una de ellas, en el centro, detenida, visiblemente más grande que las otras dos, las cuales orbitaban alrededor de la primera.

Bárbara sintió cómo el terror exprimía el aire de sus pulmones, pero ella lucharía. Por lo pronto, respiró hondo y forzó una sonrisa.

—Eso te ha jodido, ¿verdad que sí? —dijo, desafiante.

La esfera central empezó a crecer lentamente, cada vez más rápido, hasta alcanzar una altura de casi un metro y una forma ovalada.

—Porque me has escuchado, ¿verdad que sí? Y fijo que te ha dolido más que nada en toda tu puta vida.

Poco a poco, la esfera mayor empezó a adoptar una forma vagamente humana mientras Bárbara reunía todas sus fuerzas para levantar a todo el universo sobre ella hasta ponerse de pie sobre la cama. Dio medio paso hacia las esferas, con cuidado de no pisar a Gica, y, encorvada, luchó para erguirse ante la esfera, que empezaba a adoptar una forma, un rostro. Una cara conocida y a veces olvidada. Una cara que nunca pudo volver a ver, o recordar, con una sonrisa en los labios.

—Pues te jodes —dijo Bárbara—. Ya has visto de lo que soy capaz. Y si lo he hecho con Sergio, puedes apostar lo último que tengas que, desde luego, podré hacerlo contigo.

Bárbara levantó la cabeza, sacó pecho y apretó los puños con tal fuerza que el mundo era todo un huracán y ella era su ojo.

El fuerte viento que se generaba a su alrededor comenzó a erosionar esa cara que una vez amara, esos labios que tantas veces besara, y esos ojos que se prometió olvidar hace ya tanto tiempo.

—¡Esta vez es para siempre! —gritó Bárbara.

Y todo el universo se apagó.

Bárbara despertó de pronto en la cama de Gica con tal espasmo que temió despertarle de una patada. Su amigo estaba tumbado a su lado con la boca abierta y respirando agitadamente.

El primer impulso de Bárbara fue despertarle, pero al instante comprendió que aquello sería un error.



“Será mejor que vuelva a entrar”, pensó durante un segundo, justo antes de comprender que estaba demasiado espabilada como para ni siquiera poder soñar con ello.

De nuevo estuvo a punto de despertar a Gica. Las cosas se podían poner feas en el sueño de Iratxe, pero tal vez sacarlo de allí sería aún peor.

Cuando más nerviosa se estaba poniendo, Gica abrió un ojo.

—Bárbara... —susurró.

—Joder, tío, qué susto. ¿Ha ido todo bien?

Gica asintió.

—Sí. Pero por poco me quedo dentro. ¿Y tú cómo estás?

Bárbara resopló.

—Yo bien, bien. Siento no haber podido ayudarte al final.

Gica negó con la cabeza.

—No pasa nada. Lo has hecho tú casi todo. Y ahora ella estará bien.

—Me alegro, tío —dijo Bárbara, abrazándole—. Tenía un muy mal presentimiento con todo esto.

—Tenía una pelota amarilla —dijo Gica—. Pero me deshice de ella.

—Muy bien hecho, tigre.

Permanecieron en silencio, abrazados, en la oscuridad.

—Tengo que explicarte lo que ha pasado antes.

—Claro, cuando quieras.

—Ahora no.

Gica sonrió, y besó la frente de Bárbara.

—Cuando quieras.

Volviéron a guardar silencio entre las sombras.

—También quiero contarte algo de las pelotas amarillas y la grande y gorda que tiene que estar en algún lado —dijo Gica.

—Cuéntame.

Bárbara respiró hondo.

—No creo que haya una fuente de todas las pesadillas, Bárbara —dijo—. Las pesadillas están en nosotros y siempre lo estarán. En ti, en mí y en todo el mundo.

—Lo sé —admitió Bárbara.

—Y aún así, querías que fuéramos a cazarla, ¿no?

—Cazar sueños es algo que sólo puedo hacer contigo. Y me gusta estar contigo, Gica.

El mundo a su alrededor se descompuso en un polvo fino y ligero que fue esparcido por una brisa suave hasta desaparecer, y sólo Gica y Bárbara estaban en pie en medio de un gran salón de suelos de mármol y columnas que se perdían en el cielo.

—Además —añadió Bárbara—. Es algo que sólo nosotros podemos hacer. Y, aunque no podamos con todas las pesadillas... tenemos que ayudar a tanta gente como podamos.

Gica escuchaba en silencio mientras Bárbara se acercaba a él, no comprendiendo hasta entonces que volvían a estar dentro de sus sueños.

—Sigue habiendo pelotas amarillas rondando las cabezas de la gente. Tú lo has visto y yo también. Están ahí seguramente desde siempre, pero tú y yo...

—Podemos ayudar.

—Y lo haremos, ¿verdad?

—Claro que sí.

Bárbara sonrió a Gica, ladeando un poco la cabeza.

—En parte siento que debería pedirte perdón —dijo—. Pero en parte creo que no hace falta.

—Es igual —respondió Gica—. Yo creo que tengo que darte las gracias.

Bárbara sonrió.

—¿Por qué? —preguntó, a pesar de conocer la respuesta.

—Por guiarme en este mundo, por enseñarme a cazar sueños. Y por ser mi amiga y compañera.

—Eres idiota —respondió Bárbara, eludiendo mirar a Gica.



Cuando finalmente le miró, segundos después, él estaba mirando hacia delante, hacia un lugar en el que Bárbara sólo podía ver un horizonte inabarcable.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—¿Ahora? —preguntó Gica—. Ahora, igual que siempre, ¿no?

Bárbara se acercó a él.

—O a lo mejor no.

Tomó la cara de él entre sus manos, y acercó, lentamente, sus labios a los de él.

Estaban tan cerca que, aun en sus sueños, podía notar el aliento de él rozar sus labios.

—Ahora —dijo Bárbara—, despierta.

## XXIX

Gica despertó.

A su lado, Bárbara le miraba con una sonrisa en los labios. Una sonrisa llena de picardía.

—Buenos... Buenas tardes —dijo ella.

—¿Qué hora es?

—Ni idea.

Gica sonrió.

—Estabas allí, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que estaba allí.

—¿Y lo que dijiste...?

—¿Lo de seguir cazando sueños y pesadillas, una a una, hasta que puedan con nosotros? Cuenta conmigo.

Bárbara se volvió y cogió su teléfono de la mesita de noche.

—Son las cuatro y cuarto —dijo Bárbara—. ¿Tienes hambre? Porque yo tengo hambre.

—¿Te preparo algo? —preguntó Gica.

—No sé, tío, no quiero salir de la cama.

—A ver, perdona...

Gica intentó pasar por encima de Bárbara, pero cuando estaba a punto de cruzar al otro lado, ella le agarró, hasta el punto de que estuvo a punto de caer sobre ella y aplastarla, pero logró apoyarse en sus brazos a lo justo.

Estuvieron así, quietos, durante casi un minuto, hasta que Bárbara rodeó la cintura de Gica con sus brazos.

Él, por su parte, apartó uno de los rubios cabellos que caían sobre los ojos de su amiga, y acabó entrelazando sus dedos entre los cabellos de ella.

—Muchas gracias —dijo ella.

—¿Por qué?



—Porque me da la gana —respondió antes de darle a Gica un rápido pico.

O tal vez fuera él quien se lo dio a ella.

—¿Irás a clase mañana? —preguntó Bárbara mientras mendaraban el almuerzo.

—Mañana es fiesta —respondió Gica—. ¿No?

Bárbara dudó.

—¿Quién sabe? —dijo Bárbara—. ¿Y a quién le importa? ¿Tienes planes para esta semana?

—Pues... La verdad es que no.

—¿Quieres que quedemos el miércoles?

—Sí, claro. Vale... ¿Dónde?

—Temprano —respondió Bárbara—. Tengo... Me voy de viaje.

—¿En serio? —preguntó Gica—. ¿A dónde?

—Me voy a Madrid.

—Ah —respondió Gica, sorprendido—. ¿Tú sola?

—Sí, una temporada. Tengo... Me ha salido un trabajo. Daniel me ha puesto en contacto con compañeros suyos de allí. Necesitan de mi ayuda. Están llevando esto a otro nivel. Puede que pronto te necesiten también a ti. Aquí o en otro sitio.

—Ah —volvió a decir Gica—. ¿Y será mucho tiempo?

—Hasta junio.

—Oh.

El silencio calló como una losa sobre ellos en la cocina.

—Supongo que es un primer paso para cumplir tu sueño, ¿no? —dijo Gica, fingiendo una sonrisa.

—Supongo, sí, pero sólo tres meses —dijo Bárbara al fin—. No es para tanto.

—No me... ¿Cómo es que no me habías dicho nada?

—Porque no era nada seguro.

—Pero parece que ya lo era, ¿no? —dijo Gica, más triste que enfadado.

—Sí, lo siento. Lo supe el jueves.

—Pero hasta hoy...

—No te lo he dicho hasta ahora por una razón, Gica —dijo Bárbara—. No quería que esto pareciera una despedida.

—¿Y por qué no?

—Porque entonces sería una despedida...

Bárbara se terminó la comida y se dirigió al baño.

Cuando volvió a la cocina, Gica seguía tal y como le dejó, pero ella estaba ya vestida y lista para irse.

—Creo que me voy a casa —dijo Bárbara—. No hace... No me acompañes si no quieres.

—No, déjalo —dijo él—. Voy contigo.

—¿De verdad?

—Claro, claro —dijo Gica—. Creo... que tengo que aprovechar que todavía estás aquí —respondió con una sonrisa en los labios y una lágrima luchando por aguantar.

El miércoles hizo un día soleado y cálido, demasiado para lo que esperarían del mes de marzo, pero la primavera se acercaba y se dejaba intuir en el cielo y el viento.

—¿Qué vas a hacer sin mí esta primavera? —preguntó Bárbara.

—Aburrirme —dijo él—. Y no comer gofres.

—No sea que te acuerdes de mí, ¿eh? —dijo ella.

Gica respondió con una sonrisa.

—Sueña mucho —pidió Bárbara, tomando a Gica de las manos—. Cuando duermas y cuando estés despierto. Escríbeme siempre que quieras y llámame siempre que puedas. Mándame mensajes y dame toques, lo que sea, pero asegúrate de que no me olvido de ti, ¿vale?

—Me das miedo.

—Tenme miedo, Gica —dijo Bárbara—. Y cuando sueñes, cuando estés controlando, trata de encontrarme. Yo haré todo lo posible por encontrarme contigo. Estaremos muy le-



jos, pero si nos esforzamos, podremos estar juntos en nuestros sueños.

Gica asintió y se fundieron en un abrazo que duró menos de lo que a los dos les hubiera gustado.

—Ten —dijo ella, sacando un paquete de la mochila.

—¿Qué es eso?

—Un regalo, imbécil —dijo ella.

—Yo no te he comprado nada —dijo él aceptando el regalo.

—Mejor —dijo ella—. O esto sería una despedida.

Gica abrió el paquete y sacó de su interior lo último que esperaba ver.

—¿Un atrapasuños?

—Una de esas mierdas hippies que venden en los puestos de San Antonio —respondió Bárbara con una risa—. Pensé que... Bueno, que te haría gracia.

—Con esto en la cabecera de mi cama te sentiré más cerca.

La llamada al autobús interrumpió el momento con la crudeza de un viento helado.

—Me voy, Gica —dijo Bárbara, fingiendo una risa, y ser más fuerte de lo que había sido nunca—. Estamos en contacto. Todos los días.

—Y todas las noches.

Se abrazaron y se besaron en las mejillas. Fue cuando más cerca estuvieron de llorar.

—Esto no es una despedida, ¿eh? —repitió Bárbara—. Así que venga, ya nos vemos.

—Llámame en cuanto llegues.

Bárbara sonrió al subir el primer escalón.

—Y antes también —dijo ella.

Las puertas del autobús se cerraron, y Gica y Bárbara mantuvieron la mirada mientras fue posible.

Un minuto después, un tono en el móvil alertó a Gica, que seguía clavado en el sitio donde Bárbara le dejó, de que llegó un mensaje.

“Esta noche, soñarás. Y mañana, cuando despiertes, te acordarás de mí. Te echaré mucho de menos, idiota”.

Gica sonreía mientras le contestaba.

“Sin duda eres la chica de mis sueños”.

## DESPERTAR



—¿Un regalo? —dijo ella, sacando un paquete de la mochila.

—¿Qué es eso? —dijo ella.

—Un regalo, habécalo —dijo ella.

—¿Qué es eso?

—Un regalo, habécalo —dijo ella.

—Yo no te he comprado nada —dijo él aceptando el regalo.

—Mejor —dijo ella—. O esto sería una despedida.

Gica abrió el paquete y sacó de su interior lo último que esperaba ver.

—¿Un atrapasueños?

—Una de esas mierdas hippies que venden en los parques de San Antonio —respondió Bárbara con una risa—. Bueno, que te haga gracia.

—Con esto en la cabecera de mi cama te sentiré más cerca.

La llamada al autobús interrumpió el momento de crudeza de un viento helado.

—Me voy, Gica —dijo Bárbara, fingiendo una risa, pero más fuerte de lo que había sido nunca—. Esamos en contacto todos los días.

—Y todas las noches.

Se abrazaron y se besaron en las mejillas. Fue cuando más cerca estuvieron de llorar.

—Esto no es una despedida, ¿eh? —repitió Bárbara—. Que que venga, ya nos vemos.

—Lláname en cuanto llegues.

Bárbara sonrió al subir el primer escalón.

—Y antes también —dijo ella.

Las puertas del autobús se cerraron, y Gica y Bárbara mantuvieron la mirada fijada en el suelo.

Un minuto después, un tono en el móvil alertó a Gica, que seguía clavado en el auto donde Bárbara le dejó, de que llegó un mensaje.

## Epilogo

—Entonces, caballero —dijo Irtze, entregando con reverencia un vaso de plástico lleno de cerveza a Gica—, Soy, oficialmente, un superviviente al primer curso de guerra.

—Muchas gracias, mi dama —respondió Gica recibiendo ceremoniosamente el vaso—. Y mis felicitaciones a vos por armaros igual gesta.

—¡Salud! —exclamaron Gica y sus amigos de clase mientras levantaban cervezas en el patio, para celebrar el fin de los exámenes.

—Ea —dijo Irtze—, ahora, a preparar las notas.

—Eso ya no me importa —dijo Irtze—. Lo importante es que ahora viene el veranilloooooo!! —exclamó mientras todos empezaban a jalar.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó otro compañero.

—Yo ir de feria en feria! —contestó Irtze—. ¡Y vosotros vais a venir todos conmigo! (Este verano, llego a sacar).

—¡Cuenta conmigo, joder! —exclamó otro compañero riendo—. ¿Alguien más se apunta?

—Yo me apunto, pero acordaos que tenemos que estudiar para septiembre —respondió otro, haciendo que todo el mundo riera.

—Yo se de uno que ya mismo se está yendo a Madrid a ver a la novia, ¿eeehhh...? —dijo Irtze clavando el codo en los hombros de Gica.

—Que no es mi novia, carajo! —respondió este entre risas.

—Lo que sea! —replicó Irtze—. Pero estás loquito por verla.

Gica se encogió de hombros.

Razón no le faltaba a Irtze.



# DESPERTAR

## Epílogo

—Enhorabuena, caballero —dijo Iratxe, entregando con reverencia un vaso de plástico lleno de cerveza a Gica—. Sois, oficialmente, un superviviente al primer curso de carrera.

—Muchas gracias, mi dama —respondió Gica recibiendo ceremoniosamente el vaso—. Y mis felicitaciones a vos por acometer igual gesta.

—¡Salud! —exclamaron Gica y sus amigos de clase mientras levantaban cervezas en el patio, para celebrar el fin de los exámenes.

—Ea —dijo una de las compañeras de Gica—, ahora, a esperar las notas.

—Eso ya no me importa —dijo Iratxe—. Lo importante es que ahora viene el veranitoooooo!!! —exclamó mientras todos empezaban a jalear.

—¿Qué planes tenéis? —preguntó otro compañero.

—¡Yo ir de feria en feria! —contestó Iratxe—. ¡Y vosotros vais a venir todos conmigo! ¡Este verano, ligoteo a saco!

—¡Cuenta conmigo, joder! —exclamó otra compañera riendo—. ¿Alguien más se apunta?

—Yo me apunto, pero acordaos que tenemos que estudiar para septiembre —respondió otro, haciendo que todo el mundo riese.

—Yo sé de uno que ya mismo se está yendo a Madrid a ver a la novia, ¿eeehhh...? —dijo Iratxe clavando el codo en los riñones de Gica.

—¡Que no es mi novia, carajo! —respondió este entre risas.

—¡Lo que sea! —replicó Iratxe—. Pero estás loquito por verla.

Gica se encogió de hombros.

Razón no le faltaba a Iratxe.



Durante los últimos tres meses y pico, no había dejado ni un día de hablar o escribirse con Bárbara. Él le contaba su aburrida vida diurna y sus aventuras oníricas, cazando pesadillas, dándole empujoncitos a la gente necesitada de ayuda, o viviendo aventuras por el mero placer de hacerlo. Bárbara le explicaba acerca de su trabajo en el nuevo y lejano laboratorio, de sus experimentos y estudios de los que no podía contar gran cosa. No al menos mientras estuvieran despiertos.

En cualquier caso, no lograron encontrarse dentro de los sueños. Sus cuerpos durmientes estaban demasiado lejos el uno del otro, y sus ondas cerebrales no tenían manera de llegar tan lejos como para sincronizar. Nada que ver a cuando compartieron almohada.

Aún sabiéndolo, al principio pasaban la práctica totalidad de la noche tratando de encontrarse, pero, finalmente, desistieron. Así, según dijo Bárbara, tendría más ganas de verle en persona.

Fue en ese preciso momento en el que el teléfono de Gica empezó a sonar. Era una llamada de Bárbara.

—Anda, qué casualidad —dijo Gica, a lo que recibió muchos “uuuuuhhh” por parte de sus amigos—. Al carajo —les dijo justo antes de descolgar y alejarse del jaleo—. ¡Hola!

—¡Hola capullete! —saludó Bárbara—. ¿Qué? ¿Ya ha terminado los exámenes?

—Sí —respondió Gica—, no hace ni una hora.

—Ah, genial. ¿Pero sigues en la facultad?

—Sí. ¿Por dónde andas tú? ¿En qué andas metida?

—Pues estoy en el Parque Genovés.

Gica se quedó de piedra. Por un momento se tragó que estuviera en el parque que quedaba justo enfrente de donde estaba él.

—No, en serio —dijo Gica—. ¿Qué haces?

—Pues estoy caminando hacia la facultad. ¿Vienes a darme el encuentro o qué?

Gica no respondió durante unos segundos.

—Voy —y colgó, echando a correr ante la sorpresa de sus amigos.

Gica atravesó el vestíbulo a toda prisa, estando a punto de arrollar a algunos compañeros y profesores, salió a la calle y cruzó el semáforo sin mirar si lo tenía en verde y entró por la puerta lateral del parque.

Y justo frente a él, a unos 15 metros, una chica que conoció en un sueño. Se apartó de la frente un mechón de pelo rubio oscuro mientras trataba de reconocer a Gica en ese chaval que estaba frente a él. No tenía la piel pálida, el porte desganado y la tripa caída del que conociera como su amigo, pero sí la mirada decidida y la sonrisa que le atravesó el corazón.

Se acercaron lentamente, sin saber muy bien cómo proceder.

Finalmente, se fundieron en un fuerte abrazo. Gica levantó a Bárbara en vilo, ante la risa y la sorpresa de esta.

—Dime que no estamos soñando —dijo él.

—No estamos soñando —respondió Bárbara—. Pero lo parece...

FIN

Sabadell, 28 -XI- 2016



Ayuntamiento de Madrid

## Agradecimientos

Por supuesto, yo sólo no habría sido capaz de llevar todo esto adelante.

Tengo que darle las gracias a mucha gente, pero por mencionar sólo a unos cuantos, a Mamá, por no dejar de empujar. A Marta, por su apoyo, su paciencia y su arte (¡por su portada! ¡Buscad el trabajo de Marta Mesas!), y por la vida que tengo con ella. A María, por sus observaciones y por ser mi amiga y compañera de fatigas durante tantísimos años. ¡A ver cuándo te devuelvo el favor! A Alba, Anna y Luca, porque me hacen querer hacer un mundo mejor para ellos.

A todos los que me ayudaron, por estar ahí.

Y a ti, por llegar hasta aquí.

La portada es obra de Marta Mesas ([martamesas.tumblr.com](http://martamesas.tumblr.com)). Una vez más, gracias por todo.

[pdmatos.weebly.com](http://pdmatos.weebly.com)



## Agradecimientos

Por supuesto, no sólo no habrás sido capaz de llevar todo esto adelante.

Tengo que darte las gracias a muchas gente, pero por mencionar sólo a unos cuantos, a María, por no dejar de tiempo en tiempo, por su apoyo, su paciencia y su arte (por su portada). Buscad el trabajo de María (Mera), y por la vida que tengo con ella. A María, por sus observaciones y por ser mi amiga y compañera de largas durante tantos años. A ver cuándo se devuelva el favor. A Alba, Anna y Luca, porque me hacen querer hacer un mundo mejor para ellos. A todos los que me ayudan, por estar ahí. Y a ti, por llegar hasta aquí.

La portada es obra de María Mera (mariamera.com). Una vez más, gracias por todo.

edmonoweb.com





AYUNTAMIENTO DE MADRID



1401851224

Gica nunca ha destacado en nada.  
Lo único que se le ha dado bien en la vida ha  
sido dormir, y soñar.

Cuando comienza una nueva vida en una  
nueva ciudad, cada día más lejos de aquello  
que considera cercano y seguro, no puede  
imaginar, ni en sus más alocados sueños,  
que su mediocre vida dará tal vuelco como  
cuando descubra que su único talento es la  
clave para salvar a aquellos más cercanos  
de sus propios demonios.

Lo que no tiene tan claro es si le servirá  
para salvarse a sí mismo.